

**LA ÍNSULA
BAR
ATA
RIA**

**ESTAMPAS DE UNA
ESPAÑA DESNORTADA**

JAVIER VALENZUELA

infoLibre

LA ÍNSULA BARATARIA

ESTAMPAS DE UNA ESPAÑA DESNORTADA



JAVIER VALENZUELA

EDICIONES PRENSA LIBRE SL

Índice

[Acerca del Autor](#)

[Introducción](#)

1. [Plácido 2015](#)
2. [Desnudez anafrodisíaca](#)
3. [Dos caimanes](#)
4. [No se ganó Zamora en una hora](#)
5. [Voté como me dijiste, jefa](#)
6. [Gracias, Soria](#)
7. [Ayudo a mi Señor](#)
8. [Disculpen que discrepe](#)
9. [¿Votaría Albert Camus?](#)
10. [Wishful thinking](#)
11. [Tremendismo](#)
12. [La deshonestidad intelectual](#)
13. [#CompiYogui](#)
14. [Criminalizar la ficción](#)
15. [La filfa de la “legalidad vigente”](#)
16. [Simpatía por el Diablo](#)
17. [Sigue sin haber pan para tanto chorizo](#)
18. [¿Y si celebramos también Thanksgiving?](#)
19. [Mujica, la reforma fiscal y el 20-D](#) [Mújica, la reforma fiscal y el 20-D](#)
20. [Un país en B](#)
21. [Felipe, Sánchez y el chavismo](#)
22. [Así vamos mal](#)
23. [¡Qué susto!](#)
24. [Federalismo](#)

25. [Esto no es Europa](#)
26. [España libertaria](#)
27. [Sánchez y la rojigualda](#)
28. [Son las ideas, estúpido](#)
29. [Empiecen desalojando a los corruptos, por favor](#)
30. [Pablo Iglesias y la Jornada de Reflexión](#)
31. [El Ibex mueve fichas](#)
32. [Periodista Goytisolo](#)
33. [Sinrazón yihadista y sinrazón cervecera](#)
34. [Andalucía](#)
35. [Frente Popular de Judea](#)
36. [No con mi dinero](#)
37. [Dinosaurios de papel](#)
38. [Chaves Nogales y el “viejo oficio de narrador”](#)
39. [Ciudadanos del país de la risa](#)
40. [La seguridad es de izquierdas](#)
41. [El oxígeno de las Américas](#)
42. [We love Cataluña/ya](#)
43. [Marca España: la patria es el negocio](#)
44. [Liberales de mamandurria](#)
45. [¿Y si hablamos de la III República?](#)
46. [De Cantinflas al Espíritu Santo](#)
47. [No estamos locos](#)
48. [Nos miran mal](#)
49. [¿Cómo se lo explico a mis hijos?](#)

© Javier Valenzuela, 2017

©Ediciones Prensa Libre SL, 2017

ACERCA DEL AUTOR



Javier Valenzuela, periodista y escritor, ha publicado antes de *La Ínsula Barataria* otros nueve libros, los últimos la novela policíaca *Tangerina* (2015) y la antología de reportajes *Crónicas quinquis* (2013). Nacido en Granada en 1954, licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad de Valencia, comenzó como reportero de *Ajoblanco* y *Diario de Valencia* y se incorporó en 1982 a la redacción de *El País* en

Madrid como cronista de sucesos. Trabajó durante 30 años en El País, donde también fue corresponsal en Beirut, Rabat, París y Washington, y director adjunto.

Valenzuela fue director general de Comunicación Internacional en La Moncloa en los dos primeros años de la presidencia de José Luis Rodríguez Zapatero y tertuliano en programas televisivos dirigidos por Pepa Bueno e Iñaki Gabilondo. En 2013 participó en el nacimiento del diario digital infoLibre y fue el fundador y primer director de su revista en papel, tintaLibre. Es autor del blog Crónica Negra. Acaba de terminar la escritura de Limones negros, su segunda novela.

Los artículos recogidos en La Ínsula Barataria son algunos de los que el autor publicó entre 2011 y 2016 en infoLibre, tintaLibre, ctxt.es y El País. En algunos casos se han eliminado frases o párrafos excesivamente temporales.

 @cibermonfi

 javiervalenzuela.es

www.javiervalenzuela.es

INTRODUCCIÓN

Siendo Sancho Panza gobernador de la Ínsula Barataria, Don Quijote le envió una carta ampliándole los muchos y buenos consejos que ya le había dado para el ejercicio de esta tarea. Uno de las nuevas recomendaciones decía así: “Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que la hambre y la carestía”.

Sancho fue un buen gobernador, tranquilo, justo y razonable, pero no por mucho tiempo, apenas unos días. Terminó por renunciar cuando el que había sido su sueño reveló ser una espantosa pesadilla. Ni le dejaban comer, ni le dejaban dormir, ni podía ejercer una verdadera autoridad que ofreciera pan al famélico y justicia al avasallado. Como saben todos los lectores de la novela de Cervantes, Sancho y Don Quijote habían sido víctimas de una broma cruel de los duques que eran los propietarios de aquel lugar.

Al igual que la Ínsula Barataria, España tiene raíces hondas y dueños de toda la vida. A su pueblo se le dijo que iba

a ser soberano de esta tierra, pero cuando quiso gobernarla se le rieron en la cara. En la segunda década del siglo XXI, volvieron el hambre y la carestía, los duques se quitaron las máscaras y el pueblo se sintió tan frustrado como Sancho en la Ínsula.

Y además los dueños del cortijo le pedían que, para levantar el encantamiento de Dulcinea, se propinara tres mil trescientos azotes en ambas sus valientes posaderas, al aire descubiertas, y de modo que le escocieran, le amargaran y le enfadaran.

PLÁCIDO 2015



Querido Berlanga, que estás en los cielos, te escribo para ponerte al corriente de los asuntos patrios, aunque probablemente tú los sigas desde allí junto a Rafael Azcona, los dos trasegando ambrosía (¿está mejor el licor de los dioses que el buen whisky escocés?). Resulta que estamos a finales de noviembre de 2015 -hace unos días se cumplieron cuarenta años de la muerte de Franco- y, ¿sabes qué?, la Audiencia Nacional, la mismísima Audiencia Nacional encargada de perseguir a terroristas, narcotraficantes y delincuentes de cuello blanco, acaba de sentenciar que es legal, legítimo y hasta razonable condecorar a la Virgen con la medalla del Mérito Policial. ¡Chúpate esa! ¿A que esa no se os hubiera ocurrido ni a ti ni a Azcona?

España, ya lo ves, sigue superando en materia de disparates a todo lo que se os ocurría para hacer reír con vuestras películas. Esta misma mañana, he leído en un periódico que la Policía estima en un mínimo de 6´4 millones de euros (más de mil millones de vuestras pesetas) la cantidad defraudada a Hacienda por Rodrigo Rato. Seguro que recuerdas quién es Rato: cobraba del erario público como

vicepresidente del Gobierno y ministro de Economía cuando tú aún andabas por Celtiberia. Aznar lo presentaba como el autor indiscutible y universalmente admirado del Milagro Económico Español (todavía seguimos preguntándonos a qué milagro se refería el del bigote). Pues bien, Rato está ahora imputado por fraude, blanqueo de capitales, engaño al fisco y delitos semejantes, pero, como ya habrás imaginado, no está en el trullo. El pasado verano lo vimos en una serie de fotos zambulléndose en las aguas de Mallorca desde la parte trasera de su yate. Llevaba un bañador amarillo tan transparente que todos pudimos verle la raja del culo –su “hucha”, dijeron algunos–.

Lo de Rato, lo sé, no te pone tan verde de envidia como lo de la Audiencia Nacional bendiciendo la concesión de una medalla policial a la Virgen, en concreto a Nuestra Señora María Santísima del Amor (¿la habéis visto por los cielos paseándose alborozada con la condecoración?). Cuando pudiste hacerlo, tan sólo tras la muerte de Franco, tú ya incluías en tus películas a ministros trapicheando con las cosas públicas. Por ejemplo, el titular de Industria que interpretaba Antonio Ferrandis en La Escopeta Nacional y al que perseguía el gran Saza para que decretara el uso obligatorio de sus porteros electrónicos. Acabo de recordar que aquel ministro no terminaba la película en el ejercicio del cargo: le sustituía uno del Opus. ¿Sabes quién es del Opus? El ministro del Interior que soportamos ahora: un tío de verbo autoritario y cara de cenizo llamado Jorge Fernández Díaz.

No te sorprenderá demasiado que te cuente que el tal Fernández Díaz es tan meapilas como franquistón. Es el que le concedió el galardón policial a Nuestra Señora María

Santísima del Amor y, te juro que esto tampoco me lo invento, va a rezar con asiduidad al Valle de los Caídos. Al parecer, allí, a la vera del Caudillo, recibe mejor la inspiración divina.

El pasado verano, Fernández Díaz recibió en su despacho oficial al entonces ya imputado Rodrigo Rato. Fue poco antes de que Rato fuera fotografiado en Mallorca con el culo reluciente bajo el bañador translúcido. El ministro dijo estar muy preocupado por la seguridad del presunto delincuente. La peña se dividió entre los que se ahogaron de indignación y los que lo hicieron de risa. Se me ocurre que si Azcona y tú hacéis una película en el cielo, a ese ministro bien podría interpretarlo Agustín González, que seguro que también anda por ahí.

Creo que fue Julio Llamazares el que escribió que España ha aportado dos géneros a la literatura universal: la picaresca en el Siglo de Oro y el esperpento en nuestros tiempos. Azcona y tú fuisteis maestros en llevar esas aportaciones al cine del siglo XX. Ahora ya no andáis por aquí, querido Berlanga, pero nos acordamos mucho de vosotros. Es como si los que mandan en España, o sea, los de siempre, se hubieran leído todos los guiones de Azcona y hubieran visto todas tus películas, y estuvieran empeñados en demostrarnos que, sobre todo, erais dos grandes maestros del realismo. Aún más, que os quedabais cortos.

Este año se les ha ocurrido convocar elecciones en Navidad; no el día de la Lotería pero casi, dos días antes. Cabe imaginar que suponen que la peña andaré tan contenta con la paga extra –especie en vías de extinción, te informo–, los belenes y las lucecitas de colores, las compras, los festines y

los reencuentros familiares, tan ilusionada con la fortuna que los Niños de San Ildefonso pueden depararle el día siguiente, tan imbuida del espíritu de perdón y reconciliación de esas entrañables fechas, que volverá a votarles. Hay que ser muy rencoroso y muy amargado para acordarse un 20 de diciembre del paro y la corrupción, ¿no?

Te suena, ¿verdad? Esa historia ya la contasteis Azcona y tú en Plácido, hace, deja que calcule, más de cincuenta años, cincuenta y cuatro para ser exactos. La variante está en que allí donde vosotros hablabais de la campaña franquista para sentar a un pobre en la mesa de Nochebuena, a ellos se les ha ocurrido que esta vez pongamos a un político.

Querido Berlanga, ya me veo el sábado 19 de diciembre siguiendo a pie juntillas el mandato constitucional de la jornada de reflexión, apartando de la mesa del almuerzo los mantecados y turrónes para esparcir los programas de los partidos políticos, leerlos en voz alta y debatir juiciosamente con mis familiares los méritos de unos y otros.

¿Y si votamos a este señor barbudo que dice cosas tan profundas como que España está llena de españoles, el Gobierno hace lo que tiene que hacer y la ley es la ley? Sí, es cierto que ahora hay menos gente trabajando que cuando él llegó a La Moncloa hace cuatro años, que los que tienen la suerte de trabajar ganan menos y que la inmensa mayoría hemos visto reducidos nuestros derechos y servicios. Pero ¿cuánto pesa eso al lado de que los banqueros y los grandes empresarios ganen mucho más? Ellos, qué carajo, son la sal de la tierra, los generadores de riqueza y empleo. Si a ellos les va bien a todos nos va bien.

Cierro los ojos y anticipo lo que ese sábado dirá a

continuación alguno de mis familiares. Que se ha descubierto que el partido de ese señor barbudo estaba trufado de sinvergüenzas que robaban a manos llenas el dinero de los contribuyentes. Bueno, no es tan grave, le replicará alguien. Pecar es humano, quién no ha dejado de pagar alguna vez una multa de tráfico. Ya no, insistirá el primero, llevamos muchos años sin que haya modo de escaparse a las multas, que a los de abajo nos tienen bien controlados las agencias tributarias.

Intuyo, Berlanga, que no habrá acuerdo sobre el aspirante a la reelección. Habrá que pasar a estudiar los demás programas, que para eso está la jornada de reflexión, no para manifestarse en las calles, lo cual siempre es una gamberrada y máxime antes de unas elecciones. Llegará entonces el turno de evaluar a ese señor que parece el vendedor de un concesionario de Ford, todo él sonrisas, palmaditas en la espalda y como usted desee, caballero, señora. Ese señor sí que me gusta, dirá la abuela saliendo de la modorra del par de vasos de tintorro que se ha metido entre pecho y espalda aprovechando la tolerancia navideña. Dirigiéndose a la nieta veinteañera, la abuela añadirá: “A ver si te buscas un novio como él, que no me gusta nada ese chico tan desastrado con el que sales”.

La veinteañera soltará un gruñido, pero antes de que le espete alguna inconveniencia a la abuela, terciará el sobrino recién llegado de Londres, donde, hartado de echar currículos en España, trabaja desde hace dos años. El sobrino es un guasón. Si se trata de encontrar a un yerno relamido e ideal, ¿por qué no le damos una oportunidad a éste?, dirá, tomando de la mesa el folleto de color naranja que presenta en su

portada a un graduado de escuela de negocios que intenta ocultar las entradas de su cabellera con mechones traídos desde atrás. Además, este candidato es un gran pensador, dice que los extremismos son malos y que en el centro está la virtud, añadirá el sobrino, siempre guasón. Esa obviedad también la vende el del concesionario de Ford, recordará la veinteañera antes de seguir chateando con su novio en el WhatsApp.

Puedes estar seguro, Berlanga, tampoco habrá acuerdo con esos dos jóvenes aspirantes. Ni con ningún otro, incluido el único que va a contracorriente, el de la coleta. Lo veo venir: el almuerzo familiar del sábado 19 de diciembre terminará cuando un cuñado saque lo de Cataluña y alguien le replique recordando que es Navidad, que lo mejor es tener la fiesta en paz y que aún le queda a todo el mundo tiempo suficiente para hacerse una siestecita antes de salir a la calle y hacer las compras. Yo, querido, me tomaré entonces un roscón de anís a tu salud. Y a la de Azcona, Agustín González, Cassen y José Luis López Vázquez.

¿Y qué será de Plácido en todo esto? Pues ya lo contasteis Azcona y tú en vuestra película de 1961. Plácido dirá que todo esto está muy bien: las fiestas de Navidad, el sueño del Gordo de la lotería, las artistas traídas de Madrid por Ollas Cocinex, la caridad de invitar a un pobre a la cena de Nochebuena, el debatir los programas electorales el 19 de diciembre y votar el día siguiente... Todo esto le parece de rechupete, pero él tiene que pagar la letra del motocarro. La tiene que pagar hoy, antes de que caiga el sol. Si no lo hace, y hasta el último céntimo, el banco le embargará su herramienta de trabajo. Ni Navidad ni leches, el banco no tiene corazón. Lo sabía el

Plácido interpretado por Cassen en la película y lo saben las decenas de miles de familias españolas desahuciadas de sus viviendas en la legislatura 2011-2015.

Querido Berlanga, los pobres que se sentaban en las mesas de Nochebuena de tu película se comían las alitas del pollo, mientras sus orondos anfitriones se zampaban los muslos y las pechugas. Los políticos –la mayoría de ellos, para ser justos– que se van colar en nuestros hogares por Navidad se comerán el pollo entero, que no en balde trabajan para los bancos, las eléctricas y Telefónica. Tuviste problemas en 1961 con la censura franquista con muchas cosas de tu película, desde el título que tenías en la cabeza (Siente a un pobre a su mesa) hasta el villancico final: “Madre, en la puerta hay un niño y gritando está de frío; ande dile que entre y así se calentará, porque en esta tierra no hay caridad, ni nunca la ha habido ni nunca la habrá”. Te agradecemos el que tuvieras el valor y la astucia necesarios para sortear esos problemas y regalarnos un retrato tan cruel y tan divertido de una España eterna, una España que siempre nos dejará sin el motocarro.

(tintaLibre diciembre de 2015)

DESNUDEZ ANAFRODISÍACA



Estoy muy de acuerdo con lo que ha escrito en Twitter el periodista y escritor José Manuel Fajardo: “La investidura de Rajoy ha sido un auténtico striptease de los poderes fácticos en España. Han caído las máscaras”. Cabe añadir que este striptease ha sido un espectáculo anafrodisíaco: debajo del rostro arrugado y satisfecho de sí mismo del sistema, hemos podido ver que hay un cuerpo de piel enfermiza, carnes flácidas, redondeces esculpidas con vino y chuletón. Esa poco atractiva desnudez ha quedado asociada con la imagen de un Felipe González en bañador y fumándose un puro al borde de un yate.

Pero, sí, Fajardo tiene razón: los poderes fácticos se han visto obligados a salir de las sombras para defender sus intereses a la cruda luz del día. Nada de intento serio de reforma del régimen de 1978. Continuidad de las políticas que aumenten sus beneficios a costa del empobrecimiento de las clases populares y medias. Mantenimiento del modelo territorial establecido desde Felipe V. Vasallaje ante Berlín, Bruselas y Wall Street. Tejido de algún tipo de Gran Coalición entre el PP, el PSOE y Ciudadanos que impida que se

materialicen los ideales del 15-M. Campaña de propaganda por tierra, mar y aire que asuste, confunda o desanime a la mayoría de la gente.

Pedro Sánchez acaba de reconocer que el juego en este casino llamado España se desarrolla con cartas marcadas por los patronos del establecimiento. Pero resulta tristemente significativo que lo haya hecho tan solo después de que él hubiera sido añadido a las numerosas víctimas del juego. Tras su triunfo en las primarias del PSOE, Sánchez aceptó el patrocinio de Felipe, Cebrián y Susana Díaz, y se situó en primera línea de las campañas de satanización de Podemos, los soberanistas catalanes o cualquier otro que dijera que el problema no son solo Rajoy y la corrupción del PP, sino también, y sobre todo, un sistema que deja mucho que desear en materia de democracia, limpieza y justicia. Cuando por tales o cuales razones –incluido tal vez su interés personal–, Sánchez hizo amago de rectificar, lo derrocaron en un chusco golpe palaciego que todos contemplamos en vivo y en directo.

No obstante, la verdad es la verdad la digan Agamenón o su porquero. Y [Sánchez le dijo unas cuantas verdades a Jordi Évole](#) en su entrevista del pasado domingo. No todas, solo algunas, las más evidentes. Que el PSOE se equivoca al no reconocer el legítimo anhelo de un cambio progresista que anima a los líderes, militantes y votantes de Podemos. Que España es una nación de naciones por mucho que les pese a los barones castizos. Que recibió presiones de empresarios y periódicos para no formar un Gobierno de izquierdas... Desde entonces, Sánchez sufre el mismo tipo de campaña de desprestigio que Podemos conoce desde su nacimiento. El pecado de desvelar las trampas del casino lleva aparejado una

penitencia de infamia. Empiezan con Venezuela, siguen con Irán y Corea del Norte, llegan a ETA, incluyen al ISIS si es menester y pueden terminar asociándose con Godzilla, la invasión de los marcianos o el mismísimo Satán.

Que los poderes fácticos se hayan quitado las máscaras es, en todo caso, una de las dos o tres cosas buenas aportadas por el sainete que ha terminado con la continuidad de Rajoy en La Moncloa. Ahora resulta difícil pretextar una beata ingenuidad ante la línea editorial de tal periódico o cual emisora de radio que se pretende progresista. Ahora no puede ignorarse que en el PSOE siempre han cohabitado una militancia de izquierdas con una mayoría de la dirigencia muy agradecida por ser invitada a los saraos de la familia Botín. Ahora es evidente que el seguir disfrutando de un ganapán les importa a bastantes Señorías mucho más que su conciencia y su reputación. Ahora es obvio que los que mandan de verdad son los de siempre.

(infoLibre, 2 de noviembre de 2016)

DOS CAIMANES



Cuando en 1982 comencé a publicar en El País, la redacción de Miguel Yuste 40 apodaba el Señorito a Juan Luis Cebrián. Cebrián procedía del barrio de Salamanca, era hijo de un preboste de la prensa del Movimiento, había sido educado en el elitista colegio del Pilar y, con apenas veintitantos años y Franco aún vivo, ya había desempeñado los cargos de subdirector de Pueblo y jefe de los informativos de TVE. Pero también era el joven director del periódico que a mí me gustaba entonces porque contaba España y el mundo con una libertad, una pluralidad y un buen estilo ausentes de nuestra prensa en las décadas anteriores.

Cebrián me sorprendió gratamente en mi primer encuentro con él en la Tercera Planta de Miguel Yuste 40. No se limitó a darme una breve bienvenida; me preguntó qué me parecía una determinada sección del diario. Cuando le respondí con una trivialidad -algo así como que era bastante buena- pude leer en sus ojos que le estaba decepcionando. Le dije entonces la verdad: la sección me parecía aburrida y desconectada de las muchas novedades que se estaban produciendo en España. Se le puso instantáneamente la cara

de pillo satisfecho que volvería a verle después muchas otras veces. En aquel tiempo, Cebrián era feliz mostrándose perspicaz, irreverente e inconformista, se vanagloriaba de haber estado en Mayo del 68.

Trabajé en El País durante las tres décadas siguientes como reportero, corresponsal en varios países y hasta director adjunto, llegué a tener amistad con Cebrián durante el tiempo en que viví en París y fui testigo de su mal envejecer moral e intelectual. Su rebeldía de los últimos años de la década de 1970 y primeros de la siguiente, fue dando paso al conservadurismo, la complicidad con los ricos y poderosos y el ansia por obtener mucho dinero para sus cuentas personales. Los peores defectos del Señorito – clasismo y soberbia- fueron acentuándose. Lo último que hemos sabido de él es que ha presentado una demanda a El Confidencial por las informaciones que lo relacionaban con negocios en Panamá. También que un empresario hispano-iraní le regaló acciones de una [empresa petrolera en Sudán de Sur](#). Y que su gran amigo Felipe González hizo un video elogiando a ese empresario.

Me han preguntado muchas veces por la línea editorial de El País. Lo han hecho lectores decepcionados por el sesgo cada vez más previsible y derechista de sus informaciones y opiniones. Siempre he respondido lo mismo: El País nunca ha sido un diario de izquierdas; ha sido, ciertamente, progresista en cuestiones culturales y sociales, pero en las cosas del comer, los temas económicos y laborales, siempre ha estado con los grandes empresarios y banqueros. En cuanto a su actitud política, calificarle de “socialista” o incluso de “portavoz del PSOE” ha sido siempre incorrecto. El País ha

sido y es felipista.

La amistad de Felipe González con Cebrián y el fallecido Jesús Polanco, los intereses económicos compartidos por ese trío y sus socios comunes, la confluencia de visiones del mundo, forjaron ya hace más de treinta años una alianza granítica. En su tiempo esa alianza podía resultar moderna en relación a lo padecido con Franco. Propugnaba una España capitalista con una democracia y un Estado de bienestar elementales, una España avanzada en derechos civiles, integrada en Europa y con lazos con América Latina. ¿Pero constituía eso un programa de izquierdas? En absoluto; todo ello era asumible por un centro derecha mínimamente civilizado. Por ejemplo, las juventudes democristianas de Acción Católica en las que se formó Felipe.

Felipe, Cebrián y Polanco suscribieron un pacto por el cual iban a compartir el monopolio de la razón y el corazón en la España de Juan Carlos I. El PSOE sería el partido de todos los ciudadanos no franquistas -una especie de PRI ibérico- y el grupo PRISA, fraguado a partir del éxito de El País, se encargaría de la comunicación, la cultura y el entretenimiento de esa mayoría de ciudadanos que no eran unos ceporros. Bien cocinado y presentado, el menú tuvo éxito durante lustros: se votaba al PSOE, se leía El País, se escuchaba la SER, se abonaba uno a Canal +, se compraban los libros de Alfaguara en Crisol, se usaban los manuales de Santillana en las escuelas e institutos y se veían las películas producidas por Sogecine-Sogepaq. ¿Para qué complicarse la vida? El PRISOE te ofrecía el paquete completo.

La expansión de PRISA en los años en que Felipe ocupó La Moncloa tuvo episodios de favoritismo gubernamental que

fueron denunciados por otros grupos de comunicación: la adquisición de la SER, la eliminación de Antena 3 Radio, la concesión de la licencia a Canal +, la exportación de libros de Santillana a América Latina con ayudas oficiales... Cebrián y Polanco devolvieron esos favores cuando, ya en la década de 1990, el felipismo se vio involucrado en escándalos de corrupción y guerra sucia contra ETA. Según Gran Vía 32, sede de PRISA, y Miguel Yuste 40, el caso Roldán, el caso Rubio, los GAL, los fondos reservados y todo eso solo eran el fruto de una conspiración de la caverna política y mediática. Tal conspiración existía, ciertamente, pero también los escándalos. El País pagó su política del avestruz con una primera gran pérdida de credibilidad sobre la que prosperaría El Mundo, de Pedro J. Ramírez.

El diario de Cebrián siempre estaba contra el Partido Comunista, Izquierda Unida, Comisiones Obreras y cualquiera que estuviera a la zurda de la línea felipista del PSOE. Si osaban criticar al Gobierno socialista, eran unos despreciables aliados de la derecha, con la que formaban una pinza que amenazaba con enviarnos a todos al infierno troglodita. Y, por supuesto, siempre apoyaba a Felipe en las querellas internas del PSOE. Los guerristas, por ejemplo, eran unos demagogos y populistas que no habían entendido nada de la modernidad global que nos llegaba desde Wall Street, Hollywood y Silicon Valley.

Cuando Felipe perdió las elecciones y Josep Borrell le ganó las primarias del PSOE a su candidato, Joaquín Almunia, sobre el catalán llovieron los rayos y truenos de Cebrián. La campaña para devolverle al felipismo el control del PSOE fue obscena: El País, que jamás publicaba exclusivas sobre estos

escándalos, dio a todo trapo que dos de sus excolaboradores no estaban al tanto de sus deberes con Hacienda. Borrell tuvo que irse y se quedó Almunia.

Me consta que Zapatero le calló mal a Cebrián desde el primer momento. Había tenido el descaro de hacerse por su cuenta y riesgo con el liderazgo del PSOE cuando Cebrián y Felipe hubieran preferido de lejos a, digamos, un Javier Solana. Durante los años que estuvo en Moncloa, la hostilidad de PRISA contra ZP fue evidente. Era un chisgarabís que retiraba las tropas de Irak, quería acelerar el final de ETA, aspiraba a encontrarle a Cataluña un mejor acomodo y reabría las heridas del pasado con su ley de Memoria Histórica. Daba igual que nadie quisiera reabrir ninguna herida, sino, al contrario, cerrar la que sigue supurando por el hecho de que muchos españoles aún tengan a sus abuelos enterrados en las cunetas. Cuando cargaba con toda su artillería contra el juez Garzón por abrir una causa contra el franquismo, Cebrián revelaba que tiene un problema con el pasado: jamás luchó contra el franquismo.

Si el Gobierno de ZP hacía de vez en cuando algo bueno a los ojos de Cebrián, solo era porque tenía excelentes colaboradores felipistas como Rubalcaba, Solbes o MAFO, gente siempre moderada y razonable. Pero cuando ese Gobierno no le dio las dos nuevas licencias de televisión –una fue para Cuatro, entonces de PRISA; la otra para La Sexta–, la indignación del Señorito fue colosal. Lo pagaría Carme Chacón en su intento de conquistar la secretaría general del PSOE: Cebrián y Felipe actuaron al unísono para que su común amigo Rubalcaba terminara haciéndose con el cargo. El partido fundado por Pablo Iglesias Posse volvía a ser el

PRISOE.

El PSOE perdió con Rubalcaba la oportunidad de liderar desde una posición auténticamente socialdemócrata el deseo de cambio expresado por millones de españoles en el 15-M y las marchas y mareas contra los recortes que le siguieron. Para entonces, los autoproclamados tutores vitalicios de este partido, Felipe y Cebrián, se habían convertido en los abuelos cebolletas del régimen de 1978, con el que tan bien les había ido. En materia de defensa de la monarquía, la unidad de España tal y como la impuso Felipe V, los intereses del IBEX, el europeísmo arrodillado ante Berlín y Bruselas y las virtudes del capitalismo global, resultaba imposible distinguirlos del resto del establishment. Su tono, además, siempre era gruñón y endiosado.

Pero la naturaleza tiene horror al vacío y surgieron Podemos, los nuevos medios digitales de comunicación, las pequeñas editoriales independientes y otras novedades políticas y culturales. La pareja de caimanes había perdido el casi monopolio del que había disfrutado durante tantos lustros. En el caso de Cebrián pagaba el pecado de su aventurerismo empresarial y su esclerosis moral e intelectual. Su impostura quedaba al desnudo.

Cebrián firmaría en 2002 un libro conjunto con su amigo sevillano, El futuro no es lo que era, mientras Carlos Solchaga y otros antiguos mandamases del felipismo encontraban un nuevo ganapán en el seno de PRISA. El pasado octubre, tras dirigir junto a Susana Díaz, su nueva patrocinada, una conspiración destinada a conseguir la abstención del PSOE en la investidura de Rajoy, los dos compinches se fueron a la Universidad Autónoma de Madrid. Iban a predicar la sensatez

del que se fuma un puro en su yate mientras navega por aguas templadas y una dama le embadurna con protector contra el sol. Un grupo de estudiantes les recordó la cal viva de los GAL y otras tropelías y la conferencia tuvo que ser suspendida.

En mi último período en El País, coordiné sus páginas de Opinión. Cuando llegaban los artículos de Felipe González, se paraban las máquinas. Aunque fuera la hora de cierre y hubiera que cambiar por completo la sección, las homilias del entonces consejero de Gas Natural entraban de inmediato en la siguiente edición, un privilegio que solo tenía el propio Cebrián. Había que retocarlas: tenían errores gramaticales y sintácticos y sus parrafadas eran oscuras y hasta vacías. La labia de Felipe funciona en el discurso oral, pero no en el escrito.

Ni que decir tiene que la redacción de El País ha sido siempre mucho más plural, crítica y profesional que el pensamiento crecientemente señorito de Cebrián; recuérdese que en 2007 se amotinó contra un editorial que emparentaba al Ché Guevara con Bin Laden. Me apena que, tras una catarata de purgas de disidentes, ese patrimonio se vaya perdiendo –aún no del todo, lo sé– en aras de una uniformidad que provoca el bostezo. Que Rubalcaba, el eterno mamporrero del felipismo, se haya incorporado al consejo editorial no me sorprende, aunque, francamente, lo encuentro demasiado descarado. Una de las fortalezas de El País era que sabía guardar las formas con bastante habilidad. También esto ha ido desapareciendo.

(tintaLibre, noviembre de 2016)

NO SE GANÓ ZAMORA EN UNA HORA



El impulso y la magnitud del movimiento iniciado por el 15-M y las marchas y mareas contra los recortes políticos y sociales no han sido suficientes para alumbrar un cambio del régimen de 1978 o una seria regeneración del mismo. El deseo de emprender una transición pacífica hacia una democracia más representativa, más limpia y más igualitaria solo ha germinado en un cuarto de los españoles. No es poco, sin embargo. Coincido con [lo escrito aquí mismo por Luis García Montero](#). La melancolía es estéril y, además, injusta.

Sumo mis reflexiones a las de García Montero. Nunca en la historia de la actual democracia española tanta gente ha estado de acuerdo sobre una serie de ideas indudablemente de izquierdas. Enumero algunas a vuelapluma. España federal, lo que implica la libre adhesión a la misma de sus comunidades. Lucha implacable contra la corrupción. Blindaje de la sanidad y la educación públicas y del sistema de pensiones. Reforma fiscal que haga pagar más a las grandes fortunas y empresas. Fin de los desahucios. Mejora de las condiciones salariales y laborales. Verdadera igualdad del valor del voto de todos y cada uno de los ciudadanos.

Entretanto, todo indica que va a gobernar de nuevo Rajoy tal y como deseaban las élites: con el apoyo directo o indirecto, activo o pasivo, total o parcial del PSOE. Vendrán nuevos recortes, los que sean menester para cumplir las exigencias contables de Berlín y Bruselas. El sistema de pensiones entrará en zona catastrófica. Seguirá sin abordarse racionalmente la cuestión territorial. Las reformas de calado de la Constitución y las principales leyes volverán a ser aplazadas. Los antidisturbios se emplearán nuevamente a fondo. Es difícil imaginar que todo esto aumente la simpatía por el próximo Gobierno y sus apoyos.

¿Qué pueden hacer las fuerzas que representan a esos millones de españoles que quieren cambios? En primer lugar, dejarse de querellas cainitas, intentar poner de relieve lo que les une en vez de lo que les separa. Me consta que es casi como pedirle peras al olmo: el espíritu sectario del Frente Popular de Judea parece consustancial a los progresistas. Prosigo, no obstante. Dejarse atrapar por las instituciones, hasta el punto de convertirse en una parte decorativa de las mismas, sería un error: desalentaría a la gente indignada. Este año hemos visto demasiada complacencia entre los nuevos diputados por el hecho de que ya formen parte del circo de la Carrera de San Jerónimo. Estar ahí, haciendo oposición, no debiera ser incompatible con volver a la calle. Participar en las protestas, sí, pero también poner en marcha organizaciones y movimientos de solidaridad concreta: comedores populares, viviendas para los sin techo, escuelas y centros sanitarios alternativos... ¿Por qué no? El socorro popular está en la mejor tradición de los movimientos progresistas.

La construcción de un discurso alternativo al del régimen del 78 que sea coherente, comprensible y atractivo no está, ni mucho menos, ultimada. Jamás habrá un cambio duradero si no se ha ganado previamente la batalla ideológica entre una mayoría de los objetivamente interesados en que se produzca tal cambio. No por muy socorrido Gramsci deja de tener razón: hay que construir una cultura alternativa y hay que hacerla vigorosa entre la sociedad civil. Eso implica, entre otras cosas, un fortalecimiento de los nuevos medios de comunicación digitales que actúan desde la independencia profesional y el espíritu crítico de Albert Camus. Una Segunda Transición precisa de lo que tuvo la primera: una nueva prensa.

(infoLibre, 19 de octubre de 2016)

VOTÉ COMO ME DIJISTE, JEFA



A cabo de escuchar La Cafetera, el programa radiofónico de Fernando Berlín. Teresa Rodríguez, la líder de Podemos en Andalucía, le ha hecho una reflexión interesante al amigo Berlín. Lo que más le llamó la atención del Comité Federal del PSOE que derrocó a Pedro Sánchez fue la disputa feroz sobre si la votación debía hacerse a mano alzada o en el secreto de una urna. “Eso denota una cierta enfermedad”, ha concluido Rodríguez.

Lo denota, en efecto. Los dirigentes del PSOE reunidos en Ferraz nos estaban confesando que algunos de ellos podían optar por una u otra posición según se fuera o no a conocer su voto. El puesto de trabajo peligraría si el jefe o la jefa de la camarilla veía que tal o cual discrepaba de su línea. Ya no habría en ese caso concejalía, consejería de gobierno autonómico o puesto orgánico en el partido. Resulta, sí, muy triste: el ganapán prima sobre las convicciones políticas y morales, si es que se tienen. Es este uno de los tumores de una democracia excesivamente basada en los partidos como la española.

Quizá porque esté jubilado, y también, sin duda, porque es

una persona culta y racional, Josep Borrell ha dicho estos días cosas mucho más serias que la mayoría de sus correligionarios. Cosas como que la crisis del PSOE no empezó con Pedro Sánchez: Rubalcaba ya lideró la madre de todos los castañazos electorales. O que el motín contra Sánchez ha debido organizarlo un “cabo chusquero” por lo tosco y obsceno que ha sido. O que PRISA ejerce de juez y parte en las disputas del PSOE porque piensa que ese partido le pertenece.

Borrell no se ha quedado en la espuma de los días, en esos pormenores que apasionan a tantos gacetilleros y que ni tan siquiera llegarán a ser una nota a pie de página en los libros de Historia. Se pregunta, por ejemplo, cómo piensa llegar el PSOE al Gobierno algún día si rechaza visceralmente la posibilidad de alcanzar acuerdos con Podemos. El PSOE ya no tiene el casi monopolio de la izquierda española del que disfrutó durante décadas.

Existe la crisis general de la socialdemocracia europea, que de tanto irse a la derecha ha terminado por decepcionar a su electorado. Y dentro de ella existe la crisis específica del PSOE, que se pensó que el 15-M era una chiquillada y no comprendió que millones de españoles estaban hasta las narices. Que en los momentos más duros de la crisis no expresó demasiada empatía por los desahuciados, los despedidos en los ERE, las víctimas de los recortes sanitarios y educativos. Que ofreció una imagen de compadreo con el poder y dejó políticamente huérfanos a los que terminarían votando a Podemos en cuanto apareció en escena.

Borrell también ha formulado una pregunta vetada por el régimen: ¿puede resolverse de modo pacífico y razonable la

crisis planteada por los anhelos soberanistas de tantos catalanes y vascos sin hablar y negociar con ellos? Él es más bien jacobino, pero tiene sentido común.

A muchos apparatchiks del PSOE estas reflexiones deben producirles dolor de cabeza. Borrell, pensarán, es un intelectual. Ellos no tienen una alternativa laboral, profesional o vital fuera de la politiquería partidista, en la que desearían jubilarse. Así que lo importante son los cargos, las comisiones, las listas electorales y, sobre todo, que el jefe o la jefa no tenga la menor duda de que en el Comité Federal han votado exactamente como se les ordenaba.

(infoLibre, 5 de octubre de 2016)

GRACIAS, SORIA



Estoy seguro, admirado José Manuel Soria, de que si has terminado renunciando a tu candidatura a la canonjía en el Banco Mundial es porque te diste cuenta a tiempo de la zozobra que nos estabas provocando a los que, siguiendo tu preclaro ejemplo y el de tu partido, creemos a pie juntillas en el principio de que solo en la empresa privada está la salvación. Te confieso que hasta el anuncio de tu renuncia sentía una decepción que me amargaba el fin del verano.

De ti, defensor acérrimo de la iniciativa particular como fuente de toda riqueza y todo empleo, incansable luchador contra cualquier impuesto que grave el dinero de los emprendedores para dárselo a los vagos, de ti, ilustre prócer insular, esperaba que, tras dejar el Gobierno de España, fundaras una startup.

Te imaginaba creando una nueva línea de productos saludables basada en el plátano canario. O dirigiendo desde Las Palmas un equipo de jóvenes informáticos que inventara apps revolucionarias para el transporte marítimo. O diseñando un nuevo concepto de hotel playero que te situara a la altura de los Hilton, Ritz y Statler. Ya creía verte en la

portada de la revista Forbes como un nuevo Steve Jobs o un nuevo Amancio Ortega, como un paladín de lo que la creatividad individual del capitán de industria puede aportar a la humanidad.

Admiraba, por supuesto, que hubieras abandonado el Gobierno de un modo tan gallardo, por un quítame allá esos negocios en paraísos fiscales y cuatro o cinco piadosas mentirijillas al respecto. Y soñaba con que el gran Soria nos demostrara a todos que la vida, la verdadera vida, la de la productividad y el beneficio, solo existe fuera de lo público.

Y hete aquí que el viernes recibí la noticia de que habías tenido un momento de debilidad. De que te habías postulado para lo que tu correligionaria Esperanza Aguirre llamaría una mamandurria: un puesto de alto funcionario en un organismo internacional muy bien pagado por los contribuyentes y – esto sí que te honraba– libre de impuestos.

Mi desilusión fue enorme. En vez de caminar por la vía del emprendimiento, de darnos el ejemplo de una reconversión personal, de salir de tu zona de confort y osar una travesía exaltante, tú, el gran Soria, optabas por lo más fácil. Cual si fueras uno de esos parados que no trabajan porque no quieren, que solo saben vivir de los subsidios y votan a las izquierdas.

Imaginé con tristeza que, enterado de que estaba disponible una sinecura al alcance de un enchufe, habías hablado con algunos de tus ex colegas del Gobierno y te habías propuesto para asumirla. Les habrías dicho, cabe imaginar, que los servicios por ti rendidos a las compañías energéticas patrias (esas justificadísimas subidas de precios a los usuarios, esas visionarias prospecciones petrolíferas en

Lanzarote y Fuerteventura, esos merecidísimos impuestos a los que quieren usar el sol y el viento...) bien merecían la modesta recompensa de ganar un cuarto de millón de dólares al año. De dinero público, por supuesto.

Intenté consolarme diciéndome que tú también eres humano, víctima de momentos de flaqueza. Supuse que habrías comprobado que ese puesto en el Banco Mundial no estaba sujeto a engorrosas complicaciones como tener que presentarse a una oposición o un concurso. Y conjeturé que, mediante discretas gestiones en restaurantes de la Guía Michelin, te habrías garantizado que tus amigos De Guindos y Rajoy compartían tu criterio de que eras el indicado para la canonjía.

Pero no conseguía evitar, lo repito, que la noticia me amargara el final del verano. Creía que el PP, ahora sabiamente acompañado por esos vigías del siglo XXI que son los chicos y las chicas de Ciudadanos, había abandonado el capitalismo de amiguetes: lo del enriquecimiento a base de contratas, recalificaciones, subvenciones, exenciones fiscales y otras ventajas de las ubres públicas. Tras pasar por las aguas bautismales de Rivera, ya veía al PP limpio de toda corrupción: el esto para mí, esto para ti, esto para el partido y lo que sobre, si es calderilla, para aulas prefabricadas y, si es pasta gansa, para un palacio de congresos de Calatrava. Y daba por hecha su renuncia a las puertas giratorias: el me enchufarás en algún consejo de administración u organismo público cuando deje el ministerio, la alcaldía o el escaño, ¿no? Es que llevo lustros consagrado al servicio público y he olvidado cómo se echa un currículo.

Andaba yo con estas ilusiones cuando la noticia de que el

Gobierno te iba a colocar en el Banco Mundial me golpeó como un mazazo. ¿Un puesto funcional? ¡Qué falta de ambición! ¿Un enchufe? ¡Qué desdoro para nuestra Marca España! Pero gracias por rectificar a tiempo; gracias por renunciar, de nuevo con galanura, a la, por lo demás, bien merecida bicoca. Siento que mis ilusiones reverdecen y que ahora puedo dedicar esta columna a lo importante.

A exhortar a Pedro Sánchez para que deje gobernar a un PP regenerado por la mera compañía de Ciudadanos; tan buena, le recuerdo al socialista, que él mismo se casó con Rivera la pasada legislatura en una ceremonia exprés en Las Vegas. A intentar ver lo que no he logrado ver durante el verano, sin duda por ceguera mía: una España sumida por la falta de Gobierno en revueltas, parálisis de las administraciones públicas, corralitos financieros, fuga masiva de turistas y atracos a punta de navaja. A sugerirles a los de Unidos Podemos que dejen de adorar a Satanás, renueven sus vestuarios en Cortefiel y se pongan de una puñetera vez a estudiar Business Administration. Uf, qué alivio poder decirlo.

(infoLibre, 7 de septiembre de 2016)

AYUDO A MI SEÑOR



Ni quito ni pongo rey pero ayudo a mi Señor”. ¿No les parece que esta frase, atribuida al pérfido Du Guesclin y su intervención en una querrela dinástica castellana del siglo XIV, bien podría ser el lema de Albert Rivera? ¿Para qué otra cosa que servir a su Señor fue lanzado Ciudadanos al mercado político español el pasado año? ¿Qué esperan de ese grupo sus padrinos sino que apuntale el statu quo donde, cuando y como sea menester?

Lo hizo ayer votando a la candidata del PP, Ana Pastor, a la presidencia del Congreso, a cambio de dos poltronas en la mesa de ese organismo. Y volverá a hacerlo este mismo verano facilitando de uno u otro modo que Mariano Rajoy no tenga que mudarse de La Moncloa. Las dos cosas en aras de la gobernabilidad, la razón de Estado, la sagrada unidad de España, la tranquilidad de los mercados financieros y todas esas cosas que preocupan a su Señor.

No me parece mal que exista en España un centroderecha aseado, un nuevo grupo que quiebre el monopolio de la derecha españolista que ha ejercido el PP en los últimos lustros. Lo que me parece fatal es que me tomen por tonto e

intenten vendérmelo como regeneración, cambio, progreso y modernidad indiscutibles. Esto último es lo que hizo Pedro Sánchez en la pasada y breve legislatura con tal de no girar a la izquierda y entenderse con Podemos.

Josep Oliu, presidente del Banco Sabadell, lo dijo alto y claro en junio de 2014. Los grandes empresarios y financieros necesitaban “una especie de Podemos de derechas”, un grupo que defendiera sus intereses pero que pudiera ser presentado como una novedad. Con dirigentes jóvenes, guapitos y, a ser posible, no embadurnados de corrupción.

La palabrería fuera ensayada por Rivera en el ámbito catalán bien podía extenderse al español: en el centro está la virtud, si todos remamos unidos llegaremos más lejos, lo más importante es la paz mundial, si no te gusta España vete a Venezuela... Con un tono naranja, siempre alegre y veraniego, y una buena campaña de propaganda, la cosa podía funcionar.

Funcionó, aunque peor que lo que preveía el Señor. Ciudadanos rascó menos que lo soñado por Metroscopia en las municipales, autonómicas y generales de 2015. El “viaje al centro del oportunismo” con el que titulaba tintaLibre su edición de noviembre, era demasiado evidente. Ciudadanos servía de muleta allí donde el sistema lo necesitaba: igual afianzaba al PSOE de Susana Díaz en Andalucía que al PP de Cristina Cifuentes en Madrid. Luego, ya en 2016, su matrimonio con Sánchez desilusionó a bastantes de sus votantes conservadores, que regresaron al hogar del PP.

El desenfadado Rivera sólo tiene una verdadera “línea roja”, aquella para cuya defensa fue promovido a bombo y platillo: que no avancen los que proponen una reforma a

fondo del edificio. El resto es negociable. Dos poltronas pueden servir para iniciar una gran amistad.

(infoLibre, 20 de julio de 2016)

DISCULPEN QUE DISCREPE



Debo ser de los pocos que no están demasiado sorprendidos por los resultados de las elecciones del 26 de junio. Aquí mismo escribí antes de su celebración que lo previsible era que el voto de derechas se mantuviera y el de izquierdas descendiera. El voto conservador es disciplinado, inasequible al desaliento, poco crítico con sus dirigentes; el progresista, volátil, crítico, propenso a la melancolía. Para ilustrarlo, cité la repetición de las elecciones autonómicas madrileñas de 2003, las del tamayazo, cuando Esperanza Aguirre ganó en la segunda vuelta tras haber perdido en la primera.

Tampoco me extraña la tolerancia con la corrupción del núcleo duro del electorado derechista español, ni la amplitud de ese núcleo duro. Viví el franquismo en mis primeros veintiún de vida y recuerdo que tenía apoyo social. Que robara y reprimiera era permisible para millones de compatriotas mientras les garantizara seguridad ciudadana, la sagrada unidad de España –el nacionalismo españolista existe, amigos– y la posibilidad de comprarse un piso y un coche utilitario. Una intensa presión mediática –ayer monopolística, hoy mayoritaria– machacaba y machaca esos

sentimientos hasta el lavado de cerebro.

En cuanto a Unidos Podemos, no comparto la idea general de que ha sufrido un desplome. Un frenazo, sí; un desplome, no. Que tenga los mismos escaños -71- que tenían por separado IU y Podemos en la breve legislatura anterior casi me parece un éxito. Era obvio que la abstención en la segunda vuelta iba a afectar principalmente a los jóvenes, progresistas o antisistema entre los que Unidos Podemos tiene sus caladeros.

Ya sé que los sondeos decían otra cosa, pero ¿cuándo se va a dar cuenta la gente de que los españoles mienten ante los encuestadores más que otros pueblos? Ya sé que las expectativas de los dirigentes de Unidos Podemos eran superiores, pero ¿no deberían esos dirigentes ser menos arrogantes y endogámicos, y, además, tener menos prisas? Su deseo de formar parte de un Gobierno a la primera de cambio siempre me ha parecido poco realista. Construir una fuerza que impulse la regeneración democrática y social de España no es cuestión de cuatro tertulias, tres asambleas y un par de comicios.

Por último, encuentro alucinante el entusiasmo del PSOE tras el 26-J. Ha perdido 100.000 votos y 5 escaños y casi brinda con champán porque Unidos Podemos ha quedado por debajo. La obsesión con Pablo Iglesias ha sido el único eje de campaña de los socialistas y parece haberse convertido en su principal razón de ser. ¿Está seguro el PSOE de que el españolismo, el casticismo y el conservadurismo político, económico e institucional de Susana Díaz resultaría irresistiblemente seductor fuera de Despeñaperros para esos millones de progresistas que han dejado de votarle?

(infoLibre, 30 de junio de 2016)

¿VOTARÍA ALBERT CAMUS?



No sé qué votar: no hay nadie que me convenza al 100%”.

Seguro que ustedes han escuchado esta frase bastantes veces en los últimos días y, con el respeto debido a los que la pronuncian, debo decirles que me parece un modo equivocado de abordar la participación electoral. Encuentro que esa fórmula está más emparentada con la religión o cualquier otra forma de adhesión inquebrantable que con la razón y la libertad.

Albert Camus era un libertario, un espíritu independiente que situaba la libertad por encima de cosas como el orden, la tradición, la autoridad, la gobernabilidad o la disciplina de partido. Eso, sin embargo, no le impidió pronunciarse en algún que otro momento a favor de una determinada opción política, como recuerda [Michel Onfray](#), uno de sus más activos valedores en la actual escena intelectual francesa. Lo hizo, por ejemplo, a favor de las propuestas socialdemócratas de Pierre Mendès-France en alguna circunstancia crítica de los años 1950. Y no es que Camus comulgara al 100% con Mendès-France, ni mucho menos; es que, en ese instante preciso, pensaba que debía de comprometerse activamente

con aquellas posiciones de ese político que venían a coincidir con las tuyas. Para Camus el abstencionismo no es la obligación inmutable de un espíritu libertario. Ser consciente de que la acción de los políticos profesionales está limitada y condicionada por los auténticos poderes –el del dinero en primer lugar– no le impedía apoyar puntualmente a alguno de ellos.

Nadie debería estar al 100% de acuerdo con nadie, ni tan siquiera con uno mismo; la duda y la discrepancia son esenciales a la condición humana. Así que en unas elecciones importantes, como las que van a celebrarse en España, lo racional, en mi opinión, es escoger sin excesivas expectativas aquella propuesta que esté más próxima a tus ideas, sentimientos e intereses. Que tal proximidad sea de un 60% o 70%, por seguir hablando en porcentajes, ya es mucho. No se trata de casarse para toda la vida con un líder, un partido o una coalición –ni tan siquiera el matrimonio oficial es necesariamente para toda la vida–; se trata de escoger para un máximo de cuatro años entre lo que existe, no entre lo que nos gustaría que existiese.

No estaré en mi circunscripción electoral el próximo domingo, así que ya he votado por correo. Lo he hecho a favor de quienes no solo proponen un cambio de presidente y de gobierno, sino que también desean explícitamente la apertura de un nuevo ciclo en la vida política española que introduzca algo más de libertad, pluralidad e igualdad y algo menos de autoritarismo, corrupción e injusticia. ¿Quiere esto decir que esa opción me parece sublime, perfecta, irreprochable? En absoluto. ¿Quiere esto decir que adoro a sus dirigentes hasta babear cada vez que salen en la tele? Para

nada. ¿Quiere esto decir que, hagan lo que hagan en los próximos cuatro años, los seguiré apoyando hasta el fin de mis días? Ni de coña.

No soy religioso, no abordo unas elecciones con un espíritu de fe y comunión. Como Camus, pienso que el cambio es lo único constante en esta vida. Y como el personaje de Osgood Fielding III al final de *Con faldas y a lo loco*, sé que nadie es perfecto.

(infoLibre, 22 de junio de 2016)

WISHFUL THINKING



Resulta fastidioso tener que empezar un artículo proclamando cosas que deberían estar sobreentendidas. Como me dirijo a lectores ilustrados y progresistas, no debería verme obligado a reiterar que pienso que el PSOE desempeñó un papel importante en la puesta al día de España tras la larga noche franquista, así que no me arrepiento de haberle votado en 1982. Tampoco tendría que repetir que volví a hacerlo en 2004 y 2008, que fui uno de los 11 millones de españoles que apoyaron las propuestas de Zapatero: retirada de nuestras tropas de Irak, correcta atribución al yihadismo de los atentados del 11-M, matrimonio gay, igualdad de derechos para las mujeres, medidas sociales tras el capitalismo salvaje de Aznar y Rato, voluntad de acelerar el fin de ETA y de encontrar un mejor acomodo para Cataluña en una España plural.

Pero me veo forzado a hacerlo por el victimismo con el que la dirigencia socialista reacciona a cualquier intento de análisis sobre las causas de la decadencia de su partido. Uno es zarandeado verbalmente si dice que la ascensión de Podemos es debida, entre otras cosas, al hecho de que el

PSOE dejara abandonado a buena parte de su electorado progresista en el último y penoso tramo de Zapatero y, ya no digamos, cuando, a través de Rubalcaba, su vieja guardia felipista retomó el control de esa formación.

A fuerza de pragmatismo, el PSOE, como sus partidos hermanos en Europa, lleva años renunciando a ideas básicas de la socialdemocracia: el capitalismo debe ser regulado a fin de evitar sus excesos; las políticas de gasto progresistas no son sostenibles sin políticas de ingreso progresistas; los impuestos son la vía para una mínima redistribución de la riqueza; la vivienda, la sanidad, la educación, la seguridad ciudadana y un mínimo de renta son derechos imprescriptibles de todos y cada uno de los ciudadanos.

En la breve legislatura surgida del 20-D, el PSOE tuvo otra oportunidad para ponerse al frente de una reforma del régimen del 78. Podría haberse tomado en serio la posibilidad de formar un gobierno de coalición con las fuerzas de izquierda presentes en el Congreso, pero no lo hizo. A Pedro Sánchez se lo prohibieron Felipe González y sus amigos de PRISA, Susana Díaz y los barones castizos, los capos del IBEX 35 y los voceros de Bruselas, que le empujaron a juntarse con Ciudadanos. Las torpezas de Podemos fueron notorias, pero no la verdadera causa de que no surgiera una mayoría parlamentaria que terminara con el gobierno del PP.

Escribí hace unas semanas [a favor de una alianza electoral de Podemos, Izquierda Unida, Compromís y compañía](#). Me alegra que haya cuajado y me alegraría que, con o sin sorpasso, ese bloque y el PSOE pudieran materializar en un Gobierno progresista el resultado del 26-J. Pero me temo que es wishful thinking, me temo que el PSOE, quede por delante

o por detrás de Unidos Podemos, tiene las manos atadas para hacerlo. Las presiones de los poderes fácticos para que, por activa o por pasiva, deje gobernar al PP serán descomunales. Supongo que lo más realista es imaginar que la derecha seguirá en La Moncloa.

(infoLibre, 15 de junio de 2016)

TREMENDISMO



Corcuera suelta en una entrevista televisada que Podemos tiene “derecho de pernada” y la periodista, Marta Nebot, se asombra, lógicamente, ante lo extravagante del comentario. Uno comparte el estupor de la compañera, pero no puede dejar de preguntarse a continuación qué hace ese individuo pontificando en Telecinco sobre la situación política española (¿de veras fue ministro?). Si éste es el nivel, ¿por qué no entrevistan a Julián Muñoz en su celda de Alahurín el Grande? ¿O al Pequeño Nicolás en el plató de Gran Hermano VIP? ¿O, ya puestos, a Fran Rivera mientras torea con su bebé? Seguramente ellos también tienen algunas barbaridades que decir sobre Pedro Sánchez, Podemos o Cataluña. ¡Calla!, te dices de inmediato; igual ya lo están haciendo, pero tú no te has enterado. En todo caso, ¡no des ideas!

El tremendismo –la retórica vulgar, exagerada, grandilocuente– campa por sus respetos entre buena parte de la clase política española más castiza. Cualquier propuesta que no sea la propia es un “reto”, un “desafío”, una “amenaza” o, en el mejor de los casos, un “órdago”; la

fórmula más empleada ha terminado siendo esa tan nefasta de las “líneas rojas”, y el verbo más conjugado, “advertir”. Si te ofrecen una alianza, te están sometiendo a un “chantaje” que te fuerza a un “cierre de filas”. Si no te la ofrecen, están “poniendo en peligro la gobernabilidad”. Si deseas consultar a la gente sobre una posibilidad que les concierne eres “populista”, “mediocre” y “antisistema”. Y, por supuesto, sobre España planean males terribles: el separatismo, los soviets, la obligatoriedad del chándal bolivariano y el corte de pelo norcoreano, el regreso de ETA, una invasión marciana...

La casi totalidad de los medios impresos y audiovisuales jalea con entusiasmo este guirigay de taberna. Hace ya tiempo que el llamado “periodismo declarativo” reemplazó aquí al de la investigación. Sale mucho más barato, exige muchos menos esfuerzos humanos y materiales. Se le pone un micrófono a un polícastro en cualquier pasillo, lo más probable es que suelte una burrada y, ¡albricias!, ya se tiene con qué llenar la primera página o abrir el telediario. Para justificarse, a la burrada de turno la llaman “titulares”.

¿No tienes ningún “titular” para hoy? No te apures, compañero/a, vete donde Esperanza Aguirre, Rafael Hernando, Rita Barberá, Floriano, Monago, Mayor Oreja, cualquiera de esos bocazas del PP, y seguro que pescas dimes y diretes. Ah, ¿lo que necesitas es algo del PSOE? Pues, nada, emplea el mismo método: seguro que Felipe González, Guerra, Corcuera o Leguina tienen ganas de salir en los medios. O aun mejor, mira a ver cómo respiran la baronesa y los barones, que esos siempre andan con el dedo en el gatillo.

Llenados así los informativos con vivas a la virgen del Rocío, el menú se completa con tertulias supuestamente

políticas donde el estilo tabernario de programas del corazón como Tómbola, el Tomate y Sálvame ha reemplazado al análisis, el debate y los buenos modales. Tráete al plató a un Inda, un Alfonso Rojo, un Tertsch o un Maruhenda, y verás cómo sueltan lo que les sale del moño con la misma alegría que Lidia Lozano, María Patiño o Belén Esteban. The show must go on.

El cuñadismo y el comentario de sal gruesa van a más a medida que quedan atrás las elecciones del 20-D. Pero, pásmense, las calles de España están de lo más tranquilas. No hay huelgas, manifestaciones, disturbios o actos de violencia (y que siga así, toquemos madera). El sol sale por las mañanas (aunque estaría bien que lloviera un poco). Escuelas y hospitales abren con normalidad. Los mercados están abastecidos. La gente va al trabajo o a buscar trabajo, y llegar a fin de mes sigue siendo la angustia de la mayoría. La Policía y la Guardia Civil detienen cada día un nuevo lote de corruptos... No es éste el primer país democrático que se pasa semanas y hasta meses sin gobierno; algunos incluso funcionan mejor sin él.

Ni tan siquiera la situación económica se ve demasiado afectada por la provisionalidad en el poder ejecutivo central, que no nos vengan con milongas. Si 2016 ha arrancado con pesimismo, la cosa tiene que ver con el miedo a una nueva Gran Recesión mundial provocada por el pinchazo de la burbuja china. Pero sí, está claro, intentan meter miedo, y, probablemente, terminarán consiguiéndolo.

No niego que a muchos españoles les gusta ver en la tele cabreo, bronca, vulgaridad y malafollá. Hasta ahora, este menú produce buenas audiencias televisivas. Pero intuyo que

la politiquería, al igual que el corazón, gusta como espectáculo; como espectáculo circense, para mayor precisión. Lo grave es que puede terminar dañando aún más el prestigio de la política: la gestión justa, democrática y honesta de los asuntos públicos.

Van a tener razón los que dicen que tenemos un grave problema de educación. Desde luego, lo tenemos en bastantes de esos que se consideran nuestra élite político-mediática.

(infoLibre, 3 de febrero de 2016)

LA DESHONESTIDAD INTELECTUAL



Ya me gustaría a mí tener el talento de Louis-Ferdinand Céline (1894-1961) para convertir la lengua hablada en la calle en un texto literario tan extraordinario como *Voyage au bout de la nuit*. No obstante, la admiración que siento por esa novela no es incompatible con la repugnancia que me produce el ciudadano Céline, autor de panfletos antisemitas en los años 1930 y simpatizante de la Alemania nazi. Céline es un ejemplo de manual de cómo se puede ser un gran escritor a la par que un canalla en lo moral, político e intelectual.

Félix de Azúa no es, ni de lejos, tan buen escritor como lo fue Céline, pero, en su descargo, hay que añadir que tampoco es un ciudadano tan peligroso. Azúa es un señorito que piensa que alguien como Ada Colau, una mujer de origen popular e ideas progresistas, jamás debería haber accedido a la alcaldía de la Ciudad Condal. También es un nacionalista, pero españolista, lo que, en su opinión, es serlo menos que si eres catalanista. Y, sobre todo, el flamante miembro de la Real Academia de la Lengua es un deslenguado, lo que no es, ni mucho menos, lo mismo que un practicante de la libertad

de expresión.

Los comentarios clasistas y machistas de Azúa sobre Colau –“debería estar sirviendo en una pescadería”– le han dado espectacularmente la razón a Ignacio Sánchez-Cuenca, que incluye a este personaje entre los ejemplos prácticos de [La desfachatez intelectual](#) (Catarata, 2016). Denuncia Sánchez-Cuenca en este ensayo que gente como Azúa, Fernando Savater o Vargas Llosa pontifican en sus artículos periodísticos sobre todo lo divino y lo humano con la misma ignorancia de los datos y la misma petulancia que un cuñado borracho en la cena de Nochebuena. Y desde el mismo punto de vista: siempre reaccionario.

Conozco a Sánchez-Cuenca desde hace algunos años y certifico que es un tipo valiente tras su apariencia tranquila, una especie de Gary Cooper de nuestra escena universitaria. Ha osado criticar a las vacas sagradas de la intelligentsia española –grandes firmas de El País, El Mundo y ABC, autores estelares de nuestras editoriales, convidados indiscutibles en cualquier sarao politiquero o académico– y eso, para qué engañarnos, solo puede cerrarte puertas.

Sánchez-Cuenca le ha puesto nombres y apellidos a lo que muchos pensábamos: ninguno de esos intelectuales se ha jugado el pellejo, como hizo Zola con su J'accuse, denunciando en los últimos años los desahucios, la desigualdad socioeconómica, el recorte de libertades y derechos, la corrupción política y económica (excepto, off course, la de los Pujol) o los despidos masivos. No, nuestras vacas sagradas son monotemáticas: lo que les angustia es una posible ruptura de la sagrada unidad de España, amenaza focalizada ayer en Euskadi, ahora en Cataluña. Y, añadamos,

todo lo relacionado con cualquier merma del españolismo castizo: la monarquía borbónica, las corridas de toros, el estilo tabernario de discusión...

El 15-M se atrevió a poner en cuestión los dogmas sobre la actual democracia española vigentes desde la Transición y, en ese sentido, actuó, como escribí en ctxt.es (Son las ideas estúpido), a modo de un pensador callejero colectivo. Ahora parece haber llegado el momento en que ya puede hablarse de los mandarines del vigente régimen sin estar obligado a una actitud de embelesada y agradecida genuflexión. Gregorio Morán abrió el fuego con su *El cura y los mandarines* (2014) y Sánchez-Cuenca ha seguido con *La desfachatez intelectual*.

Se puede ser un gran escritor y un ciudadano dudosamente ejemplar. Tal es el caso de Vargas Llosa, del que acabamos de conocer –sin que nos extrañe demasiado– que, además de ser un hooligan del falso liberalismo de mamandurria, pandereta y corrupción de Esperanza Aguirre, tuvo cuentas oscuras en el paraíso fiscal panameño. Y asimismo se puede ser un intelectual que defendió en su juventud principios y valores libertarios y fue envejeciendo mentalmente muy mal. Tal es el caso de Savater, que en su juventud exaltaba la iconoclastia ácrata de Guillermo Brown y acabó convirtiendo en propagandista de la rojigualda Rosa Díez.

A nadie se le puede negar el derecho a evolucionar intelectualmente, por supuesto. Uno puede haber sido progresista en su juventud y, a medida que aumentaba el dinero en sus cuentas corrientes, iba añadiendo viviendas y fondos de inversión a su patrimonio, compadrebbeaba con el mundo del poder y la riqueza, uno puede ir haciéndose

conservador, o sea, asustadizo ante la novedad, la incertidumbre, el cambio. Ese modo de evolucionar es natural, comprensible, tristemente humano. Lo deshonesto es negarse a aceptarlo, pretender que uno sigue siendo un rebelde. Esto, apreciados Savater, Azúa, Vargas Llosa y tantos otros, supone un engaño, un fraude, una impostura.

Me pregunto por qué muchos de los intelectuales citados en el ensayo de Sánchez Cuenca están instalados en el negacionismo, se ponen como una hidra cuando se les dice, sin acritud, tan solo constatando un hecho, que ahora son de derechas. ¿Es el fruto de un sentimiento de vergüenza propia ante la traición al niño y al joven que fueron? ¿Es el deseo de no perder los lectores que consiguieron en su tiempo?

No hay nada malo en ser de derechas, lo extraño es negarse a reconocerlo. Azúa y compañía, sed sinceros con vosotros mismos: asumid que ahora sois conservadores, preferís el orden, la seguridad y la tradición, lo que, insisto, es respetable dadas vuestras edades y situaciones profesionales y económicas. Hacedlo y, estad seguros, aplaudiremos vuestra honestidad.

(infoLibre, 13 de abril de 2016)

#COMPIYOGUI



En qué circunstancias la vida privada de las personalidades públicas es relevante para la ciudadanía y, en consecuencia, puede y hasta debe ser objeto del interés periodístico? La respuesta a esta pregunta no es tan complicada como dicen algunos. Una ya larga experiencia de ejercicio del periodismo en países democráticos ofrece una casuística razonable. Una casuística que se asienta en centenares de sentencias judiciales favorables a los informadores.

Por ejemplo, eldiario.es hizo muy bien publicando la pasada semana un extracto del intercambio de mensajes de texto entre el empresario Javier López Madrid y los entonces príncipes de Asturias, el asunto conocido popularmente como #CompiYogui. En ese intercambio, Felipe de Borbón y Leticia Ortiz –y muy en particular ella– le expresaban su cariño a un individuo del que acababa de conocerse que se había gastado un dineral con una tarjeta black de Caja Madrid. Por lo demás, y como ha señalado aquí mismo Jesús Maraña, ninguno de los dos daba la menor muestra de indignación por el uso de un instrumento que permitía a sus beneficiarios obtener

ingresos adicionales sin declararlos a Hacienda.

Si la simpatía a López Madrid se la hubiera expresado una actriz o un torero, no habría justificación periodística para desvelar una conversación privada. En materia de relevancia o no de la vida personal de los famosos, el primer criterio a tener en cuenta es preguntarse de quién cobran. Si lo hacen de nuestros impuestos, como es el caso de Felipe y Leticia, la ciudadanía tiene un interés legítimo en conocer sus actividades: todas las públicas, desde luego, pero puede que también algunas privadas. Nadie está obligado a ser alcalde, diputado, ministro, jefe de Gobierno o jefe de Estado. Si se asume algunas de esas responsabilidades, debe aceptarse que en democracia el que paga, el contribuyente, manda.

¿Estoy diciendo que la opinión pública tiene derecho a conocer la vida sexual, la vida familiar, las amistades, los gustos culinarios, las preferencias de ocio y todo el universo privado de aquellos representantes políticos que paga con sus impuestos? En absoluto y ustedes lo saben. Un rey, un presidente, un ministro y un alcalde tienen exactamente el mismo derecho que todos nosotros a que nadie se cuele en su dormitorio o el salón de su casa. Salvo que...

Salvo que se utilice la vida familiar para ganar simpatías y votos. Ejemplo clásico: es relevante que la opinión pública conozca que un político norteamericano tiene una tórrida relación extramatrimonial con una modelo si, a la par, ese político hace campaña exhibiéndose todos los domingos junto a su esposa y sus hijos a la salida de la iglesia, y soltando a los periodistas que él mismo ha convocado allí un tremendo rollo sobre su firme defensa de los “valores familiares cristianos”. La ciudadanía tiene perfecto derecho a

conocer que ese político es un hipócrita de tomo y lomo: en el pecado -explotar su vida familiar con fines electoralistas- lleva la penitencia. Y lo mismo puede decirse de otro ejemplo canónico: si un político conservador británico va por ahí denostando a los homosexuales como “enfermos” o “perversos”, es justo que un periodista cuente que sostiene una relación gay clandestina.

En España la mayoría de los políticos no hace ese uso abusivo de una real o supuesta vida familiar intachable tan común entre los anglosajones, y esa es una de las razones por las que aquí no florecen escándalos de ese tipo. Sería bueno que siguiéramos en esa línea.

Otra de las excepciones al tabú sobre la vida privada es la ejemplaridad que cabe exigirles a los que cobran de nuestros impuestos. Si un político (o un juez del Tribunal Constitucional) es detenido por conducir borracho, el asunto es relevante. Lo mismo ocurre si es amigo de un mafioso. O si ha falseado su currículum. O si veranea en un lujoso hotel del Caribe mientras predica que todos los demás debemos apretarnos el cinturón. Ya no digamos, si evade impuestos, no paga las multas o emplea su cargo para saquear las arcas públicas o favorecer de uno u otro modo a parientes, amigos y socios.

Ni Felipe de Borbón ni Leticia Ortiz han sido elegidos en unos comicios, ni tampoco la mayoría de los españoles de hoy han sido convocados nunca a un referéndum para decidir sobre la forma de la jefatura del Estado. Según sus defensores, la ejemplaridad sería una de las principales razones por las cuales la monarquía resultaría útil a los españoles. Pero en los últimos años han surgido dudas

razonables al respecto. El caso Urdangarín ha revelado que algunos de sus componentes parecen poseídos por esa drogadicción del dinero que ha extendido la corrupción entre nuestras élites políticas, empresariales y financieras. Y el safari de Boswana nos descubrió a un rey Juan Carlos cazando elefantes en compañía de una amiguita cuando la mayoría de sus compatriotas estábamos en plena semana laboral y en plena crisis económica.

Ahora hemos conocido a un Felipe y una Leticia muy encariñados con #CompiYogui, un empresario del que vamos sabiendo que era un golfo. Aun peor, cuando ya comenzaban a publicarse las golferías de López Madrid y tenían la oportunidad de marcar distancias con esa liaison dangereuse, los actuales reyes le expresaban a través de esos mensajes: 1.- desprecio por la Prensa, 2.- indiferencia por el uso de las tarjetas black y 3.- nuevas muestras de afecto. Todo ello resulta relevante para la opinión pública. Ha hecho bien Ignacio Escolar en publicarlo y ha hecho bien la Federación de Asociaciones de la Prensa de España en expresarle su apoyo

(infoLibre, 16 de marzo de 2016)

CRIMINALIZAR LA FICCIÓN



Jordi Évole decía hace unos días en un informativo de La Sexta que tenía la impresión de que en los años 1980 había en España más libertad de expresión que en la actualidad. Puedo confirmarlo testimonialmente: yo ya era mayor de edad en aquella época y, sí, había más libertad, humor y tolerancia que ahora. Como subrayaron Manuela Carmena y Maruja Torres en sus conversaciones del pasado verano, hoy sería imposible que un Tierno Galván ejerciera la alcaldía de Madrid con el desparpajo libertario con que él lo hacía. ¿Podría decir hoy cosas como ésta: “¡Rockeros: el que no esté colocado, que se coloque... y al loro!”? En absoluto; lo lincharían política y mediáticamente.

Me ha apenado ver a Carmena tan acobardada por el asunto de los titiriteros. De ella hubiera esperado que, desde el primer instante, atajara con contundencia lo que hay de aterrador en el encarcelamiento de esos muchachos. Porque el fallo de programación –la obra no era para niños– es un pecado venial que puede resolverse con un coscorrón al responsable del mismo. Lo que resulta gravísimo es que en España se haya sentado el precedente de que te puedan meter

entre rejas por un elemento narrativo en una obra de ficción.

O sea, cualquier policía, fiscal o juez puede extraer de una novela, una obra de teatro, un cuadro, una película o una serie televisiva esta o aquella frase, imagen o escena, y detener sin contemplaciones al autor de la obra por apología de tal o cual delito. Por ejemplo, si yo incluyo en una novela a un yihadista imaginario que, en conversación con mi protagonista, intenta justificar las razones de su delirio, es posible que un Torquemada me lleve a Soto del Real por apología de ISIS o Al Qaeda.

A fuerza de ir criminalizando comportamientos so pretexto de luchar contra el narcotráfico o el terrorismo, o en aras de lo “políticamente correcto”, se ha llegado a la apoteosis del liberticidio: criminalizar lo que explícitamente es ficción. Si unos titiriteros sacan una marioneta que lleva una pancarta a favor de ETA con el objetivo de endosársela como prueba falsa a otra marioneta, los titiriteros son cómplices de ETA. Resulta espeluznante, así no hay arte (bueno, mediano o malo) posible.

La culpa también la tenemos nosotros, los que nos consideramos nietos del Siglo de las Luces. Hemos ido consintiendo recortes incesantes de libertades y derechos desde los años 1980. La derecha más reaccionaria, la que asociamos a los Reagan, Thatcher, Aznar y compañía decidió entonces “desacomplejarse” y desencadenar una gran contraofensiva ideológica para imponer universalmente como “naturales” sus principios y valores. Dueña de colegios, universidades, fundaciones y medios de comunicación, esa derecha empaquetó en frases simplonas sus criterios de orden, disciplina y primacía del beneficio

privado, y las repitió hasta la saciedad.

Consiguió su objetivo. La derecha ha ganado por goleada la “guerra cultural” contra lo que ella misma identificó con el Mayo del 68. En parte porque, en busca de “respetabilidad”, buena parte de la izquierda asumió como propia la agenda conservadora. A partir del momento en que se sintió avergonzada por hablar de libertad, igualdad y fraternidad, esa izquierda estaba derrotada ideológicamente.

El fenómeno no es, por supuesto, exclusivamente español. En Francia –cuna junto a Inglaterra y Estados Unidos de las ideas progresistas–, el primer ministro, un supuesto socialista llamado Manuel Valls, dice ahora que intentar explicar científicamente las causas del yihadismo equivale a justificarlo. Es decir, que un periodista, un historiador o un sociólogo pueden ser vistos como cómplices de la matanza de París si osan decir que la lucha contra el yihadismo sería mucho más eficaz si se desecaran los pantanos de pobreza, desigualdad y autoritarismo donde nace y se cultiva.

Todavía no han encarcelado a nadie en Francia por intentar aportar la luz de la razón a la lucha contra la sinrazón, pero Valls ya ha comenzado a satanizar ese comportamiento. En España, de tradición más inquisitorial, vamos por delante: ya han sido llevados a prisión dos muchachos por el delito de intentar contar una historia de ficción con marionetas. ¿Qué es lo siguiente? ¿Inventar una máquina que penetre en nuestros pensamientos y se los chive a la Audiencia Nacional?

(infoLibre 17 de febrero de 2016)

LA FILFA DE LA “LEGALIDAD VIGENTE”



El fundamentalismo de la legalidad es como cualquier otro: un insulto a la libertad y la razón. He dicho fundamentalismo, esto es, la consideración de algo como eterno, inmutable, sagrado. Ninguna legalidad lo es; desde el Código de Hammurabi a nuestros días, la humanidad ha ido considerando legales cosas que antes no lo eran y viceversa.

Que la derecha suela aferrarse a la legalidad vigente, es lo suyo. En materia de libertades y derechos, la derecha prefiere el pasado al presente y, si no queda más remedio, el presente al futuro. Su seña de identidad es ser el partido de la ley y el orden, del statu quo.

Pero que alguien que se diga de izquierdas invoque la legalidad vigente como supremo argumento contra una mejor expresión del pluralismo, revela que no es de izquierdas. Desde las revoluciones americana y francesa, la izquierda es el partido del cambio y el progreso. La vigencia de tales o cuales leyes nunca ha sido nunca para ella un tabú infranqueable para intentar reducir el autoritarismo, la desigualdad y la injusticia.

Gente que, sorprendentemente, dice ser progresista nos

predica que no puede celebrarse una consulta en Cataluña sobre su relación con el resto de España porque no lo contempla la legislación vigente. O que no pueden bajarse los recibos de la luz o paralizarse los desahucios porque no lo contempla la legislación vigente. ¿Y qué? Cámbiese la legislación vigente. No parece ser tan difícil, se hizo con el artículo 135 de la mismísima Constitución.

En mis años universitarios, el franquismo prohibía manifestarse en las calles porque así lo decía la legislación vigente. Y nuestras madres no podían obtener un pasaporte o abrirse una cuenta bancaria sin el permiso de su esposo porque así lo decía la legislación vigente. Aquella era una legislación vigente manifiestamente reaccionaria y España hizo muy bien en cambiarla en cuanto pudo. Legalidad no es sinónimo de justicia.

Lo dicho: la legalidad es contingente; sólo la justicia es necesaria.

(infoLibre, 20 de enero de 2016)

SIMPATÍA POR EL DIABLO



En los años 1960, la televisión, la radio y los periódicos españoles –controlados todos por el régimen franquista– se cebaban con los grupos de rock anglosajones que iniciaban entonces su andadura. La ira, el asco y el miedo pugnaban entre sí en sus comentarios sobre las melenas, los atuendos estrafalarios, la música chirriante y, supremo horror, el consumo de drogas de los Beatles y los Rolling Stones. La banda de Mick Jagger era la más odiada: su desfachatez era tal que incluso interpretaba una canción expresando simpatía por el diablo.

Yo era un adolescente y recuerdo cómo aquella campaña oficial contra el rock me lo hacía irresistiblemente atractivo. A mi hermano, mis primos y mis amigos del bachillerato les pasaba tres cuartos de lo mismo; así que, en vez de coplas y pasodobles, escuchábamos y bailábamos temas cuyas letras no entendíamos, pero que asociábamos con libertad y rebeldía. Llevar vaqueros, dejarse el pelo largo y colocar en el dormitorio un póster de John Lennon se convirtió en una de las maneras de decir que no nos gustaba aquella España grisácea y represiva.

La dictadura nacional-católica de Franco le tenía mucha inquina a la música emergente, pero su rechazo era compartido por los conservadores de todo el mundo, estuvieran a uno u otro lado del Telón de Acero. Cuando Lennon proclamó que los Beatles eran más célebres que Jesucristo, en Estados Unidos se desató una furibunda campaña de destrucción pública de los discos del grupo de Liverpool. Aquellos autos de fe, de los que TVE daba cuenta de modo aprobador, nos recordaban a los adolescentes y jóvenes a los practicados por la Inquisición y los nazis, y reforzaban nuestro interés por la nueva cultura popular.

He recordado esto al leer un tuit en el que el economista Juan Torres López dice lo siguiente: “[Los ataques a Podemos](#), después de lo que ha pasado en España, son tan exagerados que van a tener un efecto rebote que hará historia. Al tiempo”. Comparto esta impresión. Desde hace año y medio, no hay día en que esta formación política no reciba una catarata de insultos y acusaciones manifiestamente injustos y desproporcionados. Que si la financian Venezuela e Irán, según fuentes anónimas de servicios secretos extranjeros que cualquiera de nosotros podría inventarse. Que si quiere implantar el chavismo o los soviets en España. Que si los impuestos de Monedero o el trabajo universitario de Errejón cuando ninguno de los dos ocupaba en ese momento un cargo político pagado por el contribuyente. Que si la novia -o ex novia- de Pablo Iglesias. Que si Manuela Carmena les roba a los niños la ilusión por los Reyes Magos y, además, quiere acabar con las inversiones extranjeras en Madrid por pretender aplicar una política de protección del edificio Torre España aprobada por el Ayuntamiento y el Gobierno regional

del PP... Y así cada vez que das un vistazo a un dinosaurio de papel o enciendes la radio o la tele.

Lo último ha sido el escándalo que el establishment político y mediático ha querido desatar por su entrada en el Congreso: el bebé de Bescansa, las bicicletas de Equo, la banda musical de Compromís, el juramento de Iglesias, las rastas de un diputado, el supuesto mal olor y los presuntos piojos de los representantes de más de 5 millones de españoles...

Uno, que ya es sexagenario pero aspira a no convertirse en un sepulcro blanqueado, no da crédito a lo que lee y oye. Uno sale a la calle y ve que la gente va así, con zapatillas, vaqueros y cazadoras, con barbas y melenas, escuchando música en los auriculares de sus teléfonos, arrastrando niños y paquetes, muy pocos –apenas los empleados de notarías y sucursales bancarias– con traje chaqueta y corbata. Uno habla con esa gente sobre apuros para llegar a fin de mes, sobre la sobrina que ha tenido que irse a Londres, sobre lo caro que está el recibo de la luz, sobre el miedo a un nuevo despido colectivo en la empresa, sobre el salario mínimo que cobra el hijo por cincuenta horas semanales de trabajo temporal... Uno mira el Congreso a través de la tele y ve a un diputado recién imputado por cobrar comisiones, a decenas más que militan en partidos implicados en incontables casos de corrupción y a una vicepresidenta que espeta zafiedades a su chófer y juega al Candy Crash.

¿Y si dejaran a Podemos en paz durante, digamos, un par de semanas? Igual podríamos reflexionar serena y concienzudamente sobre sus luces y sus sombras. Porque lo seguro es que la saña con la que se le despelleja resulta

sospechosa viniendo de donde viene. Porque lo evidente es que los argumentos empleados hasta ahora en su contra son peccata minuta al lado de lo que los españoles hemos descubierto y hemos sufrido estos últimos años. Porque la cantinela del PP es casposa, clasista y busca obscenamente resucitar el miedo a los rojos, los comecuras y los antiespañoles; y la del PSOE suena demasiado al despecho del que ve cómo otro le arrebató una pareja a la que tenía desatendida desde hacía tiempo.

Nadie les niega a unos y otros su derecho a debatir política e ideológicamente con Podemos, pero –y esto es un consejo– háganlo con más astucia, que no se les note tanto la ansiedad. Respiren hondo, cálmense y usen la mollera. A los aristócratas franceses de poco les sirvió intentar ridiculizar como sans-culottes a los revolucionarios de 1789; al contrario, estos adoptaron encantados una denominación que los identificaba con la mayoría de los obreros, artesanos y campesinos. No soy tan viejo como para haber vivido la Toma de la Bastilla, pero sí recuerdo perfectamente que los berridos de los enemigos del rock sólo consiguieron darle una inmensa publicidad entre la juventud de todo el mundo en el momento preciso en que ésta andaba buscando formas de expresar su descontento.

Cuando la gente no está a gusto con sus vidas, lo más estúpido que pueden hacer los de arriba es señalar al diablo, confesar a quién le tienen más miedo.

(ctxt, 16 de enero de 2016)

SIGUE SIN HABER PAN PARA TANTO CHORIZO



La figura del político profesional -aquel o aquella que desde su juventud hasta su jubilación cobra del contribuyente en calidad de concejal, diputado, alcalde, consejero, ministro, presidente o cualquier otro cargo legislativo o ejecutivo- me resulta cada día más difícil de tragar. En una sociedad razonablemente democrática esos cargos deberían ser desempeñados por ciudadanos que dedican una parte de su vida a la política, pero que antes y después de ello se ganan el pan como lo hacemos la mayoría, trabajando como campesinos, obreros, profesores, médicos, administrativos, funcionarios, abogados, etcétera.

Es lo que hizo Gerardo Iglesias, el dirigente de Izquierda Unida que regresó a la mina tras su paso por la Carrera de San Jerónimo. Y así lo veían los padres fundadores de la república estadounidense, que, por eso y otras razones, deseaban limitar a dos los mandatos electivos. Washington, Jefferson y compañía solían citar el ejemplo del romano Cincinato, considerado por Catón el Viejo un arquetipo de frugalidad y honradez al servicio del interés público. Sí, ya sé que, también en esto, Estados Unidos se ha alejado de sus ideales

fundacionales, ya sé que allí abundan los Frank y Claire Underwood (House of Cards), pero el hecho de que la gangrena prospere no significa que sea deseable.

Comienza una nueva legislatura en España y sería bueno que su duración - corta, mediana o larga- sirviera para introducir en la agenda oficial ese elemento de sentido común expresado por el 15-M con la fórmula No hay pan para tanto chorizo. La crisis económica y los escándalos de corrupción han llevado a millones de españoles al convencimiento de que tenemos excesivos cargos políticos retribuidos y de que estos disfrutaban de sueldos y, sobre todo, de privilegios difícilmente justificables.

Respecto a lo primero, ¿es verdaderamente necesario que existan las diputaciones provinciales y el Senado? Ya sé cuál es la posible utilidad de las primeras para los pequeños municipios, y también conozco cuál sería el papel de una Cámara Alta en un auténtico sistema federal, pero, insisto, tal y como funcionan esos organismos en la España de 2016, ¿es sensato que haya cientos de políticos que cobren por pertenecer a ellos? Es ésta es una duda razonable, pienso, como lo es la relativa a que, en la cúpula de nuestro poder judicial, tengamos un Tribunal Supremo, un Tribunal Constitucional y un Consejo General. Me niego a creer que sea imposible simplificar y abaratar nuestra tela de araña institucional.

En cuanto a los sueldos y cargos, pueden ustedes llamarme demagogo, pero no acabo de entender por qué el Pleno del Congreso no tiene sólo un mes de vacaciones anuales. Ni por qué los diputados consiguen una pensión de jubilación máxima con apenas unos cuantos años en el

escaño, cuando a los demás se nos exigen más de siete lustros de laboriosa cotización. Ni por qué les tengo que pagar un iPhone y un iPad de la última generación. Ni por qué tienen que recibir una ayuda a la vivienda los que ya tienen piso en Madrid. Ni por qué la gratuidad de sus viajes no se limita a aquellos que hagan entre su circunscripción y la capital (si Monago quiere ir a ver a su novia en Canarias, que se lo pague de su bolsillo). Y, por supuesto, no comprendo por qué no se les limita sus mandatos –ocho o doce años a lo largo de toda su vida– para impedir que conviertan la política en un ganapán.

Que se les pague un sueldo digno a los que desempeñan puestos legislativos o ejecutivos, pero que no sean compatibles con pluses, otros cargos públicos o actividades lucrativas privadas. Que disfruten de excedencia obligatoria en sus trabajos habituales para que puedan regresar a ellos al terminar su servicio público. Que coticen al Régimen General de la Seguridad Social a efectos de asistencia sanitaria, seguro de desempleo y pensión de jubilación, sin que tengamos por qué pagarles seguros médicos o planes de pensiones privados. Que reciban una indemnización y cobren el desempleo si, por tales o cuales razones, no son readmitidos en sus trabajos habituales. Que se les facilite un teléfono inteligente, de fabricación española de preferencia, para el ejercicio de su función. Todo esto es justo y necesario, pero no lo es, por ejemplo, que tantos concejales, alcaldes y diputados regionales o nacionales tengan coches oficiales. No veo demasiado problema en que fueran a sus despachos en bicicleta, vehículo privado o transporte público, como hacemos los demás, y en que usaran coches de incidencias

durante su trabajo. Los cientos de vehículos y conductores así liberados podrían dedicarse a otras tareas de mayor provecho para la ciudadanía (asistencia social, ambulancias, policía, correo, ayuda a los dependientes...).

¿Saben lo que es demagogia? Decir que los ahorros que los contribuyentes haríamos de esta guisa son chocolate del loro. Y es demagogia por tres razones. La primera, porque cualquier ahorro puede permitir socorrer a compatriotas en apuros, y ahora hay muchísimos en esta situación. La segunda, porque los padres fundadores de Estados Unidos tenían razón: no hay verdadera democracia sin ejemplaridad de los políticos en el ejercicio de los valores de la sobriedad y la honestidad. Y la tercera, porque la democracia, que es un ideal hacia el que caminar, nunca se alcanzará con profesionales del coche oficial.

(infoLibre, 13 de enero de 2016)

¿Y SI CELEBRAMOS TAMBIÉN THANKSGIVING?



A comienzos del pasado otoño, me inscribí en un gimnasio de mi barrio madrileño, uno de esos negocios privados levantados en suelo público gracias a los muy discutibles oficios del PP. No tardé ni un cuarto de hora en recibir un mensaje de texto en mi teléfono móvil en el que el gimnasio me daba la bienvenida a “un mundo de wellness”. Ocurre que viví unos cuantos años en Estados Unidos y algo entiendo de inglés, así que me dije: esto de wellness no es otra cosa que bienestar, ¿verdad? Consulté un par de diccionarios que lo confirmaron: no hay la menor diferencia semántica entre la palabra inglesa empleada por el gimnasio y la castellana que me había venido de inmediato a la mente.

Así arrancó un nuevo trimestre de importación adicional a mi vida de gilipolleces americanoides. No tardaron en llegar Halloween, el Black Friday y, para rematarlo, una campaña electoral en la que, como en Estados Unidos, casi todo sucedió en las cadenas de televisión, y no sólo con los debates entre candidatos, sino también con su presencia machacona en programas de bailoteo, cocina, alpinismo, cotilleo, qué se yo. De la mano de esos jóvenes líderes formados en escuelas

de negocios (business schools) que han asumido el liderazgo de la nueva derecha, las nuevas empresas y hasta los nuevos modo de vida de estas tierras de María Santísima, el año 2015 terminó con todos celebrando cenas navideñas en las que se jugaba al Amigo Invisible (Invisible Friend).

Tuve al menos la suerte de que en ninguna de esas cenas de amigos o compañeros de trabajo me tocara un tanga rojo, regalito habitual en el engendro del Amigo Invisible, que, creo, es de origen inglés. Ni tampoco ninguno de esos cuernos de reno con los que la peña hace el capullo en la calle durante las fiestas navideñas. Pero vi como estos y otros productos semejantes se repartían a montones en los restaurantes, en medio de las risitas y los grititos de los comensales. Creí morir de vergüenza ajena.

¿Qué quieren que les diga? A mí me gustan muchas cosas de Estados Unidos y, en general, el mundo anglosajón. Sus novelas y sus películas –los norteamericanos son grandes narradores– son esenciales en mi formación y mi entretenimiento. Su jazz forma parte de la banda sonora de mi vida. Me gusta el acento que ponen en los derechos del individuo frente a cualquier tiranía, incluida una posible tiranía de la mayoría. Envidio que sitúen la libertad de expresión por encima de cualquier otra cosa, incluido el respeto –merecido o no– a los símbolos patrios. Comparto su dureza a la hora de juzgar al político mentiroso o corrupto. Admiro su capacidad para levantarse tras la adversidad y empezar de nuevo.

Pero me temo que no es esto lo que estamos importando. No escucho a los alumnos carpetovetónicos de las escuelas de negocios citar a Hammett, Hemingway o Ellroy como

modelos de escritura; a Billy Wilder, John Houston o Woody Allen como maestros cinematográficos. No me parece que tengan a Franklin, Jefferson o Roosevelt como referentes ideológicos. No les veo trayendo a España las primarias abiertas a todo el mundo para designar a los candidatos a cargos públicos, el impeachment de un presidente sospechoso de trapacerías excesivas, la independencia de los jueces respecto a los gobernantes o esa intolerancia frente al fraude fiscal que terminó llevando a la celda a Al Capone.

Tengo la impresión de que el único liberalismo que le ha entrado en la mollera a nuestros nuevos pijos es del capitalismo más salvaje, y de que el único american way of life que conocen es el que ven en las series televisivas más tontorronas. Por lo demás, el autoritarismo, la picaresca y la mentira les parecen tradiciones celtibéricas mucho más dignas de ser preservadas que el buen uso de la lengua de Cervantes.

Creatividad, ni en broma. ¿Para qué innovar pudiendo copiar? ¿Recuerdan a Jenaro García, el sinvergüenza que montó un negocio llamado Gowex, premiado por Mariano Rajoy como ejemplo del emprendimiento que el PP aspira a promocionar en España? Aquel tipo no había inventado el ordenador, ni la telefonía móvil, ni Internet, ni el menor programa informático, ni la conexión inalámbrica entre dispositivos electrónicos (Wi-Fi). Aquel tipo no había aportado nada nuevo a la revolución digital; tan sólo alzaba el pulgar a la americana (thumb up), iba acompañado de un colega disfrazado de superhéroe de Hollywood y proclamaba que iba a poner Wi-Fi gratis en todos los kioscos y transportes de la piel de toro. El españolísimo Jenaro pensaba

como sus bisabuelos: ¡que inventen ellos!

La globalización, lo sé, es ante todo americanización. Aquí y en todas partes. Como ocurrió con todos los imperios anteriores, el estadounidense se ha impuesto en el mundo en el momento preciso en que comenzaba su decadencia. Los pantalones vaqueros, las zapatillas deportivas, las hamburguesas, los Ok y los pulgares alzados, decenas, cientos, miles de cosas genuinamente americanas son moneda corriente desde Shanghái a Estocolmo, desde Moscú a Ciudad del Cabo. Es curioso que incluso el triunfo universal de bastantes elementos no nativos de Estados Unidos tenga su origen en que allí fueron adoptados y desde allí fueron exportados. Piensen, por ejemplo, en la pizza. España está repleta de anuncios en los que amigos o familias reunidos ante el televisor encargan por teléfono unas pizzas. O piensen en el sushi. Intuyo que la cocina japonesa fue adoptada por las jóvenes profesionales españolas después de que vieran que hacía furor entre sus colegas neoyorquinas para una cena de viernes o sábado.

Hasta el consumo de café, un bebedizo desde siempre común y buenísimo en España, ha terminado por convertirse en la imitación de algo visto en las películas y las series norteamericanas. Tiene bemoles que ya casi no haya un barrio español que no cuente con su Starbucks, una empresa creada en los años 1980 por un joven de Seattle que había estado en Italia, había disfrutado con la gran variedad de cafés que hacen allí y había decidido importar el asunto a Estados Unidos. Nuestro pijerío entra ahora en un Starbucks, pide -a la americana- un macchiato y le sirven, con algo de espuma, mucha fanfarria y una buena clavada, lo que ha aquí

siempre ha sido un manchado o un cortado, un café expreso con poca leche.

En fin, ahora no corremos para mantenernos en forma sino que hacemos running. No nos vestimos de forma informal sino casual. No participamos en una reunión para aportar propuestas sino en un brainstorming. No nos dirigimos a ninguna audiencia, a ningún público, a ninguna clientela, a ningún electorado, sino a nuestro target. Como diría el hipster encarnado por Berto Romero en 8 apellidos catalanes, lo cool se ha convertido en el hashtag de nuestras vidas.

Todo esto, francamente, apesta a paleta a lo Bienvenido Mr. Marshall. A provinciano intentando demostrar que está al corriente de lo último de la metrópolis y comulga a tope con ello. ¿A qué han asistido ustedes últimamente a más de una cena en la que los comensales compiten por demostrar que saben cuál es -y, por supuesto, siguen fervorosamente- la serie televisiva más fashion en ese preciso momento al otro lado del Atlántico? Lo confieso: a mí esos comensales me resultan tan pesados como el cuñado derechista que da la murga con Cataluña y la ruptura de la sagrada unidad de España. ¿Es que no tienen otro tema de conversación?

La tontería está alcanzado tales niveles que, aunque los españolitos las vean en doblaje castellano, los títulos de las series (y de las pelis) ya vienen directamente en inglés: The Good Wife, House of Cards, True Detective, The Walking Dead... whatever. Debo ser de los pocos que desean que, puesto que se chupan los títulos en inglés, los espectadores españoles vean esas pelis y series en su idioma original. Degustarían mejor los matices interpretativos y, de paso,

mejorarían su comprensión de la lengua franca del momento. (Sé, por supuesto, que la tecnología televisiva permite esa posibilidad. Es lo que hago).

Lo malo de la aceptación acrítica del colonialismo cultural es que siempre vas por detrás. Por ejemplo, la última entrega de la serie cinematográfica de las aventuras de James Bond comienza con unas imágenes espectaculares de la celebración del Día de los Muertos en la ciudad de México. Y digo yo: puestos a copiar del extranjero, ¿por qué no celebramos aquí el 1 de noviembre como en el país hermano en vez de cómo lo hacen al norte del Río Grande? Podría ser igual de divertido y, desde luego, más conforme con nuestras tradiciones.

Lo de la calabaza y, ya no digamos, esa pintoresca traducción del trick or treat por truco o trato, me parece un pelín penoso. Me lo pasé en grande en mis años en Washington D.C. viendo como mis hijas -entonces pequeñas- se disfrazaban de bruja, conde Drácula o Frankenstein en la noche de Halloween e iban por las casas del barrio exigiendo sus golosinas. Recuerdo que las familias de los corresponsales españoles -Javier del Pino, Xavier Mas de Xaxás, Ramón Rovira, servidor...- cenábamos luego juntos en alguna casa y nos reíamos un montón. Aquello tenía perfecto sentido en Estados Unidos, como lo tiene celebrar esa fecha en la Alpujarra con una mauraca de castañas alrededor de una chimenea (el anís es la mejor bebida para esta ocasión), o salir en Barcelona, Alicante y tantos otros lugares mediterráneos a quemar trastos viejos y bailar en las calles en la noche de San Juan (el cava o la mistela son aquí lo apropiado). Donde fueres haz lo que vieres.

Pero a que no se imaginan ustedes a los vecinos de Denver

(Colorado) copiando la costumbre andaluza de pasear las imágenes de las vírgenes por las calles durante la Semana Santa. La Macarena estaría tan perdida en Denver como un pulpo en un garaje, ¿no?

Escribo para que echemos unas risas. Me consta que Halloween está aquí para quedarse. Como antes lo hicieron la Coca-Cola, Walt Disney o McDonalds. Los productos norteamericanos no sólo tienen la fuerza que les da un multimillonario marketing (mercadotecnia); también son muy atractivos, están muy bien diseñados para conquistar las mentalidades infantiles. Recuerdo que la segunda palabra que, tras dada, o sea, papá, pronunció Nour, mi primogénita, fue McDonalds. Vivíamos entonces en París y lo hizo un domingo al mediodía, cuando pasábamos en coche frente a un establecimiento de esa cadena situado en los Campos Elíseos y vio desde su sillita una imagen del payaso Ronald McDonald. Comprendí en ese preciso instante que poco podía hacer yo para oponerme a la capacidad de seducción del capitalismo estadounidense.

Estoy convencido de que los alumnos celtibéricos de las escuelas de negocios tienen futuro. El próximo noviembre volverán a incrementarse las ventas en el Black Friday, una jornada comercial a la que se están incorporando hasta las fruterías de mi barrio. Y, por supuesto, los medios de comunicación españoles ni tan siquiera dedicarán un breve a la noticia de la existencia en el mundo anglosajón del Buy Nothing Day, un movimiento que propugna que, para demostrar que no somos tan estúpidos, no compremos nada ese día.

¿Cuánto tardaremos en celebrar el Thanksgiving en

España? Barrunto que poco, que lo justo para que algún Jenaro descubra que aquí también puede sacarse un dinerito con esa fecha. Pero quiero terminar con una observación alentadora, una que le debo a Miguel Ángel Villena. Dice Villena que quizá lo único que no van a conseguir exportar los norteamericanos a España (ni a ningún otro país europeo, que me conste. Igual lo están consiguiendo con esos vecinos del Este que, a fuer de antisoviéticos rencorosos, comulgan con cualquier rueda de molino que les llegue del otro lado del Atlántico) sea su afición al beisbol. Tiene razón.

En mis años estadounidenses, intenté comprender las reglas y los atractivos de ese deporte; juro por la salud de mis hijas que me empeñé en ello siguiéndolo en la tele y, un par de veces, en los terrenos de juego. Pero no pillé ni lo uno (las reglas) ni lo otro (los atractivos). Decidí entonces una cosa: que el fútbol (soccer lo llaman ellos) es maravilloso.

(tintaLibre, enero 2016)

MUJICA, LA REFORMA FISCAL Y EL 20-D MÚJICA, LA
REFORMA FISCAL Y EL 20-D



Pepe Mujica es un progresista muy uruguayo y muy universal que sabe más por viejo que por diablo, un tipo curado de espantos que no ha renunciado, sin embargo, a la valentía posible. En la noche del pasado domingo, vi en La Sexta la [entrevista que le hizo Jordi Évole](#). El expresidente de Uruguay dijo muchas cosas sabrosas, pero ahora quiero retener ésta: “Que el capitalista haga plata, pero yo le tengo que cobrar impuestos para repartir”. ¡Bravo!

Ahora que en España estamos en campaña electoral, déjenme recomendarles que no crean a los candidatos que digan ser de izquierdas y no propongan una reforma fiscal que haga pagar más a las grandes fortunas, empresas y entidades financieras. Ésta es, más que nunca, la principal línea de demarcación entre los políticos que trabajan para el Ibex 35 y los que quieren intentar mejorar la situación de la mayoría de la gente. En España, como en todo el mundo, los últimos lustros, los que arrancan con el triunfo de la ideología neoliberal representada por la pareja Reagan-Thatcher, han conocido un obscuro proceso de reducción de impuestos para la minoría adinerada -la que cuenta sus

ingresos anuales en millones de dólares o euros- y de soporte creciente de la carga fiscal por los asalariados, los autónomos y las pequeñas empresas. Dos de sus resultados ha sido, lógicamente, el aumento de las desigualdades de renta y la existencia de menos fondos para la protección social.

Desconfíen también de esos políticos supuestamente de izquierdas si, aun asegurando que proponen esta reforma fiscal, no declaran ser plenamente conscientes de que se enfrentarán a resistencias titánicas. Antes incluso de que hayan creado una comisión de expertos para estudiar sus líneas maestras, serán amenazados con represalias terribles: fuga de capitales, desinversión nacional y extranjera, cierres patronales y lo que todo ello conllevaría de pérdidas de puestos de trabajo. Esas amenazas tendrán mucho eco en los grandes medios de comunicación, no en vano sus dueños están entre los que tendrían que pagar más. Lo más probable es que la mayoría de la población se asuste.

La esencia del capitalismo es la codicia, el deseo de hacerse cada vez más rico. Esto puede ser positivo cuando se traduce en propuestas de bienes y servicios novedosos que mejoran la vida de la gente y crean empleos. Si esos empleos están bien retribuidos, mejor que mejor: generarán mayor consumo y, en consecuencia, puestos de trabajo adicionales. Pero la codicia puede ser desastrosa si, como hemos visto en esta crisis, se transforma en especulación financiera e inmobiliaria, en mero jugar con humo. La regulación es, pues, imprescindible para prevenir los triles. Pero tanto en uno como en otro caso, el pago de impuestos por el sistema progresivo -cuanto más ganas, más porcentaje pagas- es el único instrumento para que los gobernantes elegidos

democráticamente puedan intentar corregir desigualdades y garantizar a todos los ciudadanos unos niveles mínimos de vida decente.

Es el “reparto” al que aludía Mujica. Antaño se le llamaba socialdemocracia y era denigrado como reformismo social-traidor por la izquierda revolucionaria, la que seguía el camino de Lenin. Pero ocurrió que la socialdemocracia oficial se fue adhiriendo al neoliberalismo con los Tony Blair y compañía. Creyó que podía seguir ganando elecciones con dos elementos: 1.- progresismo en cuestiones que no afectan al bolsillo de los ricos –los derechos civiles, por ejemplo- y 2.- mayor gasto social que la derecha dentro del marco neoliberal. Este cometa pudo volar mientras el viento del crecimiento fue fuerte, pero se estrelló patéticamente cuando llegó la crisis y se desinflaron los ingresos fiscales.

Ocurrió también otra cosa: la Unión Soviética se desmoronó, revelando que no sólo no ofrecía libertades a la gente –lo que siempre le había sido reprochado por libertarios y socialdemócratas-, sino que, además, era un desastre económico. Una de las consecuencias de este desmoronamiento fue que buena parte de la izquierda revolucionaria comenzó a evolucionar hacia las posiciones tradicionalmente defendidas por, digamos, el sueco Olof Palme. Y así llegamos a la curiosa situación de que, a pocas semanas del 20-D, Podemos e Izquierda Unida hacen propuestas más genuinamente socialdemócratas que el PSOE.

El capitalismo neoliberal le lleva una inmensa ventaja a los que hoy enarbolan las banderas socialdemócratas de toda la vida. Obviamente, una situación mucho más poderosa en

lo político, lo ideológico, lo mediático y lo económico. Pero tampoco es desdeñable que actúe de veras a escala global y con una unidad berroqueña en la defensa de sus intereses corporativos. Un ejemplo reciente: la triste experiencia del pulso del gobierno griego de Syriza con la Unión Europea de los banqueros.

“La desgracia de la izquierda es la desunión”, le dijo también Mujica a Jordi Évole en la noche del pasado domingo. Exacto, querido Pepe: el espíritu del Frente Popular de Judea.

(infoLibre, 2 diciembre 2015)

UN PAÍS EN B



No por menos repetido deja de ser cierto: Rajoy y los suyos ya serían hoy pasado en bastantes de las democracias situadas al norte de los Pirineos, un pasado tan bochornoso como el de Nixon y Watergate para Estados Unidos. Pero nos perdimos la reforma protestante, el siglo de las Luces, la revolución industrial y la caída de los fascismos en la II Guerra Mundial. No sólo geográficamente, también política y éticamente, seguimos al sur de los Pirineos, herederos de una tradición secular de autoritarismo, tolerancia con la corrupción y cultivo de la picaresca.

Acabo de ver **B**, la película sobre la declaración de Bárcenas ante el juez Ruz del 15 de julio de 2013. Conocía los principales contenidos de esa declaración, como la mayoría de ustedes, pero una cosa es haberlos leído o escuchado fragmentariamente y otra, asistir durante algo más de una hora a una exposición tan descarnada sobre cómo funciona la España de la política y los negocios. Aunque uno le tenga poca confianza al sistema, como es mi caso, la exposición de Bárcenas te deja patidifuso.

España es un buen ejemplo de que el pescado comienza a

podrirse por la cabeza. Lo que Bárcenas le contó ese día al juez Ruz fue cómo era de lo más normal que un empresario donase dinero en negro al PP para congraciarse con sus dirigentes en la perspectiva de presentes o futuras recalificaciones de terrenos, licencias de apertura o concesiones de obras y servicios públicos. Y cómo ese dinero era repartido en sobresueldos para esos dirigentes y en gastos extraordinarios del partido y sus campañas electorales. Todo, por supuesto, en sobres con billetes y sin declarar ni un céntimo a Hacienda.

Bárcenas es más un contable de la Mafia que un fabulador: su credibilidad, una vez que ha roto la ley de la omertá y colabora con la Justicia, es digna de ser tomada en consideración por el jurado. Cabe suponer que aún oculta cosas -aquellas que puedan incriminarle o poner en peligro a los suyos-, pero las cosas que revela son verosímiles y bastantes de ellas han sido confirmadas documentalmente por los investigadores.

Aún resulta más escalofriante la naturalidad con la que se expresa. Lo que está diciendo es que hay que ser un don nadie para desconocer que las cosas funcionan así, en despachos alfombrados y restaurantes con muchas estrellas, siempre con sonrisas, eufemismos y sobreentendidos, no cometiendo jamás la grosería de ser explícito, expresando el deseo de volver a verse pronto en una pista de esquí y póngame, entretanto, a los pies de su señora.

B tuvo una raquítica distribución en su estreno en salas comerciales, a comienzos de este otoño. Los periodistas de TVE tuvieron que dar batalla para conseguir que la cadena diera cuenta en sus informativos de la salida del

largometraje. La mayoría de los otros grandes medios impresos y audiovisuales tampoco fue generosa en su cobertura: los papeles de Bárcenas incluyen los nombres de accionistas y anunciantes de postín. Ahora hay una movilización para que la película, aspirante a una docena de candidaturas a los premios Goya, pueda verse en la tele.

B fue primero una obra teatral; el navarro David Iludáin la llevó al cine consiguiendo algo de dinero de cineastas amigos y una campaña popular de crowdfunding. Estrictamente basada en la declaración del 15 de julio de 2013, sin añadidos ni comentarios, se desarrolla en un único escenario, una sala estrecha y calurosa de la Audiencia Nacional, y no cuenta con otros personajes que los participantes en aquella ceremonia. El actor Pedro Casablanc encarna con brillantez el papel del tesorero, y Manuel Solo, el del magistrado.

Creía estar hastiado del caso Bárcenas hasta que he visto esta película. Es la magia del cine, su capacidad para anclarte en el asiento si está bien hecho. Y B, un documental interpretado por actores, está muy bien hecho. Ya cabe incluirlo en el cine negro español, cine negro de no ficción sobre delincuencia de cuello blanco.

Hasta puede aventurarse una respuesta a la pregunta que esta obra plantea en su subtítulo: “¿La verdad no cambia nada?”. Pues no, aquí la verdad no cambia nada o, en el mejor de los casos, cambia poco. Aquí somos muy de tradiciones, como rebuznan los defensores del Toro de la Vega. Aquí es probable que –solo o apoyado por quien dios, o sea el IBEX, mande– el PP vuelva a gobernar.

(Blog Crónica Negra, 27 de noviembre de 2015)

FELIPE, SÁNCHEZ Y EL CHAVISMO



Felipe González ha irrumpido en la campaña electoral del 20-D citando, cómo no, a Venezuela, su obsesión de los últimos tiempos. No es que dijera nada nuevo –ya sabíamos que algunos fundadores de Podemos efectuaron trabajos de asesoramiento para el chavismo--, pero quiso así vengarse de Pablo Iglesias por haber recordado en el debate televisivo de Antena 3 la pertenencia del expresidente al consejo de administración de Gas Natural (cuatro años y medio, 566.000 euros). De paso, Felipe voló en socorro de un Pedro Sánchez en dificultades, tal y como lo hizo simultáneamente su amigo Juan Luis Cebrián en un pintoresco editorial de El País.

Tal vez el episodio no tenga demasiada influencia electoral. Si lo traigo a colación es porque confirma, como observó Rosa María Artal en Twitter, lo mal que está envejeciendo Felipe González. Envejecer físicamente es inevitable –a mí lleva pasándome un tiempo y me temo que la cosa sólo puede ir a peor--; envejecer ideológica y moralmente puede resultar patético si, como es el caso de Felipe González, uno pretende seguir yendo de progresista. Nada está escrito en las estrellas; ni tan siquiera que es

ineluctable que un sexagenario, un septuagenario, un octogenario o un nonagenario se convierta en un Abuelo Cebolleta gruñón y conservador. El arte de envejecer bien, decía Nietzsche, es recuperar la frescura de los juegos infantiles. Ahí están los ejemplos de los fallecidos Stéphane Hessel y José Luis Sampedro, líderes espirituales de los jóvenes indignados; ahí sigue estando Juan Goytisolo, el rebelde de Marrakech, y que Alá o quien sea nos lo conserve muchos años.

Me temo que a este artículo le ha llegado la hora de los “gritos de rigor”. Sí, proclamo en voz alta, la Transición Democrática y la Constitución de 1978 estuvieron bastante bien para cómo estaban las cosas en aquel entonces. Pero permítanme añadir que no creo que sea denigrarlas constatar que se hicieron con una determinada correlación de fuerzas y hace cuatro décadas, cuando existía el Telón de Acero pero no Internet y la mayoría de los españoles de hoy llevaba pañales o no había nacido. Me parece más bien que el verdadero respeto al espíritu de aquellos tiempos es reconocer que esta España es manifiestamente mejorable en lo político, lo institucional y lo socioeconómico, y que, como diría Thomas Jefferson, la mayor arrogancia de una generación es pretender que las siguientes no pueden mejorar su obra.

Prosigo con los gritos de rigor. Certifico para los que no lo vivieron que los gobiernos de Felipe González le dieron un estupendo repaso a la España heredada del franquismo, nos metieron en Europa y fueron positivos para la gran mayoría de la gente hasta, más o menos, 1992. Pero, francamente, no veo que ese reconocimiento sea contradictorio con recordar que terminaron mal, con los GAL, la corrupción y el triunfo

de lo que entonces no se llamaba Capitalismo de Amiguetes sino Beautiful People. No sé ustedes, pero servidor no es de los de adhesiones incondicionales, inquebrantables, eternas. Fundamentalismos, ni en pintura.

A bastantes progresistas nos gustó que el mejor Zapatero –el de la primera legislatura, el de la respuesta inteligente y eficaz al 11-M, la retirada de las tropas de Irak, el matrimonio gay, la defensa de los derechos de las mujeres, la corrección de algunas injusticias sociales y el intento de conseguir un final más rápido de ETA y un mejor acomodo de Cataluña-- no fuera un hooligan del felipismo. Zapatero lo pagó con la hostilidad de la Vieja Guardia socialista y de la cúpula de El País, pero, aun así, obtuvo en dos ocasiones consecutivas –2004 y 2008-- 11 millones de votos. ¿Saben qué? Si yo fuera militante del PSOE, que ni lo soy ni lo he sido, me fijaría más en ese antecedente que en el de la entronización de Rubalcaba en 2011. Rubalcaba se hizo con el PSOE por la debilidad de un Zapatero crepuscular, la presión del felipismo y el apoyo de aparatchiks temerosos de perder su estatus.

Intuyo que el PSOE de Pedro Sánchez está pagando el coste de la desconfianza e incluso el rencor que provocaron las políticas del Zapatero terminal entre millones de electores progresistas; unos sentimientos agravados por el maniobrerismo y el acatamiento a la razón de Estado de su último vicepresidente y su sucesor al frente del PSOE. Este partido, no es ningún secreto, tiene un serio problema de credibilidad. Y sospecho que el PSOE de Pedro Sánchez también abona el precio de no haberse refundado por tierra, mar y aire tras la triste experiencia de Rubalcaba. Sánchez se sintió feliz cuando el felipismo le dio el abrazo del oso; quizá

hubiera hecho mejor sintonizando con el espíritu del 15-M, convirtiéndose inequívocamente en el referente socialdemócrata de una Nueva Transición.

Vuelvo a Felipe González. Jamás me gustó el chavismo, pero me parece un disparate decir, como hace el expresidente, que es más dictatorial que los regímenes de Franco y Pinochet. Sé que algunos fundadores de Podemos colaboraron con la Venezuela de Chávez, pero me cuesta encontrar en el programa de esta formación la propuesta de una España bolivariana; lo veo, más bien, socialdemócrata a la europea, a lo Olof Palme. Y, sobre todo, me resulta difícil concederle autoridad en esta materia a un señor que lleva años trabajando como seguidor de grandes empresas españolas, de Carlos Slim y puede que otros magnates latinoamericanos, del reino de Marruecos y quizá alguna monarquía del Golfo. Si Felipe quiere ocupar su vejez -e, imagino, dorarla económicamente- con esas actividades, allá él. Está en su derecho, pero creo sinceramente que debería ser más discreto.

Termino. Lo de Venezuela no tiene buena pinta, es cierto, pero hay sitios peores en el mundo -a mí, por ejemplo, me parece más grave la influencia ideológica y financiera de Arabia Saudí en el ascenso del islamismo y hasta el yihadismo-. En todo caso, aquí y ahora, en vísperas del 20-D, confieso que me preocupan más los problemas domésticos: la corrupción y el paro, los bajos salarios de los jóvenes y el incierto futuro de las pensiones, los desahucios y el empobrecimiento de la mayoría, el retroceso de las libertades y los derechos, el agotamiento del sistema de 1978, cosas así. Felipe podría ser un sabio a lo Mandela si expresara

empatía con los sufrimientos de tantos españoles y, desde su experiencia, sugiriera fórmulas para ir solucionando algunas de esas lacras. Quizá me haya perdido algo, pero la impresión que tengo es que no va por ahí.

(ctxt, 12 de Diciembre de 2015)

ASÍ VAMOS MAL



Hay gente que critica estos días a Pablo Iglesias por no aprovechar los atentados del 13 de noviembre en París para sumarse al pacto antiyihadista suscrito por Mariano Rajoy y Pedro Sánchez a raíz de la matanza de Charlie-Hebdo. No soy de ellos: me temo que ese pacto está vacío de cualquier contenido que pueda ser útil en la lucha contra ISIS, Al Qaeda y semejantes. Si lo único que contiene es la amenaza de cadena perpetua para esos bárbaros, estamos apañados. Los yihadistas, como ha recordado el general (o ex general) Julio Rodríguez, asumen el suicidio. Lo hacen, añado yo, casi con alegría. ¿Se han fijado en que no se rinden jamás? Hacen explotar sus cinturones en cuanto se ven acorralados. Lo hicieron en el piso de Leganés tras el 11-M madrileño y en París tras los atentados de Charlie-Hebdo y el pasado viernes. Les espera ese paraíso repleto de goces carnales del que les hablan sus predicadores.

Los políticos profesionales tienen una tendencia irresistible a hacer alharacas tras atentados brutales. El gobernante recibe en su palacio al líder de la oposición para hacerse juntos una foto; se anuncian “pactos de Estado” que

son tan eficaces como la declaración de Miss Kentucky a favor de la paz mundial; se convocan cumbres internacionales a las que hay que acudir con el rostro grave y el verbo contundente; se desencadenan guerras que suelen ser muy contraproducentes (recuérdese la de Irak, uno de los polvos de los que proceden los lodos de ISIS); se recortan los derechos y libertades de las víctimas, o sea, todos nosotros, los pacíficos ciudadanos de unas democracias cada vez más escuetas...

Los políticos están pensando en sus minutos en los telediarios, en que el exhibicionismo de rapidez y firmeza les hace ganar puntos en los sondeos y en las próximas elecciones. Lo piensa el gobernante, aunque, como en el caso de un Rajoy que apoyaba la guerra de Irak y negaba que el 11-M hubiera sido obra de yihadistas, tenga escasa credibilidad en esta materia. Y lo piensan esos jefes de la oposición ansiosos por realzar su perfil de estadista y cosechar editoriales favorables de la prensa conservadora.

Llevamos quince años o más afrontando la barbarie yihadista y las cosas no van a mejor. Y no es precisamente porque no se haya usado la fuerza bruta. Ejércitos occidentales han invadido las tierras de Afganistán e Irak y han actuado o actúan en Yemen, Somalia, Libia, Irak y Siria, por no hablar del recurrente castigo israelí a Gaza. Los drones de Obama no paran de disparar misiles allí donde la CIA sospecha que hay escondida gente muy mala. Nuestros gobiernos han creado los presidios de Guantánamo y Abu Ghraib, han legalizado en la práctica los secuestros y las torturas, practican el espionaje sistemático de todos y cada uno de los habitantes del planeta... Ahora anuncian que van a

reforzar los bombardeos en el avispero sirio... Y sin embargo, ¿nos sentimos más seguros que el 11-S?

A los que proponemos un combate tan intenso como inteligente contra el yihadismo, se nos acusa estos días de desear que nos sentemos todos en una plaza llevando flores y cantando Imagine a la espera de los próximos atentados. Esta zafiedad no tiene un pase ni tan siquiera como comentario de taberna o, lo que empieza a ser lo mismo, de tertulia televisiva. Fíjense en que he escrito combate –lo cual implica acción–, aunque, sí, le he añadido inteligente, faltaría más. Detesto con toda mi alma a los yihadistas. Por mí y por mi gente en Europa, amenazados en nuestras libertades y hasta en nuestras vidas por ese delirio criminal. También por mis amigos en el mundo árabe y musulmán, que son sus víctimas cotidianas. Pero reivindico el Siglo de las Luces, el uso de la razón contra la sinrazón, ¿les parece mal?

No derramé la menor lágrima por la muerte de Bin Laden. Pero no olvido que aquello fue fruto de una operación de espionaje a la antigua usanza, no de ir bombardeando aquí y allá a ver quién cae. La realidad está pidiendo a gritos una notable mejora de la eficacia de nuestros servicios policiales y de espionaje. Washington no se olió el 11-S, aunque los terroristas habían sido detectados entrenándose para pilotar aviones en Florida sin pasar por las clases de aterrizaje. Jorge Dezcallar confiesa en un libro recién publicado que el CNI no tenía la menor idea de que unos malnacidos andaban preparando el 11-M, aunque España se hubiera sumado a la guerra de Irak y Bin Laden la hubiera designado explícitamente como un objetivo para la violencia de sus seguidores. Los terroristas del viernes en París eran

bastantes –algunos fichados– y andaban trapicheando con explosivos y Kalashnikov en un país en estado de máxima alerta desde la matanza de Charlie-Hebdo. ¿De veras no piensan los políticos profesionales que aquí hay materia para mejorar?

Es difícil, lo sé, pero también sería bueno que esos políticos profesionales le confesaran la verdad a la buena gente angustiada por la sucesión de matanzas: Nueva York, Casablanca, Marrakech, Madrid, Londres, Bombay, Ankara, Beirut, París... Le dijeran que van a reforzar la seguridad de inmediato y sin minar la democracia, pero que la peste del yihadismo no puede erradicarse en un santiamén. Tiene causas complejas, lleva décadas creciendo en el mundo árabe y musulmán y ha terminado alcanzando en Europa a algunos jóvenes procedentes de la inmigración.

No se puede deshacer ese inmenso entuerto con sobresaltos tacticistas, se precisa una auténtica estrategia, un pensamiento y una acción a largo plazo. Hace falta tiempo y un trabajo laborioso que incluya acciones no sólo policiales y militares, sino también políticas, culturales y socioeconómicas. De lo primero hemos tenido y tendremos; de lo segundo apenas se habla en las photo opportunities de los palacios ni en los platós televisivos.

¿Cuál es la alternativa si no? ¿Deportar a todas las personas de origen musulmán que viven en Europa y América como hicieron los Reyes Católicos con los sefardíes? ¿Gasearlos en campos de concentración como hizo Hitler con los judíos? ¿Terminar bombardeando con armas nucleares todo el universo islámico hasta que no quede nadie vivo? ¿Es eso lo que proponen los que hacen las estúpidas bromitas

sobre Imagine? ¿Es lo que piensan en su fuero interno los que dicen que todos los musulmanes son irremediabilmente fanáticos y violentos?

Quizá sea lo que piensen algunos. Quizá sueñen con un Occidente de fascismo de cuello blanco que, usando la islamofobia allí donde el anterior usó el antisemitismo, reverdezca frente a la yihad los laureles de las cruzadas. En ese caso, lamento decirles que eso, exactamente eso, es la reacción que buscan los apocalípticos de ISIS, Al Qaeda y compañía.

(infoLibre, 17 de noviembre de 2015)

¡QUÉ SUSTO!



Se sienta uno frente al televisor a la hora del informativo y ve desfilar una catarata de tipos y tipas que vaticinan a los catalanes los mayores males si terminan votando a favor de los independentistas. Cataluña saldrá del euro, será expulsada de la Unión Europea, quedará aislada de las naciones civilizadas, perderá la práctica totalidad de sus bancos, sufrirá un corralito financiero, no podrá pagar las pensiones... Alguno de esos agoreros incluso deja caer que no sería descartable una intervención militar para restablecer la ley y el orden.

Hace falta valor para votar a los independentistas en estas circunstancias, cavila uno. Aunque, bien pensado, eso de perder el euro quizá no fuera una desgracia tan terrible, añade en voz alta. Ante la mirada reprobatoria de la gente con la que está viendo el informativo, uno sonríe en retirada, dejando el comentario en mera boutade.

Llevamos ya bastantes minutos de telediario y continúa el aluvión de profecías apocalípticas. Cada una de ellas es enunciada tres veces: la anuncia el presentador o la presentadora desde el plató, la repite el reportero o la

reportera presentes sobre el terreno y la oficializa el político o la política de los partidos azul o naranja. Entonces caes en la cuenta de que no son predicciones más o menos razonables: en realidad, son amenazas. Los que anticipan esas catástrofes (si es que todas son catástrofes, se dice uno, volviendo a pensar en el euro) están dispuestos a hacer todo lo que esté en sus manos para materializarlas.

Uno se retrepa en el sillón y piensa -ingenuamente sin duda- que intentar evitar un divorcio con un aluvión de amenazas no parece un buen método para recuperar el afecto o, al menos, la atención de la otra parte. ¿Por qué no se prueba la seducción, el decirle al otro que se le quiere y se le necesita para un nuevo proyecto compartido? ¿Por qué no proponerle un traslado de domicilio, un viaje fascinante a algún lugar desconocido para los dos, un nuevo reparto de tareas domésticas, una vida sexual renovada, qué se yo? En ocasiones funciona.

Pero el telediario ya ha cambiado de tema, ahora está con las crisis de los refugiados de Oriente Próximo. Sale un individuo con cara de patrón de una funeraria que advierte de que, entre los refugiados, se esconden “terroristas yihadistas”. “¿Pero este señor no había salido ya antes?”, dices en voz alta. “Sí, con lo de Cataluña”, te confirman.

Menudo sistema tan enrevesado y poco seguro para introducir terroristas en Europa, piensas. ¿Por qué tendrían que utilizarlo los yihadistas cuando ya tienen carne de cañón en el Viejo Continente? ¿No vivían legalmente en Lavapiés los autores de la matanza del 11-M? ¿No eran de nacionalidad francesa los asesinos de [Charlie-Hebdo](#)? ¿No entraron en Estados Unidos con visados impecables los saudíes del 11-S?

¿Por qué han de complicarse la vida los jefes yihadistas enviando a sus agentes a atravesar desiertos y mares, superar vallas con cuchillas y murallas de policías bien armados, sufrir registros corporales, controles de identidad y censos oficiales? Esa gente es bárbara pero no tonta.

A estas alturas, uno de tus acompañantes ante el televisor ha zapeado. En el telediario de otra cadena aparece un tipo gigantón y de rostro caballuno que hace la síntesis de los dos asuntos del día. Los independentistas, dice, están llenando adrede Cataluña de inmigrantes musulmanes. La revelación es estrepitosa: el independentismo catalán y el yihadismo van de la mano. Cuesta pillarlo, pero debe ser cómo eso de que los de Podemos son a la vez nazis y comunistas, bolivarianos y norcoreanos, extraterrestres y cromañones.

Si a estas alturas, no estás temblando de miedo, no estás pidiendo a gritos que alguien termine con pulso firme y mano de hierro con tantísimo peligro como el que se abate sobre tu vida, es que eres un inconsciente irremediable. O el mismísimo Doctor Fu Manchú.

(infoLibre, 23 de septiembre de 2015)

FEDERALISMO



No estoy muy seguro de que algunos de aquellos que en los últimos tiempos se han apuntado al federalismo como fórmula para articular la unidad y la diversidad de los pueblos de España sepan exactamente qué quiere decir eso. ¿Cómo si no pueden oponerse al mismo tiempo al derecho a decidir? El federalismo se construye desde abajo hacia arriba –no al revés– y desde la libertad de decisión de los sujetos –individuos o colectivos– que se van agrupando.

Hay bastante gente en Cataluña que es partidaria del derecho a decidir sobre la continuidad o no de la pertenencia de esa comunidad al conjunto español, pero que, de tener la oportunidad de hacerlo, votaría a favor de la continuidad. No en esta España, por supuesto, sino en otra más honrada, justa y democrática; no con la sobada fórmula actual, sino con una nueva (federal o confederal, por ejemplo). A diferencia de mucha gente en Madrid, la ciudad desde la que escribo este artículo, no veo la menor contradicción en ello. Decidir no es lo mismo que romper. Llevo un montón de años decidiendo en libertad sobre si prosigo o no mi relación con mi pareja, mis amigos o mi trabajo, y la respuesta suele ser

afirmativa, gozosamente afirmativa. Sólo crisis terribles pueden llevarme a dedicarle al asunto más de unos segundos.

No soy nacionalista, claro. Ni nacionalista catalán ni nacionalista español. No me gustan Artur Mas ni Mariano Rajoy. Los dos tienen muchas cosas en común y ninguna es de mi agrado: el nacionalismo, para empezar, pero también el fundamentalismo neoliberal, el vasallaje ante los intereses que representa Angela Merkel, la pasión por el cobro de comisiones a cambio de concesiones administrativas y el recurso a la brutalidad de los antidisturbios frente a la disidencia. Me niego a escoger entre uno y otro, qué quieren que les diga. Su agenda no es la mía, ni, creo, la de la mayoría de la gente común. Me preocupan más el paro, la precariedad laboral, los bajos salarios, el deterioro de la sanidad y la educación públicas, el autoritarismo rampante de los gobiernos, el espionaje a ultranza...

Si me obligaran ustedes a definirme, les diría que soy internacionalista, cosmopolita, judío errante, pirata del Caribe, León el Africano, ciudadano del mundo o cualquier fórmula de ese tipo que me proponga Joaquín Sabina. Tengo un especial afecto a la tierra en la que nací, faltaría más, y aún se lo tengo más a la lengua en la que pronuncié mis primeras palabras y con la que me gano la vida: el castellano de Cervantes. Pero por encima de uno y otro afecto procuro colocar la idea de la fraternidad entre los seres humanos. Rubrico lo que escribió Alphonse de Lamartine: “Solo el odio y el egoísmo tienen patria. La fraternidad no la tiene.”

No me gustan las fronteras, no quiero que se levanten nuevas fronteras. Al contrario, quiero que vayan desapareciendo, sueño con que los seres humanos podamos

movernos libremente por toda la superficie del planeta. Me repugnan las imágenes de los obstáculos que Europa pone estos días a los refugiados de Oriente Próximo. Y detesto la pretensión de todos los fundamentalismos de que nos definamos con una única identidad nacional o religiosa. Creo que los seres humanos podemos y debemos ser un montón de cosas a la vez.

Así que pueden ustedes imaginar que no deseo que se levante una valla entre Cataluña y el resto de España. Al contrario, me encantaría vivir en una Europa federal y relacionada fraternalmente con el resto del mundo –que no es la que tenemos–, como un paso hacia la unidad de todos los seres humanos. Pero tampoco me regocija que se les niegue a los catalanes que así lo desean el derecho a decidir sobre su relación con el resto de España. No quiero que mi pareja diga que sigue conmigo porque está obligada a ello por la costumbre, el qué dirán o tal o cual ley; quiero que lo haga por su libre arbitrio. A eso Jefferson, Proudhon, [Pi i Margall](#), Albert Camus y muchos otros lo llamaron federalismo.

(infoLibre, 9 de septiembre de 2015)

ESTO NO ES EUROPA



La Europa institucional que, en los días anteriores al referéndum, se encaró con Grecia no es aquella a la que se sumó con entusiasmo la España recién salida del franquismo y con la que los ciudadanos de este país nos hemos identificado durante el último cuarto del siglo XX y el arranque del XXI. Aquella Europa era un club, una familia incluso, en la que no se dejaba abandonado en la cuneta a ningún miembro en dificultad. Renunciabas a parte de tu alma y tu soberanía a cambio de tener garantizada la solidaridad del conjunto.

Ahora tenemos otra Europa: un Cobrador del Frac de los grandes bancos que repite como un loro esta cantinela: “Las deudas hay que pagarlas”. Por supuesto que hay que pagarlas, pero, en el seno de un club, ya no digamos de una familia, cabe discutir sobre nuevos plazos e intereses si el deudor está asfixiado, ¿no? Hasta puede plantearse la posibilidad de una quita como la que el [Acuerdo de Londres de 1953](#) concedió a una Alemania exhausta.

¿Qué ha pasado para que el Sueño Europeo se haya convertido en una Señorita Rottenmeier de pesadilla? ¿Por

qué cada vez más españoles y europeos ven a la Unión Europea como un ente rígido, amargado e implacable que exige dolorosos sacrificios a pueblos enteros con tal de que los bancos se cobren sus intereses y recuperen su capital en los plazos y condiciones inicialmente acordados, sin la menor flexibilidad? ¿Cuándo se jodió nuestro Perú?

La Europa institucional ha tratado al gobierno y el pueblo griegos con una chulería repugnante. Se les ha culpado de los delitos de pereza, derroche y corrupción. Se les ha amenazado con los males más terribles si tenían la osadía de ejercer la democracia directa y, ya no digamos, decir No a una propuesta asfixiante. Se les ha negado dos hechos capitales: el primero, que el gobierno de Tsipras lleva apenas unos meses en el cargo; el segundo, que es el pueblo griego el que está pagando la factura de los errores cometidos por los prestamistas, las agencias de auditoría y calificación, las instituciones europeas y los dos partidos locales afines a la Señorita Rottenmeier que gobernaron Atenas durante lustros.

¿Cómo hemos pasado de una Alemania europea a una Europa alemana? ¿Por qué Alemania está obsesionada con el fundamentalismo contable como ideología y la presentación de la factura como política? ¿Qué ocurrió para que París se convirtiera en mero subalterno de Berlín? ¿Dónde está la voz propia de la socialdemocracia europea tradicional?

El euroescepticismo ya no es patrimonio exclusivo de unos británicos apegados a su libra, su circular por la izquierda y su relación particular con Washington. El euroescepticismo se extiende como mancha de aceite por el continente. ¡Y con motivos! Millones de europeos, sobre todo en los países

meridionales, llevamos años de sufrimiento a causa de unas políticas austericidas que ni generan crecimiento y empleo ni reducen las deudas. Entretanto, los bancos en dificultades por su codicia son rescatados con nuestros impuestos. Entretanto, los millonarios y las grandes empresas aumentan sus fortunas.

¿Era esto la Unión Europea a la que los españoles dimos un abrumador Sí en el referéndum de febrero de 2005? Creo que no. Creo que aquella Unión exigía rigor, laboriosidad, pago de impuestos y renunciaciones de soberanía a cambio de asegurar a sus individuos la protección social, y a sus pueblos, la ayuda colectiva en caso de apuros. El contrato se rompió unilateralmente desde arriba.

Servidor sigue siendo europeísta. Por eso no me gusta esta Europa que no hace honor a lo que ese nombre empezó a significar tras la Segunda Guerra Mundial. Por eso quiero que el Sueño Europeo se encarrile de nuevo, comenzando por un acuerdo fraternal con Grecia.

(infoLibre, 8 de julio de 2015)

ESPAÑA LIBERTARIA



Al colocar el retrato de [Fermín Salvochea](#) en su despacho de alcalde de Cádiz, José María González Santos, conocido como Kichi, hizo no sólo un acto de justicia reparadora, sino también algo no demasiado frecuente en los actuales movimientos progresistas españoles: señalar sin complejos sus raíces, proclamar los vínculos con su propia tradición. Salvochea, en efecto, fue uno de los más ilustres luchadores decimonónicos por la libertad en una tierra, Cádiz, pródiga en ellos.

Es triste el desconocimiento que tienen tantos líderes y activistas de la joven izquierda española de los hitos, personajes y movimientos que les precedieron a lo largo del siglo XIX y el primer tramo del XX. La larga noche del franquismo es, en gran medida, responsable; la dictadura desarrolló una política brutal y sistemática para desenraizar al pueblo de izquierdas de su pasado. La promoción de la amnesia acordada por los tenores de la Transición hizo el resto.

La tradición libertaria española es, sin duda, la principal víctima de esa Solución Final aplicada a un pensamiento. La

mayoría de nuestros hijos y nietos ignoran por completo que España fue durante décadas una tierra fértil, quizá la más fértil, para las ideas antiautoritarias. Éstas entroncaban con algunos elementos sustanciales de cierto carácter español. Si siempre ha existido una España cobarde, aborregada y conservadora, la de Sancho Panza y el Vivan las caenas, también ha existido otra idealista, individualista y aventurera, la de El Quijote y el asalto al Cuartel de las Atarazanas.

Salvochea (1842-1907) pertenecía a la segunda. Buen lector de Thomas Paine y otros librepensadores del XVIII, llegó a la conclusión de que Kropotkin y Bakunin eran en el XIX los continuadores de esa estirpe. Fue alcalde y presidente del cantón de Cádiz durante la Primera República, y uno de los introductores de las ideas federalistas y anarquistas en España. Lo pagó con diversas estancias en presidios del norte de África.

A su entierro en Cádiz acudieron 50.000 personas, una cifra enorme para el lugar y el momento. Los desheredados de la zona lo consideraban un santo laico. Había vendido la sabrosa herencia recibida de su familia para repartir sus ingresos entre gente necesitada y, desde entonces, siempre había vivido en la pobreza.

El homenaje rendido a Salvochea por Kichi, el flamante alcalde de Cádiz, ha sido, pues, más que merecido, y honra a su autor. También cabría hacérselo a Francesc Pi y Margall (1824-1901), presidente de la Primera República y, según Ricardo Mella, “el más sabio de los federalistas, casi un anarquista”. Pi y Margall soñaba con una España construida desde abajo hacia arriba, y no al revés; una España cuyos

pueblos asumieran la unidad desde la libertad. Luchó siempre por cosas como la separación de la Iglesia y el Estado, la abolición de la esclavitud o la enseñanza obligatoria y gratuita.

Anselmo Lorenzo (1841-1914) es otro de los pioneros injustamente olvidados en la actualidad, excepción hecha de los pequeños círculos ácratas, que lo consideran cariñosamente su “abuelo”. Lorenzo vio con claridad esos gérmenes de autoritarismo presentes en el pensamiento de Marx que terminarían llevando al bolchevismo y el estalinismo. En 1910 fue uno de los fundadores de la CNT.

Si no hubiera sido por la feroz represión a las que les sometía el régimen de la Restauración, podría decirse que las ideas que otorgan primacía a la libertad encontraron un paraíso en España durante las primeras décadas del siglo XX. Me refiero, claro está, a esas que, en la línea de Rousseau, consideran que la sociedad debe organizarse para permitir al individuo desarrollar al máximo su albedrío. Y que, por supuesto, no hay albedrío posible sin un pan que llevarse a la boca, un techo para protegerse, una escuela donde llevar a los hijos, un hospital donde ser atendido y una pensión en caso de no poder trabajar por razones ajenas a tu voluntad.

No sólo el anarcosindicalismo de la CNT consiguió la adhesión de cientos de miles de trabajadores de las ciudades y el campo de la piel de toro, también florecieron en ese período multitud de iniciativas inspiradas en las ideas libertarias: ateneos populares, cooperativas de trabajadores, escuelas infantiles, sociedades de socorro mutuo, restaurantes vegetarianos, diarios y semanarios, editoriales como La Revista Blanca y La Novela Ideal de la familia

Urales... Los conceptos de asamblea, autogestión, democracia directa, control de los dirigentes desde la base, tolerancia cero con la corrupción y otros de este tenor, felizmente rescatados en la España contemporánea por el 15-M, eran comunes en el lenguaje de las clases populares españolas.

Y sin embargo, el anarquismo de entonces, el anarquismo en general, está hoy asociado en la mente de la inmensa mayoría de los españoles con el terrorismo. Hubo, ciertamente, atentados atroces cometidos por anarquistas desesperados, pero también hubo, y hay, una sistemática campaña del poder para identificar el todo con una parte, para satanizar unas ideas a partir de los desvaríos de unos cuantos.

Francesc Ferrer i Guardia (1859-1909) fue una víctima mortal de esa campaña. Lo fusilaron en el castillo de Montjuic como responsable intelectual de la insurrección popular barcelonesa llamada Semana Trágica. No tuvo nada que ver con el asunto; su juicio en consejo de guerra fue una farsa denunciada en su momento hasta por personalidades burguesas de Londres y París. Seguidor del humanismo de Rousseau, pedagogo libertario, fundador de la Escuela Moderna, el primer centro laico y mixto de Barcelona, Ferrer i Guardia era, por el contrario, un abierto opositor al uso de la violencia y proponía la huelga general pacífica como instrumento de lucha. “El Gobierno español”, escribió escandalizado The Times, “ha confundido la libertad de conciencia e instrucción, el derecho innato a razonar y expresar el pensamiento propio, con una agitación criminal”.

“Empieza por contar las piedras, luego contarás las estrellas”, dicen unos versos de León Felipe, el poeta que

cantaba a la libertad. León Felipe fue uno de los intelectuales abiertamente libertarios de la España anterior al franquismo, pero hubo muchos otros –Pío Baroja, Azorín, Valle Inclán, Blasco Ibáñez...– que expresaron en uno u otro momento, de una u otra forma, simpatías por las ideas que fermentaban en amplios sectores del pueblo español. Periodistas como Eduardo de Guzmán y Ramón J. Sender –autor asimismo de una gran obra novelesca– publicaban con regularidad en los diarios y revistas anarquistas.

Llegó el 18 de Julio, la decisiva participación de los ácratas en el fracaso en muchos lugares del golpe de Estado, las experiencias de Ni Dios ni Amo en Cataluña, Aragón y otros lugares, la toma del poder por los comunistas en lo que quedaba de República, la derrota y el exilio finales de todos aquellos que no se sometían al Caudillo de España por la Gracia de Dios. Un telón de acero de olvido se abatiría en las décadas siguientes sobre el componente libertario de España. Socialistas y comunistas –mucho más activos los segundos que los primeros– lograrían llegar al final del túnel gracias a sus apoyos internacionales. Los ácratas no los tenían, fueron desvaneciéndose.

Curiosamente, hubo un breve reverdecer de la España libertaria en los primeros años de la Transición. Los mítines de la CNT, con la octogenaria Federica Montseny como estrella, abarrotaron plazas de toros en grandes ciudades; las Jornadas Libertarias Internacionales llevaron al barcelonés Parque Güell a medio millón de personas en el verano de 1977; una multitud compuesta tanto por anarcosindicalistas que peinaban camas como por jóvenes que reclamaban, y practicaban, el amor libre, la despenalización de las drogas

blandas, la igualdad de los géneros y la fiesta popular.

La [revista Ajoblanco](#) aunó durante unos años las dos corrientes: la que heredaba la tradición ibérica con la que incorporaba el espíritu de Mayo del 68 y la contracultura norteamericana. Su propuesta politeísta iba mucho más allá que el establecimiento de una raquílica democracia formal, incorporaba temas tabú en la España de entonces como los derechos de los gais, la ecología, las radios libres y las comunas. Soñaba con una Transición mucho más amplia y profunda.

En aquellos tiempos se leía *El corto verano de la anarquía*, la biografía de Durruti escrita por el alemán Hans Magnus Enzensberger y publicada en 1975. Contaba a las nuevas generaciones la extraordinaria peripecia de aquel líder obrero y recreaba el período, el primer tramo de la Guerra Civil, en que sus sueños se materializaron en la revolución social que vivió buena parte del noreste peninsular. Enzensberger decía que aquella etapa del anarquismo español había sido “una de las aventuras más fascinantes del siglo XX”, y lamentaba que “la pureza de aquella gente” ya no existiera.

La resurrección no sobreviviría a los años 1970. Suárez, Fraga, González y Carrillo pactaron la transición a una democracia ni carne ni pescado en la que no tenía cabida la España libertaria. Acosada por tirios y troyanos, ésta quedaría relegada, como mucho, a lo cultural y lo festivo, y algunos de sus ecos resonarían en la Movida. Sucesos mortales como el caso Scala –probablemente una provocación policial–, la irrupción de la heroína en los barrios populares, las crónicas querellas de familia de las capillas ácratas y lo que dio en llamarse “el desencanto”, sirvieron de puntillas.

Aquel último -o penúltimo- reverdecer libertario contó con nombres ilustres. El actor Fernando Fernán Gómez fue uno de ellos; el poeta, gramático y filósofo zamorano Agustín García Calvo (1926-2012), otro. García Calvo, autor de la extraordinaria letra del Himno de la Comunidad de Madrid por el precio simbólico de una peseta, escribió contra el trampantojo de la democracia burguesa. La consideraba un instrumento del poder del dinero, el supremo monoteísmo de nuestro tiempo.

Fernando Savater comenzó como discípulo de García Calvo, pero fue envejeciendo intelectualmente de modo penoso. El escritor que había enarbolado la negra bandera de los piratas y había aplaudido las gamberradas de Guillermo Brown, terminaría defendiendo monotemáticamente la sagrada unidad de España, la fortaleza del Estado central y el liderazgo de Rosa Díez. Como a otros, la barbarie terrorista de ETA iría escorándole cada vez más hacia la derecha.

En 1996 se estrenó la película *Libertarias*, dirigida por Vicente Aranda e interpretada por Ana Belén, Victoria Abril, Ariadna Gil y Loles León. No es una gran película, pero cuenta una gran historia, la de Mujeres Libres, la organización feminista libertaria que, entre 1936 y 1939, se enfrentó tanto a la insurrección militar como al machismo que impregnaba a las izquierdas españolas. Silenciada primero por el franquismo y luego por el canon fijado en la Transición, la experiencia de Mujeres Libres es menos conocida por muchas de las actuales feministas españolas que, por ejemplo, la de las sufragistas anglosajonas.

En mayo de 2011, un año y medio antes de morir, García Calvo tuvo noticia de que en la Puerta del Sol se habían

concentrado miles de jóvenes de edad o de espíritu para denunciar las clamorosas carencias de la democracia y el sistema socioeconómico que padecían. García Calvo se plantó allí y se dirigió a los concentrados del 15-M. Saludó aquella explosión de descontento popular surgida de abajo y le instó a no jugar con las cartas y las reglas del régimen. Unos le aplaudieron, otros no le entendieron. La inmensa mayoría, declaró luego el propio García Calvo en una entrevista con un diario zamorano, no tenía la menor idea de quién era aquel señor tan mayor y con las patillas tan tupidas y tan nevadas. Y sin embargo, añadió: “Yo estoy en el 15-M”.

La libertad individual en el seno de una comunidad solidaria es, junto al amor, la más humana de todas las aspiraciones. Nadie puede enterrarla definitivamente, termina reapareciendo como el Guadiana. Ahora también está expresada en el retrato de Salvochea que cuelga en el despacho del nuevo alcalde de Cádiz.

(tintaLibre, verano de 2015)

SÁNCHEZ Y LA ROJIGUALDA



Pedro Sánchez se llama a engaño si cree que la Transición resolvió de una vez por todas el asunto de los símbolos – himno, bandera y forma de Estado– destinados a representar la unidad de los españoles. Como en otras materias, aquel pacto, derivado de una determinada correlación de fuerzas, produjo una solución que ha sido útil durante unas décadas, pero que nunca ha llegado a clausurar de modo definitivo el debate primario.

Si lo hubiera hecho, el propio Sánchez no sería ahora sujeto de una polémica por haberse envuelto de modo grandilocuente en la bandera rojigualda en su proclamación como candidato a la presidencia del Gobierno por el PSOE. Sánchez ha sido aplaudido por el establishment, y también, sí, por amplios sectores de su partido, pero ha provocado perplejidad en algunos de sus correligionarios e irritación en el resto de la izquierda y, ya no digamos, en componentes significativos de algunas comunidades autónomas.

Una democracia verdaderamente madura no debería andarse con pelos en la lengua. Enunciar sus problemas no es ofender. Permítanme, pues, que me atreva a decir que, como

mínimo, unos cuantos cientos de miles de compatriotas no se sienten demasiado representados por la bandera rojigualda. Unos la identifican con la monarquía –y con razón: fue establecida como bandera nacional en 1843 a partir de la enseña de la Marina borbónica– y desearían tener la oportunidad de votar sobre la forma de Estado. Otros la asocian con el franquismo, que la esgrimió en su sublevación contra la República y la impuso manu militari durante su larga dictadura. Bastantes en Cataluña, Euskadi, Galicia y otras partes la emparejan con un determinado modelo unitarista de Estado español.

Si la Transición hubiera cerrado el asunto de los símbolos, no habríamos discutido hace pocas semanas sobre la pitada monumental a la Marcha Real en el partido de fútbol que enfrentó al Barça y el Athletic de Bilbao. Esa discusión me pareció algo mostrenca: se centró en cómo sancionar a la gente que silbó a la Marcha Real en el ejercicio de su libertad de expresión, lo más sagrado en democracia, y no se interrogó sobre el por qué de ese comportamiento. No por menos esperado, lo que debería haber llamado la atención es el hecho de que tantos vascos y catalanes rechazaran sonoramente ese himno.

El amor no puede imponerse por decreto. Yo jamás he profanado la rojigualda ni abucheado la Marcha Real. Al contrario, durante los dos años en los que trabajé en Moncloa, me puse firme cada vez que se izaba esa enseña o sonaba ese himno. Era para mí una cuestión de respeto. De respeto al Estado al que había aceptado voluntariamente servir durante una temporada, y, sobre todo, de respeto a los muchísimos compatriotas que aprecian esos dos símbolos.

Pero confieso que mi corazón no latía de entusiasmo. Lo hace mucho más cuando escucho La Marsellesa un 14 de Julio. No por francofilia, sino porque La Marsellesa encarna universalmente las ideas en las que creo: libertad, igualdad y fraternidad. Si les recuerdo la escena de Casablanca en la que suena esa canción, seguro que me entienden.

Ahí está el problema: la práctica totalidad de los franceses se identifica desde hace generaciones con la bandera tricolor y La Marsellesa. (Sí, lo sé, algunos jóvenes salidos de la inmigración han quebrado recientemente esa unanimidad). La tricolor y La Marsellesa no son tanto emblemas de una unidad territorial como de las ideas que cimentan esa unidad. Nacieron de una revolución que acabó con el Viejo Régimen y estableció los valores republicanos. Es su gran diferencia con los actuales símbolos oficiales de España, heredados de un pasado –monarquía decimonónica y franquismo– que sigue dividiéndonos.

Razones semejantes podrían citarse a propósito de los símbolos estadounidenses, surgidos asimismo de una revolución democrática, de una neta ruptura nacional con el ayer. Y cabría añadir que la primacía de la libertad de expresión en la república estadounidense tolera desde la profanación pública de las barras y estrellas hasta el uso de la enseña de la Confederación por parte de sudistas nostálgicos.

La Sudáfrica de Mandela optó hace apenas veinte años por la fórmula de una nueva bandera. El fin del régimen del apartheid y el nacimiento de una nación multirracial y democrática fueron bautizados con la adopción de la enseña del arco iris. A la gran mayoría de los sudafricanos –negros, blancos, indios o mestizos– le gustó.

Pedro Sánchez ha heredado de sus predecesores en la dirección del PSOE la propuesta de un Estado federal como salida a la esclerosis del llamado Estado de las autonomías, pero algunos se preguntan razonablemente si sabe lo que eso quiere decir.

El federalismo implica una visión de España distinta a la canónica heredada del nacional-catolicismo. España no es católica, habla castellano, se gobierna desde Madrid, tiene una bandera rojigualda y entona la Marcha Real desde el domingo mismo en que Dios dio por terminada la Creación. España es muchísimo más compleja en su historia y su presente.

Llevamos dos siglos debatiendo sobre qué es España y aún no hemos encontrado una respuesta ampliamente satisfactoria. Frente a la visión nacional-católica, otra reivindica que los bereberes, judíos y árabes son elementos tan capitales en nuestra formación como los romanos y godos; que los ilustrados, liberales, republicanos, socialistas y libertarios fueron tan patriotas o más que los conservadores; que las lenguas gallega, catalana y vasca son tan españolas como el castellano; que España es una nación tan grande que en su seno caben varias naciones; que la piel de toro es, como la llamó Cees Nooteboom, todo un “continente”. El federalismo, la unidad asumida desde la libertad, la vertebración del edificio desde el suelo hasta el tejado, y no al revés, es la fórmula que mejor expresaría nuestra pluralidad.

Nuestra efímera Primera República fue federal y adoptó la bandera rojigualda con retoques en el escudo. Es una solución que puede reivindicarse, siempre y cuando no se hagan

trampas y se olviden sus muchas otras propuestas aún incumplidas. La Segunda optó por la tricolor –rojo, gualda y morado– y mucha gente –también en el PSOE– sigue amándola, lo cual es muy legítimo y respetable si lo que tenemos sigue aspirando a considerarse una democracia. La Transición prefirió seguir con los símbolos monárquicos usados por Franco –quitando el aguilucho– y fue una decisión razonable: le privó a los generales de razones adicionales para sacar los tanques a la calle. Ahora bien, Sánchez desbarra cuando dice que los antifranquistas de entonces “luchábamos” por la rojigualda.

Me temo que, a fecha de hoy, seguimos teniendo un problema en esta materia, y creo que el exhibicionismo no contribuye a resolverlo. No he dicho el uso, fíjense, he dicho el exhibicionismo. Hay una gran diferencia entre una y otra cosa.

¿Es éste el más grave de los problemas españoles? En absoluto. El paro, los desahucios, la corrupción, la extensión de la pobreza, la ineficacia y parcialidad de la justicia, los gastos estrambóticos de las instituciones, lo son muchísimo más. No he sido yo quién ha reabierto el debate sobre los símbolos envolviéndose a lo Patton en una bandera en búsqueda de votos. Ni me va el patriotismo, ningún patriotismo, ni me presento a las elecciones.

(infoLibre, 24 de junio 2015)

SON LAS IDEAS, ESTÚPIDO



Tal día como éste en el que escribo, un 27 de mayo, nació Dashiell Hammett. Hammett fue el padre del actual género negro, el escritor que, como dijo Raymond Chandler, sacó el crimen de la salita de té de la vicaría, donde lo había encerrado Agatha Christie, y lo devolvió a su escenario natural, el callejón oscuro y maloliente de la gran ciudad. Pero Hammett también fue el ciudadano que pasó meses en la cárcel por negarse a colaborar con la caza de brujas del senador McCarthy. El escritor y el ciudadano Hammett siempre fueron una sola y misma cosa.

Soy de los que han lamentado el silencio de tantos escritores e intelectuales de gran audiencia ante lo sucedido en España en los últimos años. ¿Dónde han publicado sus J'accuse denunciando los desahucios, la corrupción, el injusto reparto de los sacrificios de la crisis, la deriva autoritaria del sistema nacido en la Transición? No me refiero a pellizquitos de monja política y legalmente correctos, me refiero a textos audaces y atronadores como el que [Zola](#) escribió sabiendo perfectamente que le valdría un juicio y una condena a prisión.

El J'accuse español contemporáneo, el que ha tenido sus primeros efectos electorales el pasado domingo, fue una obra coral, comenzó a escribirse en la Puerta del Sol el 15 de mayo de 2011. Miles de jóvenes, de edad o de espíritu, ocuparon esa y otras plazas en aquella primavera para quitarle las telarañas a la visión canónica de la democracia española. La Transición, vinieron a decir, estuvo bien dada la correlación de fuerzas existente entonces, pero han pasado casi cuatro décadas y el edificio español evidencia grietas estructurales desde los cimientos hasta el tejado. ¿Por qué no abordar de modo pacífico, como se hizo a finales de los años 1970 y comienzos de los 1980, una, llamémosle así, reforma integral?

Recuerdo el desdén con el que el establishment político, mediático e intelectual respondió al 15-M. ¿Para qué sirve esto? ¿Dónde están sus líderes y sus partidos? ¿Qué te apuestas a que con las vacaciones de verano esta algarada se disuelve como un azucarillo en un vaso de agua? Recuerdo a los cenizos, inmovilistas y perezosos mentales que soltaban este tipo de cosas. No estaban sólo en la derecha, también eran mayoritarios entre ese centroizquierda bien acomodado en sus escaños, sus consejos de administración y sus portavocías en los dinosaurios mediáticos. Incluso el periódico que había sido el intelectual orgánico colectivo a favor del fin del franquismo, la incorporación a Europa y los derechos civiles se desenmascaró como adalid del apoltronamiento.

El 15-M fue una revolución mental: desnudó las carencias de un país que se jactaba de ser inmejorable en lo político, lo social y lo económico, y ya no digamos en las raciones de jamón ibérico y langostinos. El 15-M propuso una nueva

agenda ciudadana, la que, precisamente, colocó el 24-M al borde del desalojo a Aguirre, Barberá, Monago, Cospedal, Trias y compañía. Una agenda basada en la gente, en esa mayoría que aspira a unos mínimos razonables de libertad y dignidad, que se indigna porque los impuestos que salen del sudor de su frente terminen en las cuentas en Suiza de políticos, banqueros y empresarios corruptos, y que no tiene garantizado el mañana con pensiones blindadas millonarias.

Son las ideas, estúpido. Versalles se rió a carcajadas cuando Voltaire, escandalizado por [el affaire Calas](#), publicó su Tratado sobre la tolerancia. Aún no había terminado el siglo XVIII cuando discípulos de Voltaire, Rousseau y los enciclopedistas enviaban a Luis XVI a la guillotina. Londres se encogió de hombros flemáticamente cuando Thomas Paine dio a luz su Sentido común. Estados Unidos era un país independiente y democrático en menos de una década. Los parientes franceses de los escépticos españoles ante el 15-M creyeron tener razón cuando De Gaulle ganó las elecciones justo después de Mayo del 68. ¿Qué gilipollez es esa de que debajo de los adoquines está la playa? El mundo –igualdad de la mujer, derechos de los gais, libertad de costumbres, sentimiento ecológico...- ya no sería igual tras aquella revuelta.

Hasta en materia económica, todo empieza siempre con unas ideas: las de Adam Smith, David Ricardo, Thomas Malthus, Karl Marx, Joseph Keynes, Paul Samuelson... En el caso del triunfo universal del neoliberalismo en las últimas décadas, las de Friedrich Hayek y Milton Friedman. Lo que hace un agente de Bolsa de Wall Street, un empresario de la construcción español o un comité del partido en Shanghái ya

lo ha pensado antes alguien.

El 15-M declamó colectivamente el sueño de una Segunda Transición, una reforma integral, un proceso constituyente o reconstituyente, una partida nueva con naipes sin marcar, llámele usted como buenamente le apetezca. Se trataba de mejorar una democracia manifiestamente mejorable; de proteger la sanidad y la educación públicas al menos tanto como los beneficios bancarios; de terminar con la corrupción institucionalizada y de prestar más atención al común de los mortales. Ese sueño continuó con las mareas ciudadanas que constituyeron la principal oposición a la derecha gobernante en esta legislatura, y terminó encarnándose en nuevos partidos y en candidaturas ciudadanas como las lideradas por Manuela Carmena y Ada Colau. ¿Qué dicen ahora los que se fueron a Marbella o Palma en el verano de 2011 pensando que el 15-M era una payasada de perroflautas y yayoflautas?

“La insurrección es el acceso de furor de la verdad”, escribió Victor Hugo, otro autor que, amén de escribir obras inolvidables, jamás dejó de luchar por la libertad. La pacífica insurrección del 15-M le cantó unas cuantas verdades del barquero al sistema surgido de la Transición. ¿Y saben una cosa? Antes de que las consignas de los indignados de la Puerta del Sol escribieran el prólogo de un nuevo capítulo en la historia de España, ya las habían pensado dos intelectuales nonagenarios, Stéphane Hessel y [José Luis Sampedro](#).

Existe una conexión mágica entre jóvenes y viejos rebeldes. Manuela Carmena acaba de materializarla en Madrid. “Ser felices”, dice, “es nuestra auténtica venganza”.

(ctxt, 27 de mayo de 2015)

EMPIECEN DESALOJANDO A LOS CORRUPTOS, POR
FAVOR



Las elecciones municipales y autonómicas del 24 de mayo de 2015 no fueron un nuevo 14 de Abril, un seísmo de tal magnitud que haga inevitable un cambio de régimen. Nadie lo esperaba, por otra parte. Sus resultados, sin embargo, son más rotundos en la dirección del cambio de lo que podía augurarse.

El PP sufre un varapalo merecido y considerable. Gobernar contra la gente y entregarse con descaro a la corrupción terminan pasando factura electoral. Lo ejemplifican los batacazos de Esperanza Aguirre, Rita Barberá, Monago, Cospedal y otros mascarones de proa de la derecha. Mariano Rajoy no tiene garantizada la reelección en otoño.

El bipartidismo sigue erosionándose. Del 70% de las municipales de 2007 y el 65% de 2011, la suma de los votos del PP y el PSOE pasa al 52%. Podemos, en solitario o en el seno de candidaturas de unidad popular y ciudadana, supera el resultado jamás obtenido en el conjunto de España por una tercera fuerza política. La formación de Pablo Iglesias sale viva y coleando del bombardeo sufrido durante el invierno. Ciudadanos, por su parte, se confirma como fuerza nacional,

aunque con menos brío de lo anunciado.

La decencia y la justicia motivan a más votantes que el miedo y el patriotismo. Sumando los resultados de todas sus candidaturas, la izquierda vuelve a ser electoralmente mayoritaria en España. Que los partidos y movimientos que la componen sepan transformar esa mayoría en gobiernos municipales y autonómicos, es lo que veremos en las próximas semanas. Que atinen a que esa mayoría termine desalojando al PP de La Moncloa, es incierto.

Las grandes ciudades van más lejos en la expresión de su deseo de cambio que las pequeñas y el mundo rural. El rumbo lo marcan las grandes ciudades, siempre ha sido así. En ese sentido, es inquietante para el PSOE el hecho de que en Madrid y Barcelona sus candidaturas hayan sido superadas por las unitarias apoyadas por Podemos.

Miguel Mora escribió el lunes en ctx.es que la Segunda Transición comenzó el domingo. Se refería a esa amplia puesta al día de nuestra muy mejorable democracia que el 15-M fue pionero en reclamar. Bien podría ser así, añadido por mi parte, si los vencedores políticos del 24 de mayo no se dejan llevar por la intransigencia partidista, si piensan y actúan guiados por el corazón y el cerebro y no por las tripas y el bajo vientre.

En lo inmediato, se trata de desalojar a los sinvergüenzas de sus poltronas gubernamentales allí donde aritméticamente sea posible hacerlo. Convertir en gobiernos las mayorías electorales a favor del despido de personajes como Rita Barberá es el reto inmediato de las fuerzas de izquierda. Háganlo, por favor. Apoyos o abstenciones en las investiduras, gobiernos de coalición, alianzas parlamentarias

de geometría variable..., encuentren las fórmulas adecuadas a cada caso concreto, que las hay. En lo urgente –frenar los desahucios, restablecer servicios sociales mínimos, perseguir la corrupción, manejar con decencia el presupuesto...–, dicen estar de acuerdo.

No me llamo a engaños. El PSOE y Podemos –por hablar de ellos– no sólo no comparten receta, tampoco comparten diagnóstico. El PSOE –sobre todo su cúpula más felipista– no quiere una Segunda Transición, piensa que sería suficiente con su llegada al poder, políticas más sociales y retoques al sistema de 1979. Podemos es más rupturista, propone un nuevo comienzo a través de un proceso constituyente.

Pablo Iglesias aspira a que Podemos ocupe el espacio de una auténtica socialdemocracia abandonado en los últimos lustros por el PSOE y sus parientes europeos. El PSOE, por su parte, se redescubre ahora de izquierdas, pero ahí tiene un problema de credibilidad. Muchos de sus antiguos o potenciales votantes no han olvidado lo peor del felipismo, los últimos años de Zapatero y el maniobrerismo de Rubalcaba. Tampoco la ansiedad de Pedro Sánchez por hablar de baloncesto con el rey o fotografiarse pactando con Rajoy

El PSOE y Podemos se han dicho cosas muy duras en el último año, han intercambiado insultos fratricidas, para alegría del IBEX, los dinosaurios mediáticos y el PP. El PSOE ha compartido con la derecha el argumentario de que Podemos es Venezuela, ETA y hasta Satán; Podemos ha querido presentar al PSOE como lo mismo que el PP en materia de corrupción, autoritarismo y espíritu antisocial. Una y otra cosa son injustas. Ni Podemos está proponiendo una España chavista –aunque haya bolivarianos o ex

bolivarianos en sus filas-, ni la inmensa mayoría de los militantes y votantes del PSOE pueden ser tildados de casta – aunque algunos de sus dirigentes, ex dirigentes y socios mediáticos sean muy del IBEX-.

El PSOE ha salvado los muebles en estos comicios, pero ha seguido perdiendo cientos de miles de votos, sobre todo entre los jóvenes y en las grandes ciudades. En cuanto a Podemos, ha obtenido sus mejores resultados en candidaturas unitarias y lideradas por independientes como Manuela Carmena y Ada Colau. Uno y otro deberían reflexionar.

(infoLibre, 27 de mayo de 2015)

PABLO IGLESIAS Y LA JORNADA DE REFLEXIÓN



No conozco a Pablo Iglesias. Jamás he cruzado una palabra con él. Ni en persona, ni por teléfono, ni tan siquiera a través de SMS, WhatsApp o correo electrónico. Tampoco tenemos amigos en común.

Digo esto en aras de la transparencia. Para que quede claro que el aprecio que le tengo es estrictamente intelectual. En estos momentos, Pablo Iglesias me parece el político español más claro y coherente y, algo que aprecio mucho, más educado. Este hombre deja hablar a los otros y, sólo tras escucharles, les responde; una rareza en la jaula de grillos carpetovetónica.

Entro en materia: Pablo Iglesias me decepcionó la pasada semana cuando dijo que la Jornada de Reflexión es “algo muy importante”. La cosa venía a cuento de que el 15-M había declarado que pretendía manifestarse en la Puerta del Sol el próximo 23 de mayo, víspera de los comicios municipales y autonómicos.

La Jornada de Reflexión, estimado Pablo, es una gilipollez, una de las muchas que arrastramos desde los tiempos de la Transición. ¿Se supone que la familia española se reúne ese

día, en medio de un atronador silencio político y mediático, para leer junta los programas electorales, debatir sobre ellos y tomar una decisión? Así, el domingo, tras ir a misa, los Alcántara de “Cuéntame” votarán con serenidad y pleno conocimiento de causa.

¡Paternalismo! En Estados Unidos no hay nada semejante. Allí hasta puede hacerse campaña en las cercanías de los colegios electorales en el mismísimo Election Day, como reconoció la sentencia del Tribunal Supremo en el caso *Burson v. Freeman*, de 1992. Y por supuesto, a nadie se le ocurre prohibir manifestaciones ese día o, ya no digamos, el anterior.

Resulta significativo que en España haya que recordar que la libertad de expresión, en la que está incluida la de manifestación, es el principal pilar de una democracia; esto es algo que tienen claro en Estados Unidos, donde, sin duda, padecen otros defectos. La libertad de expresión está por encima de cualquier reglamentismo electoral, faltaría más. Nada ni nadie debería impedir a un grupo de ciudadanos expresarse en la calle, siempre y cuando lo hagan pacíficamente. Miles lo hicieron el 13 de marzo de 2004 frente a la sede del PP en la calle Génova. Y hasta el Tribunal Constitucional español, que en absoluto es un órgano libertario, tuvo que reconocer que estaban en su derecho.

En Estados Unidos la gente se manifiesta frente a la Casa Blanca, quema banderas con las barras y estrellas –o las usa para decorar condones–, insulta al Jefe de Estado, publica panfletos tremebundos... y no pasa nada. Las campañas de la derecha norteamericana para ilegalizar esos y otros comportamientos se han estrellado con sentencias del

Supremo de Washington (Texas v. Johnson y otras) reiterando que la Primera Enmienda de la Constitución (Free Speech) es más sagrada que, por ejemplo, un trapo. Por muchos sentimientos patrióticos que ese trapo despierte entre mucha gente.

Sería triste que, en busca de un fantasmal centro político, a fuer de escuchar los machacones cantos de sirena de los voceros del sistema, Pablo Iglesias y los suyos se rindieran y aceptaran el marco de la Transición. Su vigor inicial, lo que les hacía atractivos para millones, era precisamente su descaro y osadía, la franqueza con que decían que aquello pudo estar bien en su momento, pero era preciso reformarlo de los pies a la cabeza. Tal había sido el mensaje, la auténtica revolución mental, del 15-M.

Si empiezas aceptando el marco lingüístico del sistema, estás derrotado de antemano. Terminas tragando con todo, incluida la razón de Estado y el supremo interés de las grandes empresas y entidades financieras. Es lo que demostró George Lakoff.

La democracia nacida de la Transición española fue fruto de la correlación de fuerzas del momento. Es absurdo pretender retrospectivamente que, con el franquismo vivito y coleando, podía sacarse mucho más. Los poderes fácticos –el Ejército, el capital, la Iglesia, la Administración del Estado y el indudable apoyo de buena parte de la población a la derecha y el centroderecha– dejaron muy claro que era aquello o nada.

No hubo ruptura, ni, mucho menos, revolución como en Francia o Estados Unidos. La democracia española nació así teñida de autoritarismo. La ley y el orden, la gobernabilidad,

la sagrada unidad de la patria, los privilegios de la Iglesia, el perdón y hasta el olvido de los crímenes franquistas, el canon educativo nacional-católico, la monarquía, la bandera rojigualda y la Marcha Real, el sistema electoral bipartidista, todas éstas cosas, se incluyeron en el código genético del nuevo régimen. También la Jornada de Reflexión para la familia Alcántara. Era aquello o nada, insisto; así que, bueno, la mayoría de los antifranquistas lo aceptó.

El espíritu libertario, el que otorga primacía a la libertad frente a la autoridad, quedó relegado a lo festivo y lo cultural, y de ahí nació la Movida. Pero nada de bromas en las cosas del comer: el policía siempre tiene razón frente al manifestante, el interés del banco siempre prima frente al del desahuciado, el corrupto de cuello blanco siempre tiene más derechos que el robagallinas. Si no piensas de esta guisa, eres un antisistema y, quién sabe, quizá un etarra.

El 15-M, del que se acaban de cumplir los cuatro años, propuso abandonar esa baraja y comenzar una partida pacífica y democrática con cartas nuevas. Introdujo la idea de que un cambio era posible y necesario, y sólo por eso dejó huella. Juan Carlos tuvo que abdicar, Rubalcaba tuvo que irse, nació Podemos, el IBEX replicó apadrinando a Ciudadanos...

Escribí aquí mismo hace dos semanas que la parte más inteligente del régimen entendió que debía mover algunas fichas... y lo hizo. Puede terminar consiguiendo que todo siga igual con dos o tres cambios cosméticos; puede que no haya proceso constituyente o reconstituyente, ni tan siquiera una reforma seria de la Constitución de 1789.

Se le facilitan, desde luego, las cosas si se acepta jugar con sus naipes y reglas de juego.

(infoLibre, 20 de mayo de 2015)

EL IBEX MUEVE FICHAS



Ya sé que las palabras son importantes, vivo de escribirlas, pero, a los efectos de este artículo, no me voy a apegar a ninguna para nombrar a los que detentan el poder en España. Así que llámenles como cada uno de ustedes quiera: sistema, régimen del 78, establishment, casta, capitalismo de amiguetes, liberalismo de mamandurria, Ibex 35... Deberíamos de entendernos, creo. Estamos hablando de aquellas grandes empresas y entidades financieras que controlan los medios de comunicación mayoritarios y han tejido relaciones simbióticas con las dirigencias de los partidos tradicionales. De esa gente que, por supuesto, también tiene estrechas relaciones de compadreo con sus semejantes allende nuestras fronteras.

Esa gente estaba relativamente preocupada hace un año por la situación política española. El 15-M, las manifestaciones callejeras, el desprestigio del PP y el PSOE, la deshonor de la Corona, la aparición de Podemos, los datos de las encuestas, sugerían que el sistema puesto en pie por la Transición sufría un intenso desgaste y comenzaba a formarse una fuerte corriente de opinión partidaria de un

cambio en serio. La democracia nacida a finales de los años 1970 revelaba sus peores defectos: el resabio autoritario, la escasa separación de poderes, los obscenos incentivos a la corrupción, las puertas giratorias entre cargos públicos y consejos de administración, el cojitranco modelo territorial... La crisis desnudaba la falsedad del “milagro económico”, la avidez de los millonarios, el injusto reparto de las cargas fiscales, la flaqueza del Estado de bienestar, el pago de la factura por las clases populares y medias...

Algunos medios de comunicación internacionales se preguntaban si España estaba al borde de toda una revolución. El Ibex 35 –le llamaré así en adelante– sabía que no era para tanto, pero andaba preocupado. Y sus mejores cabezas se pusieron a pensar. No creo en teorías conspirativas, no estoy diciendo que celebraran un congreso secreto en un hotel de siete estrellas de Dubai para elaborar una estrategia. Lo que pienso es que, en almuerzos en restaurantes de lujo, en reuniones de think-tanks y consejos editoriales, en navegaciones a bordo de yates por aguas de las Baleares, empezaron a emerger unas cuantas ideas para cambiar algunas cosas a fin de que todo siguiera igual.

El resultado es que, en esta primavera de 2015, el Ibex 35 ha movido unas cuantas piezas y eso le permite contemplar con mayor optimismo este año electoral. Para empezar, abdicó el rey Juan Carlos I. La Corona se quitó así de un plumazo el lastre en que había terminado por convertirse el monarca campechano, y pudo reclamar una nueva oportunidad. Aseado y discreto, Felipe VI aún no ha cometido ningún error grave y, por lo que veo entre mi gente, disfruta de sentimientos que oscilan entre la neutralidad y la

benevolencia. El ascenso del republicanismo que se registraba hace un año parece haberse mitigado.

A esa jugada le siguió una campaña de satanización de Podemos. A lo largo del otoño y el invierno, la clase política tradicional y los grandes medios de comunicación presentaron a ese partido como una terrible amenaza para la libertad, la propiedad, la soberanía nacional, la vida en el planeta, para todo. Los pecados veniales de algunos de sus dirigentes se convirtieron en crímenes mucho más horribles que el robo de miles de millones de euros por parte de los políticos, empresarios y banqueros del sistema. En el linchamiento participaron con ferocidad, como si en ello les fuera la vida, los derechistas de toda la vida y ese centro-izquierda que patrocina el Ibex 35, o sea, los Felipe González, Juan Luis Cebrián y compañía.

Parecía como si Venezuela fuera el mayor problema de los españoles: lo que debía quitarnos el sueño era la posibilidad de que nos gobernara gente vestida con chándales.

La tercera jugada –magistral– fue impulsar a Ciudadanos como una alternativa limpita de centro-derecha y también como una posible bisagra que auxilie a los desfallecientes PP y PSOE cuando sea menester. ¿Qué Susana Díaz necesita una mano en Andalucía? Ahí está Ciudadanos. ¿Qué el PP necesita otra para seguir mandando en Madrid y Valencia? Ahí está Ciudadanos. ¿Qué el próximo otoño ni el PP ni el PSOE pueden llegar en solitario a La Moncloa? Ahí está Ciudadanos para hacer una Gran Coalición a dos y, si es preciso, a tres.

Ciudadanos hasta puede servir para hacer los retoques menores a la Constitución de 1978 que permitan seguir tirando adelante, que ahuyenten durante unos cuantos

lustros la posibilidad de un proceso constituyente o reconstituyente de veras.

A estas alturas, el analista se ve obligado a precisar que las cosas pueden cambiar de aquí a las elecciones municipales y autonómicas, y, ya no digamos, las generales. La estupidez de Aznar al meternos en la guerra de Irak y, luego, intentar endosarle a ETA los atentados del 11-M, es un ejemplo de manual de cómo pueden perderse unos comicios que se presentaban muy favorablemente. Lo principal que intenta reflejar esta instantánea es que el Ibex 35 ha sabido mover fichas.

(infoLibre, 6 de mayo de 2015)

PERIODISTA GOYTISOLO



Un periodista recibe esta semana el Premio Cervantes en la Universidad de Alcalá. ¿Un periodista? Sí, permítanme que les recuerde que, amén de novelista, poeta y ensayista, Juan Goytisolo también puede ser considerado un periodista. Lleva décadas publicando con asiduidad en el diario El País, y no sólo artículos de opinión, también crónicas y reportajes.

Goytisolo jamás ha vivido en una torre de marfil. Incluso en su casa de la Medina de Marrakech, siempre ha seguido la actualidad política, social y cultural española e internacional. Me consta: lo trato desde los años 1980. No necesita la televisión o Internet para estar al corriente. En la mesa de su salón-comedor hay desplegados periódicos de papel en castellano, francés e inglés. Los amigos le cuentan las novedades por teléfono o en la mesa de un café.

En una conversación con Goytisolo no tardan en salir a relucir las últimas noticias relevantes. Siempre las comenta desde un punto de vista propio. Es un punto de vista nada afecto a razas, patrias y religiones, sesgado más bien a favor de la gente del común y de sus batallas por un poco más de libertad y justicia. Suele teñir con humor ese punto de vista.

Como articulista en un periódico, y como firmante de manifiestos por distintas causas, Goytisolo entronca con la tradición del escritor comprometido con su tiempo, eso que suele llamarse un "intelectual". Quizá el primero de los contemporáneos fuera Voltaire, cuando tomó su pluma para denunciar la atrocidad del affaire Calas. Aún no se había producido el estallido de la Prensa y Voltaire tuvo que expresar su indignación a través de las decenas de cartas que envió a sus conocidos... y de un libro capital, el Tratado sobre la tolerancia

El Zola que publicó su J'acuse en el diario L'Aurore es, sin duda, el ejemplo más célebre de esta figura del intelectual. Zola denunció con detalle las iniquidades del affaire Dreyfus sabiendo que esto le valdría un juicio y una condena a prisión. En el siglo XX, Camus, entre otros, seguiría esa tradición de tomar partido aún a costa de perder popularidad y lectores.

En muchos de los debates internacionales del último medio siglo –la URSS, el castrismo, el FLN, el Sáhara...–, Goytisolo ha nadado contra la corriente mayoritaria en el seno de la izquierda. En esto está más emparentado con Camus que con Sartre.

Pero, ya lo adelanté, Goytisolo también ha sido reportero. Andaba por los sesenta años de edad cuando fue enviado especial de El País a varias de las guerras de los años 1990. En Bosnia, Argelia, Palestina y Chechenia se sumó a la tribu de los corresponsales, vivió en sus hoteles, viajó con ellos hasta los lugares más calientes y con ellos charló con los protagonistas de las tragedias. Quería tener un "conocimiento directo" de la realidad, como el que tiene un periodista, explicó. El resultado fueron cuatro magníficas

series de reportajes publicadas primero en papel de periódico y luego de libro: Cuaderno de Sarajevo, Argelia en el vendaval, Ni guerra ni paz y Paisajes de guerra con Chechenia al fondo.

También en esta materia, Goytisolo tenía ilustres predecesores. Hemingway, Camus, Truman Capote, Norman Mailer, García Márquez y otros practicaron el reporterismo en algunos momentos de sus carreras literarias.

El que Goytisolo se dedicara con más de sesenta años a hacer de corresponsal de guerra encaja perfectamente en su biografía. Había hecho algo semejante en su juventud, en pleno franquismo, con Campos de Nijar y La Chanca, los libros en los que narró sus andanzas por las entonces míseras tierras almerienses. Uno puede catalogar esas obras como literatura de viajes, documento social o reportaje periodístico, qué más da. Son, en cualquier caso, buena prosa de no ficción. Como la de sus libros autobiográficos, empezando por "Coto vedado", del que él mismo dijo: "No es una confesión, es sólo un libre examen de conciencia".

El octogenario que esta semana recibe el Cervantes es un trotamundos. La calle le fascina tanto como la biblioteca, y entre ambas ha ido construyendo su vida. Entre 1987 y 1991, también practicó el documental televisivo. Fue el autor de dos series de TVE sobre el mundo árabe y musulmán. Las llamó Alquibla, y desde El Cairo o Estambul, volvió a expresar su defensa de un laicismo democrático y cosmopolita que no satanice a ninguna cultura y ninguna espiritualidad.

Periodista es aquel que ejerce el periodismo. Goytisolo también ha sido, y es, periodista. Siempre he lamentado que nuestro oficio no se tome más en serio la lección que nos

transmiten él y autores como los que acabo de citar: contar la verdad no está reñido con escribir bien. Al contrario, la buena escritura multiplica la potencia de la verdad periodística.

(infoLibre, 22 de abril de 2015)

SINRAZÓN YIHADISTA Y SINRAZÓN CERVECERA



A nadie en su sano juicio se le ocurriría responsabilizar a la Declaración de Independencia de Estados Unidos y su redactor, Thomas Jefferson, de las torturas en Guantánamo, la invasión de Irak, la guerra de Vietnam, los asesinatos y golpes de Estado de la CIA, las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki y otras atrocidades cometidas por la superpotencia. Las ideas fundacionales de Estados Unidos no tienen la culpa de que algunos políticos y eso que Eisenhower llamó el complejo militar-industrial las invoquen para justificar tales o cuales desmanes imperialistas. Tampoco es culpable, por cierto, esa mayoría de ciudadanos estadounidenses excesivamente crédula ante lo que les cuentan desde arriba.

La Declaración de Independencia es uno de los más fantásticos productos del Siglo de las Luces. Sus ideas siguen siendo vigentes, aunque las élites económicas y políticas de Estados Unidos se hayan ido alejando de su espíritu para construir un país cada vez más temeroso, más proclive al patriotismo y el autoritarismo internos y al intervencionismo y el belicismo externos. Estados Unidos

también precisa una reforma a fondo.

Sírvame este brochazo para aludir a la islamofobia rampante con que son acogidas en Occidente las barbaridades de los yihadistas. Se produce la espantosa matanza de Túnez y uno tiene que escuchar por enésima vez que la culpa la tienen El Corán y Mahoma, la religión islámica en sí misma y hasta el conjunto de los árabes (no pocos de los cuales son cristianos) y de los musulmanes. Los que sueltan estos rebuznos están más emparentados con los propios yihadistas que con Jefferson y los hijos de la Ilustración.

Cuando los del ISIS destruyeron antigüedades babilónicas, un islamófobo llegó a decir que lo hacían para acabar con ¡la cultura occidental! Como si los asirios, los babilonios, los persas y las demás civilizaciones anteriores a Alejandro Magno no hubieran sido orientales. Como si durante siglos Mesopotamia y Persia no hubiera sido mayoritariamente musulmanas sin que nadie le tocara un pelo a esas antigüedades. Del mismo modo que nadie se lo tocó a los morabitos de Tombuctú o a los Budas de Afganistán hasta la aparición del islamismo político contemporáneo y esa letal criatura suya que llamamos yihadismo.

La ignorancia es muy atrevida, ya lo sabemos. Y generalizar el estigma, muy fácil. Y sin embargo, me niego a deslizarme por esa pendiente. Jamás se me ocurriría culpar a Jesús de Nazaret de los miles de muertes en la hoguera que causó la Inquisición, de las violencias de los Guerrilleros de Cristo Rey o del gusto por la vida lujosa del cardenal Rouco. Si Jesús existió, debió ser un buen tipo, un tipo frugal, pacífico y afectuoso. Conozco a muchos cristianos que intentan seguir su ejemplo y no el de los Borgia. Como conozco a muchos

musulmanes a los que cada atentado yihadista les duele como una puñalada en el corazón.

Las tripas no sirven para pensar, hay que usar la razón. El yihadismo es fruto de una interpretación apocalíptica y delirante del islam que florece en unas determinadas condiciones políticas, sociales y económicas. Como el nazismo (¿o es que me van a decir que Hitler es inherente al alma germana?). Nietzsche, que detestaba a los antisemitas y los militaristas prusianos, debía de revolverse en su tumba cada vez que los matones de las SS lo citaban como referente intelectual (sin haberlo leído, por supuesto).

Al yihadismo hay que combatirlo con inteligencia, el gran instrumento que la humanidad hereda del Siglo de las Luces. En primer lugar, la prevención es capital ante unos descerebrados dispuestos a morir matando. No les vamos a disuadir con la cadena perpetua, hay que detenerlos antes de que actúen. Para eso están la Policía y los servicios secretos, que no necesitan photo opportunities politiqueras como la de Rajoy y Sánchez, sino medios humanos y materiales, conexiones internacionales y buena dirección, no la dirección de gente que negaba que el 11-M hubiera sido obra de los yihadistas. En ese sentido, la cooperación de las comunidades musulmanas en Occidente y de los países meridionales es vital.

Hoy le llamamos ISIS, ayer Al Qaeda, antes Yihad Islámica. No voy a negar que los de ahora son aún más gore, lo que quiero decir es que llevamos así unas cuantas décadas. Yo mismo comencé a publicar sobre el islamismo y el yihadismo hace tres décadas desde Beirut, Gaza, Teherán, El Cairo o Argel. Lo que decía entonces me parece cada vez más

evidente: no se puede terminar con la peste si no se desecan los pantanos donde germina.

¿Cuáles son estos pantanos? Los hay ideológicos y financieros: el wahabismo y los petrodólares de Arabia Saudí. Los hay políticos, económicos y sociales: la tiranía, la pobreza y las desigualdades en los países musulmanes; el déficit de integración de los hijos de los inmigrantes en Occidente. Y también los hay éticos y morales: el doble rasero del que se benefician Israel y Estados Unidos, el nulo apoyo que se les brinda a los demócratas del sur.

Vamos a seguir yendo a peor si se les sigue haciendo el juego a los Bin Laden, [Abu Bakr al Bagdadi](#) y compañía, si se acepta su propuesta milenarista de Choque de Civilizaciones, si se confunde la parte con el todo como hace el rebuzno islamófobo, si se deja de usar la razón para cultivar la versión cervecera de la sinrazón.

(infoLibre, 25 de marzo de 2015)

ANDALUCÍA



Los del Sur estamos acostumbrados a que los del Norte se burlen de nosotros y nos estigmaticen como perezosos, pícaros, exagerados, graciosos profesionales, adictos a la mamandurria y otras lindezas semejantes. Los del Norte han llegado a la conclusión de que el haber acumulado capital en un determinado momento histórico y por unas determinadas razones históricas, es una prueba de su superioridad (racial, nacional, religiosa, ideológica...). Limitan la epopeya de la humanidad a los últimos tres o cuatro siglos y se olvidan de que su vanguardia estuvo antes en Babilonia, Persia, Egipto, Grecia, Roma, China, los imperios maya y azteca, Damasco, Bagdad, Sevilla, Córdoba, Granada, Florencia, Venecia...

Y ni se les pasa por la cabeza la idea de que lo actual no es lo definitivo. Creen, con la misma fe que el descerebrado de ISIS cree en lo que diga su jefecillo, que la caída del Muro de Berlín y la hegemonía del capitalismo financiero septentrional es el hegeliano Fin de la Historia.

Los andaluces, para limitarnos a España, estamos acostumbrados a que nuestro modo de hablar la lengua de Cervantes sea motivo de risa (aunque esté en sintonía con la

mayoría latinoamericana de castellanohablantes) y a que los lastres estructurales de nuestra tierra no sean interpretados como las consecuencias de una situación semicolonial de varios siglos de duración, sino como la prueba de un vicio trascendente de nuestra identidad. Y así muchos del PP, CiU y, ahora, Ciudadanos, esa marca blanca para que los conservadores sigan votando conservador sin demasiada vergüenza, sueltan cada dos por tres con gran desparpajo gilipolleces como: “Hay que sacar a Andalucía del pelotón de los torpes” (Rafael Hernando); “Mientras en Cataluña se hacía la revolución industrial, otros pastoreaban cabras” (Francesc Homs), o “Quiero enseñar a pescar a los andaluces” ([Albert Rivera](#)).

La cosa es aún más grotesca cuando un individuo tan moralmente podrido como Monago, aquel que iba a Canarias a pasárselo bien con su amante a costa del contribuyente, intenta hacer risas con unos dibujos animados que intentan demostrar la superioridad de los extremeños sobre los andaluces tan sólo porque están un poquito más arriba en el mapa. Cosas veredes, amigo Sancho....

Déjenme decirle una cosa al tal Monago. Andalucía arranca en el Rastro de Madrid y termina en Tombuctú. Eso si lo medimos a lo largo, porque, si lo medimos a lo ancho, arranca en Orán y termina en El Algarve y, muy probablemente, en La Habana y más allá. No hablo de una Andalucía política o administrativa –que no se asuste nadie–, sino de ese estado de espíritu, de ese modo de vivir lo local en lo universal, esa cultura mestiza e inconfundible que apareja el Sur con el Norte y el Este con el Oeste, que define lo andaluz. Así que, señor Monago, cuando un extremeño tira

pedras contra un andaluz, lo hace sobre su mismo tejado.

Ni que decir tiene que los empresarios alemanes dicen maravillas de la laboriosidad y disciplina de sus trabajadores turcos, griegos, italianos, españoles y portugueses. Aunque sea en la intimidad, cuando no les está grabando un reportero del Bild. Y lo mismo podría decirse de los empresarios catalanes cuando hablan de sus asalariados andaluces, murcianos o extremeños. Pero los políticos derechistas alemanes, al igual que sus compinches vascos, catalanes y madrileños, saben que puede ganarles votos entre los descerebrados eso de apelar al fantasma de la superioridad ontológica de los suyos frente a los emigrantes meridionales.

La España nacional-católica (y sus parientes catalanes, tanto monta, monta tanto) no acaba de entender lo que es Andalucía. Sigue exhibiendo una mentalidad de ocupante cortijero. Por eso se estrella electoralmente una y otra vez cuando viene con monsergas de manualillo neoliberal elaborado por el becario de una Escuela de Negocios sobre la vagancia y el subsidio. La mayoría de los andaluces curramos como el que más y nos encantaría vivir en un mundo de verdadera igualdad de oportunidades. Pero también, damas y caballeros del PP, CiU y Ciudadanos, creemos en la justicia y la fraternidad.

Somos mestizos, no pura sangre, hijos, nietos y bisnietos de íberos, tartesios, romanos, vándalos, godos, árabes, bereberes, castellanos, gallegos, ingleses, franceses... Y sí, jódanse, nos gusta cantar mientras trabajamos.

(infoLibre, 11 marzo de 2015)

FRENTE POPULAR DE JUDEA



Entre las muchas escenas divertidísimas de La Vida de Brian, Miguel Ángel Medina, de El País, sacó hace unos días a colación en su cuenta personal en Twitter aquella en la que un grupo de resistentes a la ocupación romana discuten en el circo sobre el llamado Frente Popular de Judea. Recuerden los que han visto la película: los resistentes al Imperio Romano son apenas un puñado y aún así no se ponen de acuerdo para llevar a cabo una acción concertada. Se pelean sobre todo: el nombre del movimiento, sus objetivos, sus métodos de lucha, su organización, la paridad entre hombres y mujeres, su liderazgo...

El tuit de Medina suscitó un simpático intercambio al que me sumé. Remedando la escena de la película, los participantes nos acusamos unos a otros de disidentes, tráfugas, oportunistas, vendidos, extremistas, traidores, iluminados, sectarios, individualistas, aparatchiks y todos aquellos epítetos que la gente de izquierda suele aplicar a los suyos. Cada cual propuso asimismo nombres distintos y nuevas causas irrenunciables que añadir a la común de la libertad de Judea.

Nos lo pasamos bien durante un rato, con el regusto amargo de parodiar la endémica incapacidad de la izquierda, aquí y en todas partes, para unirse incluso en situaciones de manifiesta emergencia. El juego venía a cuento del anuncio de que Tania Sánchez dejaba Izquierda Unida pero no se sumaba a Podemos, sino que proponía la creación de un nuevo partido progresista en Madrid. Otro más.

Sabido es que las denominaciones políticas izquierda y derecha nacieron en la Revolución Francesa a causa de la posición física que sus dos principales corrientes ocupaban en la Asamblea Nacional. Desde entonces, que nadie se haga el tonto, todo el mundo sabe que la izquierda prima los conceptos de libertad y justicia y la derecha los de orden y propiedad (privada, por supuesto). Por su naturaleza misma, la izquierda es crítica y exigente con sus líderes y organizaciones mientras que la derecha es disciplinada y obediente. La izquierda tiende a fragmentarse, la derecha a agruparse.

Lo anterior tiene muchos matices, lo sé. No estoy escribiendo una tesis doctoral, tan sólo una columna periodística. Han existido, y existen, fuerzas de izquierda – pienso en el estalinismo – que han sido tan férreas o más que las de derechas. Y hay gente de derechas incapaz de soportar las arbitrariedades de sus caudillos. Como también merece respeto la idea de Podemos de introducir una tercera dimensión al dilema izquierda-derecha: la dimensión arriba-abajo. En estos momentos en la que la crisis desvela la naturaleza más pornográfica del capitalismo, esa tridimensionalidad supone una interesante aportación.

Voy directo al grano: la izquierda, llamémosla así para que

todos nos entendamos, es hoy políticamente mayoritaria en España a tenor de los sondeos. Sumen ustedes las expectativas de voto de Podemos, PSOE, Izquierda Unida, Equo, Compromís, los varios Ganemos y los partidos progresistas de ámbito local o autonómico, y les salen mayorías absolutas en cualquiera de los muchos comicios que vamos a celebrar en 2015. Y sin embargo, es posible que, a final de año, el PP conserve grandes parcelas de poder político con apenas el apoyo explícito de un cuarto de los ciudadanos españoles con derecho a voto.

Al PP le favorece de oficio un sistema electoral que -para eso se hizo- regala un sabroso plus de escaños a los conservadores si se presentan unidos. Y cabe la posibilidad de que, si la derecha, aunque minoritaria, llega en primer lugar, la cúpula socialista tenga la tentación -y reciba las correspondientes presiones de los poderes económicos y mediáticos- de formar con ella una Gran Coalición, al menos, a escala nacional. La mayoría social y política de izquierdas no llegaría así a convertirse en gobiernos.

La izquierda era mayoritaria en Francia durante la III República, pero casi nunca gobernaba a causa de su dispersión. Lo logró en 1936 cuando se agrupó en el Frente Popular porque le había visto las orejas al lobo germano.... y tampoco duró mucho. Hitler no llegó a la cancillería con mayoría absoluta, como cree mucha gente, sino sólo como primera fuerza. Si la izquierda alemana hubiera estado unida, no lo habría conseguido. Pero esa izquierda estaba enzarzada en una feroz guerra civil entre socialdemócratas y comunistas.

Existen ahora intentos de formar candidaturas de unidad

ciudadana y popular en las elecciones locales. Servidor, que vive en una ciudad gobernada durante lustros por los mismos con resultados que dejan mucho que desear, les da la bienvenida. Y se pregunta por qué muchos de los promotores de esas candidaturas se niegan a usar la misma fórmula en las elecciones autonómicas y legislativas.

Sectarismo se llama la figura. Un mal crónico de la izquierda, el reflejado en la escena del Frente Popular de Judea de la película de los Monty Python. Yo no apoyo a nadie con quien no esté de acuerdo al 100 por 100. Lo dice la chica que participa en el debate en el circo: “Un grupo antiimperialista como el nuestro debe reflejar las divergencias de intereses entre las bases”. Lo que nos lleva a que, si pudiéramos, habría tantas candidaturas de izquierdas como personas hay de izquierdas. O sea, millones.

(infoLibre, 11 de febrero de 2015)

NO CON MI DINERO



El periodismo merece ese nombre cuando no se deja embaucar por la palabrería de políticos y empresarios y, cual detective de novela negra, sigue la pista del dinero: de dónde viene y a quién va a parar. Si sale del bolsillo de los contribuyentes y acaba en el de Fulano o Mengano sin que se sepa muy bien a cambio de qué, hay tema, hay un pedazo de tema.

Permítanme recordar que el dinero público, cómo recaudarlo y cómo gastarlo, es uno de los cuatro pilares de la democracia, siendo los otros los derechos y libertades, la elección de los gobernantes y la separación de poderes. Aunque es verdad que en España se habla poco de este asunto en voz alta. Antes, quizá, por el pudor católico sobre estas cosas; ahora, sin duda, por el interés de los beneficiados, el establishment.

Por eso me ha gustado que, en el debate entre los tres aspirantes a la secretaría general del PSOE, se haya hablado de dinero. Pedro Sánchez acertó al citar como uno de los grandes errores recientes de su partido el no haber efectuado durante la primera legislatura de Zapatero una reforma fiscal

para que el peso de la recaudación no recaiga casi exclusivamente sobre las rentas del trabajo, mientras las del capital se van casi de rositas, y no haber puesto en pie una auténtica cruzada contra el fraude. Eduardo Madina dio un paso en la buena dirección cuando propuso importar el sistema británico de transparencia sobre el gasto público: la posibilidad de saber en apenas dos o tres clics en qué se gasta cada euro que pagamos los contribuyentes. Y José Antonio Pérez Tapia fue el portavoz de la sabiduría al decir que no se puede mantener el Estado de bienestar ni, en general, hacer políticas progresistas de gasto sin hacer políticas económicas y fiscales progresistas.

“Sigan las huellas del dinero”, les decía Garganta Profunda a los reporteros Woodward y Bernstein que investigaban Watergate. No hagan caso a las cortinas de humo politiqueras y vayan al grano: quién pagó, quién cobró y a cambio de qué.

El pasado año, charlé en París con Edwy Plenel, [director de Mediapart](#). Recordamos que las revoluciones democráticas americana y francesa del siglo XVIII nacieron, precisamente, por una cuestión de dinero: cuando una mayoría de ciudadanos se negó a pagar más impuestos a la Corona si ésta no reconocía a cambio la preeminencia en la vida pública de los principios de libertad e igualdad.

En el caso americano, todo comenzó cuando la Corona británica quiso imponer un nuevo impuesto sobre el té a sus colonias y éstas exigieron a cambio representación política en el Parlamento de Londres (No taxation without representatiton). En el francés, cuando Luis XVI convocó a los Estados Generales para que aprobaran nuevos impuestos con

los que paliar el déficit de las finanzas públicas. El Tercer Estado (burguesía y clases populares) proclamó de partida que sólo hablaría de ello si los otros dos (aristocracia y clero) aflojaban también la bolsa y si se comenzaban a aplicar en Francia las ideas del Siglo de las Luces.

Tiene razón Pérez Tapias: uno de los errores capitales de la socialdemocracia en los últimos lustros ha sido creer que podía ser progresista en el gasto sin serlo en el ingreso. La socialdemocracia asumió la interesadísima idea neoliberal de que rebajar los impuestos a las grandes fortunas y empresas es mano de santo para el crecimiento y la creación de empleo, y así fue tirando hasta que llegó la crisis y puso las cosas en su sitio.

Zapatero hasta declaró que bajar los impuestos es “de izquierdas”, sin que tan clamorosa ausencia de matiz encontrara demasiada replica entre los suyos. Rebajar los impuestos a las clases populares y medias es, efectivamente, de izquierdas, es justo y necesario; hacerlo de oficio, gratis et amore, a los ricos puede ser un suicidio. Tal fue el caso, entre otros, de la eliminación del impuesto de Patrimonio: recortó los ingresos en la crisis y obligó a concentrar la lucha contra el déficit en el recorte de servicios y prestaciones sociales.

La adopción por el periodismo español de los eufemismos politiqueros y empresariales ha sido uno de los elementos que han dañado su credibilidad. Hablemos claro: el sistema tributario español es confiscatorio para las clases populares y medias, que deben trabajar la mitad del año para Hacienda, a la par que convierte este país en un semiparaíso fiscal para los que miden sus ingresos en cientos de miles o millones de euros.

Una reforma fiscal progresista, basada en el principio clásico de que proporcionalmente debe pagar más el que más gana, debería ser una de las propuestas básicas de la socialdemocracia para la regeneración democrática de España. Quiero suponer que los equipos de los aspirantes al liderazgo del PSOE ya están trabajando en ello. Con calculadoras, por supuesto. Difícilmente puede el PSOE reconciliarse con el pueblo de izquierdas si no hace bandera de este asunto, y difícilmente puede ser creíble como partido de Gobierno si no aquilata al céntimo las ventajas y los inconvenientes de cada supuesto.

Termino: en el lado del gasto, los escándalos confirman que cientos de millones de euros salidos del bolsillo de los contribuyentes españoles se destinan a corruptelas, mamandurrias, privilegios y obras faraónicas. Es verdad que el Estado está hipertrofiado y una alternativa progresista debería insistir en la necesidad de hacerlo más pequeño, más eficaz y honesto, más centrado en lo esencial: la sanidad, la educación y la seguridad públicas.

Pero también es llamativo que el PP, tan neoliberal a la hora de desproteger al común de los mortales, gaste a manos llenas cuando se trata de sus propios dirigentes, sus amigos banqueros y empresarios, sus eventos y obras fetiche. Gürtel y el apoyo a “emprendedores” como Blesa, Rodrigo Rato y Díaz Ferrán desnudan la filosofía fiscal conservadora: sacarle el dinero a los de abajo para dárselo a los amigos de arriba.

El Gobierno y el Estado no tienen dinero: el que usan es siempre nuestro dinero, el de los ciudadanos que trabajamos y pagamos los impuestos honradamente. Estaría bien que la izquierda española lo asumiera: a la hora del ingreso y a la

hora del gasto.

(infoLibre, 9 de julio de 2014)

DINOSAURIOS DE PAPEL



Confiterías: en eso se convirtieron los quioscos españoles en junio de 2014 en lo que respecta a diarios impresos. Y ni tan siquiera podías escoger entre varios pasteles porque, como en los países pobres y totalitarios a lo Corea del Norte, sólo tenían uno: un merengue sobre Juan Carlos I y su sucesor, Felipe VI. A la largo de decenas de páginas, en forma de informaciones o de artículos de opinión, todos los diarios impresos de Madrid, y la inmensa mayoría de los de las demás ciudades españolas, repetían la misma cantinela empalagosa. Juan Carlos I era un titán que había traído la democracia a España, había abortado el golpe de Estado del 23 F y nos había regalado un extraordinario período de libertad y prosperidad. Además, lo había hecho solo o prácticamente solo (como ya se había muerto, se podía decir que Adolfo Suárez le había echado una manita). Felipe VI, por su parte, era un joven preparadísimo, felizmente casado y padre ejemplar, cuyo reinado iba a ser tan idílico o más que el de su padre.

Esa uniformidad norcoreana en el ditirambo confirmó la mala salud profesional y democrática de los diarios de papel

españoles, su conversión en productos previsibles, conformistas y aburridos, iguales en lo esencial los unos a los otros. A los más viejos del lugar ese esperpento nos hizo recordar un sarcasmo utilizado medio siglo atrás: claro que hay libertad de Prensa en la España de Franco, cualquiera puede escoger entre Arriba, Pueblo, ABC, Ya y La Vanguardia. Lo triste es que la comparación tenía su miga: la supuesta variedad de ofertas en papel de la Prensa diaria española de 2014 podía asemejarse a la de 1960, una mera cuestión de “sensibilidades” distintas dentro de un mismo régimen. En aquel caso, falangistas, tecnócratas, monárquicos, católicos y otras familias del franquismo; en éste, el arco que va desde el centro a la extrema derecha de la casta de políticos, banqueros, periodistas y empresarios que quiere perpetuar el sistema surgido de la Transición.

Desde El País a La Razón, pasando por La Vanguardia, El Heraldo de Aragón y La Voz de Galicia, la falta de pluralismo, originalidad y espíritu crítico en las semanas de la abdicación de Juan Carlos I y la coronación de Felipe VI fue clamorosa e irrisoria. Las redes sociales y los jóvenes diarios digitales subrayaron con jolgorio que, día tras día, las portadas de los dinosaurios de papel competían por ver quién era más pelota, más oficialista, más cortesano. El modelo periodístico que adoptaban era el de [la revista ¡Hola!](#).

Qué buenos eran Juan Carlos y su hijo, qué miradas de cariño y complicidad se dirigían Felipe y Leticia, qué bien estaba gestionando Rajoy la sucesión en el trono, que gran sentido de Estado el de Rubalcaba y Felipe González, qué adhesión tan sincera y profunda expresaba todo el pueblo español a la bandera rojigualda, la Constitución de 1978, la

sagrada unidad de la patria y la institución monárquica. ¿Expresaba? Las manifestaciones callejeras que solicitaban una consulta democrática para que todo el mundo pudiera manifestarse sobre esas cuestiones, eran reprimidas a porrazos por los antidisturbios. Los medios digitales independientes recordaban que más del 70% de los españoles no había aprobado en las urnas la Constitución: unos porque no habían nacido en 1978, otros porque aún no tenían la edad de votar, bastantes porque, aún teniéndola, se habían abstenido o votado negativamente.

Demagogia, populismo, chavismo, clamaban los diarios de papel. Lo hacían también al unísono, sin diferencias sustanciales entre la monotonía centrista de El País y la secular melopea del ABC. Resultaba, por cierto, curiosa y reveladora la compartida obsesión por el chavismo de los dinosaurios de papel. Tras las elecciones europeas del 25 de mayo, El País, que no había informado en absoluto durante la campaña sobre Pablo Iglesias y Podemos, se sumaba al TDT Party para advertirnos de que el Apocalipsis bolivariano estaba detrás de ellos. Aunque, como es mi caso, uno no haya simpatizado jamás con el chavismo, resultaba difícil creer al diario de Cebrián: ¿no fue el que publicó una portada sensacionalista con una foto falsa de un Chávez agonizante? ¿No tiene que ver su monomanía con la Venezuela bolivariana con cuestiones de negocios, la amistad de González y Cebrián con Carlos Andrés Pérez y sus herederos, la agenda compartida con Washington en cuestiones latinoamericanas, y otros asuntos más o menos inconfesables?

A la mayoría de los españoles ese empeño por

convencerles de que la mayor amenaza que pesaba sobre sus vidas era una posible importación del modelo chavista, les resultaba tan alucinante como cuando, una década atrás, se les dijo que el porvenir de la humanidad dependía de la eliminación a cualquier precio de Sadam Hussein. Como entonces, se les pedía un acto de fe: creedme, sé de lo que hablo, seguid al líder sin rechistar.

Los españoles estaban equivocados preocupándose por la situación económica, insistían los diarios de papel. Con disciplina –quien paga manda–, martilleaban la propaganda del Gobierno conservador: la recuperación estaba en marcha y nos esperaba, más pronto que tarde, un nuevo período de vacas gordas. ¿No estaban subiendo a tope los beneficios de los bancos y las grandes empresas? ¿No se contrataban camareros por días en las temporadas turísticas? ¿Que siguen despidiendo a asalariados fijos, que siguen bajando los sueldos, que la gasolina, la electricidad y el butano están por las nubes, que los impuestos os ahogan? ¡Demagogia, populismo, chavismo! Si no te gusta España, vete a Venezuela y verás lo que es bueno.

El argumentario del poder no ha cambiado demasiado en España con el paso de las décadas: sigue rechazando el debate racional, satanizando el pluralismo y no aceptando más que una forma, la patriótera adhesión incondicional, de pertenencia a la comunidad. Si no te gusta España, vete a la Rusia comunista, decían los de Franco.

Y así llegamos al verano de 2014. A tenor de lo que publicaban los diarios de papel, con una sucesión modélica en el trono de los Borbones, una Constitución que el mundo envidia y una recuperación económica que solo los resentidos

y los violentos dicen no percibir. Ahora bien, como los amos de esos diarios no son tan tontos como parecen, hasta anticipaban la posibilidad de que, como la mayoría de la gente no les hace el menor caso, se repita en las municipales y legislativas de 2015 lo de las europeas del 25 de mayo. ¿Que ni el PP ni el PSOE obtienen una mayoría suficiente para gobernar? No problem: los dos forman un Gobierno de Gran Coalición que defienda el statu quo y aquí paz y allí gloria. Como en Alemania, fíjate. Vayamos encargando artículos en esa línea: llama a Luis María Anson, llama a Javier Solana.

Sí, por supuesto, los dinosaurios de papel pierden lectores e influencia a chorros, pero eso no tiene nada que ver con los errores de sus esclerotizados dueños y directivos, eso no es culpa de la uniforme inanidad de sus contenidos: eso es culpa de Internet. Venga, hagamos otro ERE, despedamos a esos veteranos que aún quedan en plantilla, son tan protestones y resultan tan caros. Contratemos por cuatro perras a chavales que copien y peguen sin decir ni mú cosas que vayan encontrando en el ciberespacio, cosas de verdadero interés para los lectores. Como las tropelías del chavismo, el último informe de Goldman Sachs sobre la necesidad de rebajar aún más los sueldos y, para que se vea que somos modernos, la presentación de la nueva colección de Victoria's Secret.

¿Qué dice usted? ¿Que la crisis de los diarios impresos no es debida tan sólo al hecho de que Internet se haya incorporado a nuestras vidas cotidianas como el agua corriente o la electricidad? ¡Tonterías! ¿Cómo pretende usted saber usted más que nuestro consejero delegado que va tanto a Nueva York que hasta se ha comprado allí un apartamento con vistas a Central Park? ¿Dice usted que los diarios

impresos han perdido credibilidad? ¿Que el lector ya no se puede fiar de lo que publican? ¿Que, al insertarse en grupos multimedia y al endeudarse hasta límites insoportables, han dejado de ser críticos e independientes, han perdido interés y se han ido transformando en voceros de gobiernos, grupos bancarios y gigantes empresariales? ¿Que son sosos y conservadores, que no conectan con los sectores de la población más inquietos y dinámicos? ¡Demagogia, populismo, chavismo!

¡Lo que hay que oír! Que los dinosaurios de papel son insostenibles con esas cúpulas empresariales y directivas tan tremebundas y costosas. Que abaratar su producción despidiendo a periodistas rebeldes es una respuesta fácil y tontorróna. Que esos despidos deterioran aún más la calidad de su información, su análisis y su escritura, con lo que, en un espiral viciosa, siguen perdiendo lectores. Que al convertir su línea editorial en un permanente viaje a la derecha van dejando huérfanos a cientos de miles de lectores de la España progresista. Que, al igual que el PP y el PSOE, ya no representan a la mayoría de los ciudadanos de este país. ¡No tiene usted la menor idea de lo que está hablando!

Bueno, es posible que yo no tenga la menor idea de lo que estoy hablando. Quizá me equivoque de cabo a rabo cuando pienso que la crisis de los dinosaurios de papel no es una crisis del periodismo. Quizá diga un disparate cuando afirmo que el periodismo puede estar viviendo el nacimiento de una nueva edad de oro, solo que con otros modelos empresariales y profesionales y con una reordenación del papel respectivo de sus soportes -digitales, audiovisuales e impresos-. Quizá sueñe cuando veo que jamás en la historia de la humanidad

tanta gente había emitido tantas informaciones y opiniones como lo hace hoy a través de las redes sociales. Quizá me haya emborrachado de té con hierbabuena cuando constato que nunca habían surgido tantos diarios nuevos creados y dirigidos por periodistas como está ocurriendo ahora en España y en todo el mundo con los digitales.

Sí. Debo estar equivocado cuando pienso que Internet puede ser la pesadilla de las viejas empresas periodísticas del papel a la par que una herramienta fabulosa para los periodistas. Un instrumento que permite crear medios propios con poco dinero, ser independientes de los gigantes políticos y empresariales, dirigirse directamente a los lectores, informar y opinar con espíritu crítico y al servicio del bien común. ¿A costa de una mayor estrechez económica? Pues sí. Pero un periodista prefiere vivir sin mordaza que con un sueldazo, ¿no?

Terminemos: confieso que, aunque no chavista, soy un antisistema. Creo que el periodismo nació como un contrapoder ciudadano frente a los más ricos y más fuertes, que esa es su misión social. Los diarios de papel españoles han dejado de cumplirla y en el pecado llevan la penitencia.

(tintaLibre, julio de 2014)

CHAVES NOGALES Y EL “VIEJO OFICIO DE NARRADOR”



“Mi viejo oficio de narrador”: ésta fue la fórmula con la que, expatriado en París, Manuel Chaves Nogales definió el periodismo, el trabajo que se aprestaba a reemprender para varias publicaciones de América Latina. Todo lo auténtico e imperecedero que pueda decirse sobre el periodismo está en esas pocas palabras; el resto son debates bizantinos sobre el sexo de los ángeles, fugaz espuma de los días, ganas de marear la perdiz.

“Oficio”: una actividad tan humilde y necesaria como la del albañil o el bombero. “Narrador”: contador de historias – verdaderas en este caso–; no portavoz, copista o notario.

Acabo de ver [El hombre que estaba allí](#), un documental de apenas media hora sobre la vida de Chaves Nogales realizado por Daniel Suberviola y Luis Felipe Torrente. No soy quién para decir si debe o no ganar el premio Goya para el que compite en su correspondiente apartado. Permítanme, en cambio, que lo recomiende a todos los aprendices de periodistas. Es probable que les enseñe más verdades sobre este maravilloso ganapán que muchas horas de clase en las facultades.

Se dice muy pronto en el documental que Chaves Nogales se dedicaba a “mirar, ver y contar”: tal era su “oficio”. Es lo que el sevillano hizo en España, Alemania, la Unión Soviética, Francia y Reino Unido: ir a los lugares donde ocurrían cosas relevantes –en avión desde muy pronto, lo que era una novedad–; hablar con toda la gente a su alcance – desde el ministro de turno al campesino analfabeto víctima de sus políticas–; tomar notas de lo que veía y le decían, y procurar escribir una buena historia en su Underwood. Con la mayor rapidez y en el mejor castellano posibles.

Lo hizo el Nuevo Periodismo estadounidense de los años 1970, lo hace ahora la Nueva Crónica latinoamericana, pero también se ha hecho en España, aunque no se hable de ellos en los reiterativos coloquios sobre el porvenir del oficio y de la industria. Lo hizo Maruja Torres en los años 1980 y 1990, y lo hizo Chavez Nogales en los 1930 y primeros 1940. Entre otros, que conste.

El hombre que estaba allí reconstruye la vida de Chaves Nogales a partir de las no excesivas huellas que dejó de su paso por la tierra –artículos de periódicos, libros, fotografías y cartas– y de los testimonios de conocedores de su obra como María Isabel Cintas, Andrés Trapiello y Antonio Muñoz Molina. Suberviola y Torrente sólo han podido encontrar unas imágenes en las que se le ve en movimiento: una filmación en la que aplaude emocionado al primer presidente de la II República en el día de su jura del cargo. También han contado con la colaboración de Pilar, hija de Chaves Nogales, que, en un momento dado, dice: “Era republicano al cien por cien”.

Hijo de un redactor jefe del diario sevillano El Liberal,

reportero desde muy joven, autor de una biografía del torero Juan Belmonte, director del diario madrileño Ahora, fumador impenitente de cigarrillos Lucky sin filtro, vestido casi siempre con un traje de raya diplomática y una pajarita, Chaves Nogales ha sido citado en los últimos años como la encarnación de la tragedia de los ilustrados españoles que terminaron aplastados por el choque de trenes de los totalitarismos de los años 1930. Como un ejemplo más del infortunio de una prometedora república que terminó siendo arrasada por los malos vientos de la época en la que le tocó nacer.

Eso es cierto. Aunque tal vez, para atajar alguna que otra interpretación torticera que circula sobre Chaves Nogales, convenga citar las palabras pronunciadas en la BBC por su amigo Antonio Soto el día de su muerte, en Londres. Ese 9 de mayo de 1944, Soto contó que Chaves Nogales le había dicho: “Si los españoles abusan alguna vez de la libertad, démosles más libertad. Los males de la libertad sólo con libertad se curan”. Y también que el periodista estaba muy entristecido al intuir que iba a morir antes de poder ver “la derrota del fascismo”. No, amigos, Chaves Nogales no era un conservador. Era un liberal en el buen viejo sentido de la palabra, no el que le dan hoy algunos liberticidas de la derecha carpetovetónica.

Pero me interesa más el periodista, lo que su ejercicio del oficio nos puede enseñar. Por ejemplo, que en 1933 viajó a la recién estrenada Alemania nazi y acertó a contar en sus crónicas los componentes de antisemitismo, militarismo y doctrinarismo que la hacían tan peligrosa. No se limitó a reflejar la propaganda de color de rosa que el III Reich ofrecía

a los corresponsales extranjeros en el transcurso de afables y copiosos almuerzos en el Hotel Adlon. Al contrario, Chaves Nogales, periodista como hay que ser, sagrado con los hechos, libre y crítico en la visión, entrevistó a Goebbels, transcribió sus declaraciones e informó a sus lectores de que le había parecido un tipo muy peligroso, “de esa estirpe dura de los sectarios”, uno de esos fanáticos que “fusilarían a su padre si se les pusiera por delante”.

Chaves Nogales siempre practicó el reporterismo. Aún siendo director de Ahora, pasaba más tiempo viajando que en su despacho. Probablemente, porque intuía eso que Andrés Trapiello dice en El hombre que estaba allí: “Quien cuenta el mundo se cuenta a sí mismo”.

(infoLibre, 5 de febrero de 2014)

CIUDADANOS DEL PAÍS DE LA RISA



Al irlandés Jonathan Swift, autor de Los Viajes de Gulliver, le debemos, entre otras, esta ocurrencia: “Todos queremos vivir muchos años, pero ninguno quiere llegar a viejo”. En la edición del pasado marzo de la revista Mercurio, el escritor español Eduardo Mendoza cita esta frase como un buen ejemplo de esas ingeniosas constataciones de la realidad que caracterizan al humor británico.

La frase de Swift me ha venido a la cabeza tras ver [El culo del mundo](#), el documental de Andreu Buenafuente que se estrena este mes de abril en la gran y la pequeña pantalla. En un momento dado de ese documental, Buenafuente dice: “Los niños son los primeros y los más grandes cómicos”. El showman catalán medita un instante sobre el asunto, añade que a él le sigue gustando ser niño y termina preguntándose por qué un deseo semejante es tenido mayoritariamente como peyorativo.

La respuesta, querido Andreu, está en la aparente contradicción de la sentencia de Swift: a los seres humanos nos gustaría vivir setenta, ochenta, noventa, cien años, pero conservando nuestra alma de niño, sin que ésta envejezca y

se llene de arrugas. Ahora bien, tienes razón: no nos dejan. El modo ortodoxo de convertirse en adulto es renunciar al niño que fuimos, traicionarlo incluso. Para ser plenamente aceptado en la sociedad de los mayores, tienes que dejar de reír y de hacer reír.

Es ésta una de las renunciaciones que a los seres humanos se nos hace más cuesta arriba. De ahí que haya tanta gente que procure hacer caso omiso a esos pelmazos que identifican la seriedad con el aburrimiento, la responsabilidad con el semblante amargo y el trabajo con un valle de lágrimas. De ahí que, aunque ya no haga reír, tanta gente siga riendo.

También es verdad, querido Andreu, que en España la satanización de la risa es más acentuada que en otras partes, mucho más, desde luego, que en el mundo anglosajón. Allí se piensa y se practica aquello que escribió el filósofo y psicólogo estadounidense William James: “El sentido común y el sentido del humor son la misma cosa. El sentido del humor no es sino el sentido común bailando”

España produjo obras fantásticas de la literatura humorística como *El Libro de buen amor*, *La Celestina*, *El Lazarillo de Tormes* y, por supuesto, *El Quijote*, pero, en un momento dado, decidió –sus amos decidieron por todos– que la risa era banal y estúpida, en el mejor de los casos, o pecaminosa y subversiva, en el peor. En la citada edición de Mercurio, el escritor Antonio Orejudo se pregunta, parafraseando a Vargas Llosa, cuándo se jodió el Perú, cuándo se consagró en España el dogma de que la insipidez es sinónimo de calidad, la lobreguez de profundidad y el silencio de inteligencia. No lo sé, supongo que la maldición viene de lejos: debió comenzar con los Reyes Católicos y su

Inquisición, continuó con monarcas absolutos tan cenizos como Felipe II y Fernando VII, y se prolongó en el siglo XX con un caudillo tan plúmbeo y mortífero como el general Franco.

De lo que estoy seguro es de que Antonio Orejudo acierta cuando escribe: “En España la risa no gusta porque disuelve la impostura. Y disuelve también el miedo, la principal herramienta de todo poder para mantener su supremacía”. Reconozcamos que los Torquemada de ayer y de hoy tienen su parte de razón: la risa no sólo es saludable físicamente, sino intelectualmente. Por eso quieren prohibirla o, como mínimo, desprestigiarla: porque riega el espíritu crítico y alienta la rebelión.

Andreu Buenafuente (Reus, 1965) realizó el documental *El culo del mundo* a finales de 2012 y a lo largo de 2013. Estaba triste y desconcertado por el fracaso de su programa *Buenas noches y Buenafuente* en la velada de los domingos de Antena 3 (se emitió entre el 15 de abril y el 27 de mayo de 2012). Se preguntaba qué había hecho mal y, tras treinta años de carrera, hasta pensaba en dedicarse a otra cosa que no fuera el humor. No estaba seguro de que el humor fuera una herramienta adecuada de comunicación en un tiempo en que tanta gente lo estaba pasando tan mal.

El culo del mundo cuenta el viaje del regreso de Buenafuente a su Ítaca: el humor en televisión. Arranca con la visita que, tras el abrupto cierre del programa en Antena 3, Buenafuente le hace a un espectador que le ha enviado un correo electrónico de apoyo. Es Julián Traba y vive en la localidad argentina de San Nicolás de los Arroyos, a 12.000 kilómetros de distancia de la Península Ibérica: “en el culo

del mundo”, dice él mismo.

Buenafuente quiere saber por qué a ese argentino le gusta su humor, aunque esté basado en la actualidad española, y recibe una respuesta de infinita sabiduría. “A pesar de las diferencias culturales”, le dice Julián Traba, “los seres humanos somos más parecidos de lo que creemos”.

Eso da pie a Buenafuente para seguir su periplo en busca de lo que llama “ciudadanos del país de la risa”. En el documental van sucediéndose los testimonios de sus amigos cómicos: Berto Romero, José Corbacho, Jordi Évole, Chikilicuatre, Santiago Segura, El Gran Wyoming (“Yo creo que soy el peor presentador del mundo”), el dúo Gomaespuma, Leo Bassi, Concha Velasco... Charlando con unos y otros, Buenafuente va afilando una respuesta a su crisis personal y profesional: a la gente las desgracias le llegan de oficio, así es de dura es la vida, pero la felicidad que produce la risa hay que cocinársela y servírsela, no cae del cielo. Y alguien tiene que hacerlo.

El culo del mundo es la autobiografía de Buenafuente durante una travesía del desierto. Sorprendido por la cámara encendiendo un cigarrillo, Buenafuente reflexiona: “Escogí un mal momento para dejar de fumar”. Mal momento para dejar de fumar, probablemente; pero no para seguir ejerciendo el humor. Si España es el país de Torquemada, también es el de Berlanga. La resistencia española a esos inquisidores que quieren amargarnos aún más la vida siempre ha buscado, y encontrado, fisuras a través de las cuales expresarse en forma de humor.

¿Es casualidad que buena parte de la mejor información y el mejor análisis sobre estos tiempos sombríos se esté

haciendo en programas televisivos de humor como El Intermedio, en revistas satíricas como Mongolia, en los tuits que publica gente como @GerardoTC o en las viñetas de Forges y El Roto? ¿No fue el humor gráfico de El Papus, Hermano Lobo y Por Favor un gran espacio de expresión crítica en los años postreros del franquismo?

El humor hace reír y hace pensar. El humor es un mosquito necesario para la salud del cuerpo social. Woody Allen dijo una vez: “Le tengo envidia a los mosquitos: siempre mueren entre aplausos”.

(tintaLibre, abril de 2014)

LA SEGURIDAD ES DE IZQUIERDAS



En la noche del martes 5 de noviembre, El Gran Wyoming reivindicó en El Intermedio que la misma seguridad jurídica que Rajoy pide para las grandes empresas españolas en América Latina se aplique a los ciudadanos españoles en todas y cada una de las facetas de su vida cotidiana. Cambiar las reglas de juego en mitad del partido no es de recibo, recordó. En el minuto 70 de una final del Mundial de Fútbol, el árbitro no puede decretar que a partir de entonces todos los jugadores, y no sólo el portero, podrán tocar el balón con las manos.

El presentador de El Intermedio glosaba así la decisión del ministro Wert de retirarles las becas Erasmus a los universitarios españoles que ya estaban estudiando en el extranjero, tropelía a la que el Atila de la educación pública tuvo que renunciar de mala gana tras el escándalo provocado en España y en la Unión Europea.

El comentario de Wyoming me pareció no solo pertinente sino de gran calado. Llevo ya algún tiempo pensando que la izquierda del siglo XXI debería enarbolar sin complejos la idea de la seguridad en su objetivo de reconquistar ideológica y

políticamente a las clases populares y medias. Aunque el estereotipo de los últimos dos siglos le regale a la derecha esta bandera tan popular, la realidad de los últimos tiempos permite afirmar que los conservadores proponen a la inmensa mayoría de la población la existencia azarosa, arriesgada, letal para muchos de la jungla primigenia. El triunfo mundial de la visión conservadora anglosajona implica la ley del más fuerte.

No cabe duda de que las izquierdas libertaria y socialdemócrata, aquellas que me han influido, son adalides frente a las derechas de cualquier pelaje de las ideas de libertad, igualdad y fraternidad expresadas por la Revolución Francesa (las surgidas del leninismo son harina de otro costal). Incluso hoy, los sondeos asocian a los progresistas con mayores derechos individuales y colectivos, mayor solidaridad y mayor protección social. Esos mismos sondeos identifican a los conservadores con mayor crecimiento económico y mayor seguridad.

Ahora bien, ¿puede afirmarse hoy que el gobierno conservador aporta mayor seguridad a las clases populares y medias? Mi respuesta es una rotunda negativa. En España, en Europa, en Estados Unidos, en todas partes, el gobierno conservador supone hoy mayor inseguridad en el trabajo (despido rápido, fácil y barato); mayor inseguridad ante el desempleo, la enfermedad y la vejez (recortes masivos de las prestaciones sociales); mayor inseguridad ante la competencia económica desleal del exterior (dogmas del libre comercio y la sacrosanta globalización que favorecen a los productores asiáticos que carecen de unos mínimos estándares salariales, sociales y medioambientales); mayor

inseguridad de los depósitos bancarios ante el delirio codicioso de patronos y directivos (desregulación del sector financiero); mayor inseguridad ante las catástrofes tecnológicas y naturales (defensa numantina de la energía nuclear y negacionismo del cambio climático); mayor inseguridad en la propiedad de la vivienda (desahucio brutal ante el impago de cuotas de hipoteca); mayor inseguridad ante las violaciones gubernamentales de la privacidad (escándalo del espionaje de la NSA estadounidense) y hasta mayor inseguridad frente a la delincuencia común (privatización de la acción preventiva policial).

Desvanecido el miedo a revoluciones comunistas, triunfante el liderazgo anglosajón, las derechas llevan varios lustros desmontando las barreras de seguridad establecidas por el New Deal de Roosevelt tras el crack de 1929 y por la democracia cristiana y la socialdemocracia europeas tras la II Guerra Mundial. La actual crisis, originada por la desaparición de esas barreras en los sectores financiero e inmobiliario, les está sirviendo para completar la tarea.

Lo vivo en mis propias carnes: el árbitro me ha cambiado las reglas de juego en el tramo final del partido. Me despidieron con unos criterios y una indemnización que no eran los pactados durante los 30 años que trabajé lealmente en la empresa. Me acerco a los 60 años de edad, pero, como la liebre de las carreras de galgos, la edad de jubilación también se va moviendo hacia delante (¿los 67, los 70, la muerte?), a la par que el tamaño de la hipotética pensión va encogiéndose. Intenté darles una buena educación a mis hijas para ver que hoy deben escoger entre un salario de mierda con un contrato precario o la emigración al extranjero.

El poder económico y sus representantes políticos –la totalidad de la derecha y cierta parte de la izquierda– han roto unilateralmente el contrato social. Aquí, allá y acullá. El Estado no nos transmite la menor seguridad; al contrario, es fuente permanente de incertidumbre, zozobra y malas noticias. Como el asunto de las becas Erasmus ha ejemplificado por enésima vez, los gobernantes no se cortan un pelo incluso a la hora de violar el elemental principio de civilización que dice que no pueden aplicarse leyes o decretos con efecto retroactivo.

Aquellos que no podemos pagarnos seguratas, coches blindados y mansiones convertidas en fortalezas, aquellos que no podemos permitirnos abogados de 1.000 euros la hora, aquellos que no tenemos en nuestra lista de favoritos en el móvil los teléfonos de ministros, jueces, banqueros, grandes empresarios y dueños de gigantescos medios de comunicación, vivimos en la mayor inseguridad que se haya conocido en Occidente desde la muerte de Hitler. Por eso pienso que la idea de seguridad es hoy más de izquierdas que en ningún otro momento de mi existencia y desearía que la izquierda la izara como bandera.

Tampoco soy original en esto. En [Pensar el siglo XX](#) (Taurus, 2012) Tony Judt hizo esta reflexión: "En el mundo cada vez más abierto de hoy en día, en el que ningún gobierno ni ningún individuo puede garantizar que está libre de competencia o amenaza, la seguridad se está convirtiendo en un bien social por derecho propio. El cómo proporcionar esa seguridad, y con qué coste para nuestras libertades, va a constituir una cuestión crucial en este nuevo siglo."

A la izquierda le está costando entenderlo, como si la

palabra seguridad le despertara complejos. Pero no tendría por qué ser así. Lo progresista es reivindicar la seguridad pública frente a la seguridad privada; la seguridad ciudadana frente a la ley del más fuerte; la seguridad social frente al que cada cual se busque la vida; la seguridad en el trabajo frente al yo despido a quien me sale de las narices; la seguridad garantizada colectivamente frente al desempleo, la enfermedad, la incapacidad y la vejez; la seguridad de los ahorros frente a los pícaros de las preferentes; la seguridad en las comunicaciones privadas frente al intrusismo de los espías... En una palabra, la seguridad en el contrato social.

(infoLibre, 7 de noviembre de 2013)

EL OXÍGENO DE LAS AMÉRICAS



En estos tiempos en que miles de españoles viajan a América Latina en busca de trabajo, recuerdo con tristeza los mezquinos comentarios con que algunos de nuestros compatriotas –pocos, ciertamente, pero vocingleros y mal encarados– estigmatizaban hace apenas un lustro a los extranjeros que llegaban aquí a hacer exactamente lo mismo. Ecuatorianos y dominicanos, rumanos y marroquíes, decían esos tipejos, desembarcaban en España para robarle el empleo a los nativos y abusar de sus servicios escolares y sanitarios. Pues bien, ¿nos gustaría que hoy se tratara así a aquellos de nuestros hijos o hermanos que van a México, Chile o Ecuador para intentar encontrar el ganapán mínimamente digno que España no puede asegurarles? Sin duda no nos gustaría.

América Latina es tan generosa que, afortunadamente, no se escuchan allí esos reproches de taberna facha. Contamos con numerosos testimonios de españoles que informan de la naturalidad y simpatía con que mexicanos, chilenos, ecuatorianos, colombianos o venezolanos reciben a los nuevos emigrantes españoles. Tendrán o no trabajo que

ofrecerles, que en esos países tampoco se atan los perros con longanizas, pero la recepción es, desde luego, fraternal. Como en tantos otros momentos de la historia de la América Latina independiente.

En este número de tintaLibre, [Héctor Abad Faciolince](#) publica la maravillosa carta de amor a la relación hispanoamericana que leyó hace tres años en Madrid, con motivo del festival Viva América. Lamentaba entonces el periodista colombiano ese aire de nuevo conquistador jactancioso que cierta España había adoptado en relación a América Latina, y recordaba que un sentimiento semejante jamás se había hecho camino en la otra orilla del Atlántico. Esas reflexiones son aún más vigentes con la caída de España en una profunda crisis, uno de cuyos corolarios es que América Latina vuelve a ser tierra de promisión.

Es curioso: mi generación trabajó muy duramente para incorporar España a Europa, pero ahora una Europa crecientemente germanizada se está convirtiendo en un corsé insufrible. De ahí nos vienen reproches no siempre justificados y exigencias despiadadas. En cambio, el oxígeno nos llega mayormente de las Américas. De un Estados Unidos que propone políticas económicas expansivas, políticas que promuevan el crecimiento y el empleo y no ahoguen al enfermo con una austeridad fundamentalista. Y de una América Latina que mantiene sus puertas abiertas a nuestros emigrantes jóvenes o veteranos... y a nuestros artistas, como narra magníficamente El símbolo y el cuate, el documental de Francesc Relea sobre la última gira latinoamericana de Joan Manuel Serrat y Joaquín Sabina.

Entrevisté en París a François Mitterrand poco antes de su

muerte. Se me quedó grabado un comentario que hizo al final del encuentro, ya en las despedidas. Hablando de los muchos esfuerzos que tenía que hacer Francia para intentar seguir manteniendo su influencia política, cultural y lingüística en el mundo, Mitterrand concluyó suspirando esta frase: “Ah, si nosotros pudiéramos contar con una América Latina...” El presidente francés envidiaba la relación privilegiada de España con América Latina, era consciente de que eso le da al viejo tronco ibérico un espacio inmenso donde expandir sus ramas, algo de lo que carece Francia.

Amor América fue el título que [Maruja Torres](#) le puso a un gran libro periodístico. Me encanta esa fórmula, y pienso que no estaría de más que los españoles no nos limitáramos a recibir el amor de nuestros parientes americanos, sino que también se lo expresáramos. Cosa que, por cierto, hicieron Serrat y Sabina en su gira.

(tintaLibre, octubre de 2013)

WE LOVE CATALUÑA/YA



De vivir en Cataluña, no me gustaría pertenecer a esa España casposa, marrullera y corrupta representada por buena parte de nuestro actual establishment (esa España, de hecho, no me gusta ni aun viviendo en su fortaleza de Madrid). Puedo comprender la frustración de mis amigos catalanes ante la triste evolución en los últimos años tanto del conjunto de España como de las relaciones entre Cataluña y el resto de España. Si España se ha ido degradando moral, política y económicamente, dando manifiestas muestras del agotamiento del modelo de la Transición, sus relaciones con uno de sus componentes esenciales, Cataluña, también han ido de mal en peor. Desde el tijeretazo de una cuadrilla torera de jueces a un Estatut votado por dos parlamentos y la ciudadanía hasta el delirante propósito del ministro Wert de “españolizar” a los niños catalanes, pasando por la estigmatización sistemática de lo catalán que practica cierta derecha política y mediática rojigualda, todo es irritante.

Pero también hay otras Españas distintas de la hoy nuevamente hegemónica, Españas tan viejas y auténticas como la que más, Españas ilustradas, tolerantes y pluralistas

que siempre han tenido uno de sus pilares en lo mejor de Cataluña. Algunos de mis amigos catalanes señalan que, ante la colisión frontal de los nacionalismos españolista y catalanista, se han escuchado pocas voces de esas otras Españas proponiendo algo distinto. Tienen razón: el federalismo, la fórmula que mejor sirve para la pluralidad española -y, dicho sea de paso, para la europea- no ha contado con mucha gente que lo propusiera abiertamente en Madrid.

En esas ocasiones en las que pienso que, de vivir en Cataluña, la presente España oficial aún me gustaría menos de lo que me gusta, también me digo que no estaría tan seguro de que la independencia sea la solución. Y no sólo por los follones que conllevaría (qué pena que el único principal argumento del Madrid oficial contra el independentismo sea evocar amenazadoramente todo tipo de catástrofes). También porque supondría un doble desgarramiento traumático: entre los catalanes que piensan una u otra cosa, y el de los catalanes con el resto de los españoles.

Y, además, qué carajo, no me gusta nada el proyecto de Cataluña independiente que, a tenor de sus hechos, tiene en la cabeza su derecha: una especie de gran Andorra de economía ultraliberal, paraíso fiscal para los pudientes, corrupción de sus líderes, escasos servicios sociales, religiosidad hipócrita, insolidaridad con los de fuera y denigración de los inmigrantes oscuros y los ciudadanos de comunidades meridionales como la andaluza.

No sería independentista. El derecho individual y colectivo a las múltiples identidades me parece básico para que el siglo XXI camine por la senda de libertad abierta por la Ilustración

y las revoluciones norteamericana y francesa. Me siento granadino, andaluz y español, europeo, mediterráneo y meridional, latino, hispano y ciudadano del mundo, y no veo razón alguna, excepto la voluntad uniformadora de los fundamentalismos políticos, religiosos o nacionales, para tener que escoger entre alguno de esos ingredientes de mi personalidad. Así que creo que el federalismo, la negativa a tener que escoger entre papá y mamá, sigue siendo la fórmula. ¿Que para ello debe reformarse la Constitución? Por supuesto, el sucedáneo del autonomismo ya da para poco.

Voy más lejos: la Constitución debería reformarse sin tardanza para eso y para muchas otras cosas. Incluso cabría, por qué no, abrir un nuevo proceso constituyente. Quizá esa fuera la tarea que podría volver a reunirnos fraternalmente a millones de ciudadanos de uno y otro lado del Ebro, la tarea de evitar un doble desgarró construyendo una nueva Cataluña en una nueva España.

(tintaLibre, septiembre de 2013)

MARCA ESPAÑA: LA PATRIA ES EL NEGOCIO



Me molesta esa fórmula de “marca España” que usan tantos pijos de nuestra derecha política y mediática. Me molesta y, debo añadir, me preocupa.

Contemplé al principio lo de “marca España” como otra demostración de que los hijos de papá aún pueden ser más bobalicones tras su paso por una Business School: aquello era una gilipollez comparable a su empleo de palabrejas en inglés para demostrar una formación anglosajona, o de polos con la banderita rojigualda para ir a navegar o jugar al golf. Si a los cachorros del nacionalismo españolista les parecía fashion eso de ponerle a un país el calificativo de “marca”, allá ellos, cada cual es dueño de hacer el ridículo como le apetezca.

He ido comprendiendo, sin embargo, que el asunto tiene mayor calado. El medio es, en efecto, el mensaje; así que al emplear la fórmula manifiestamente mercantil de “marca España” los pijos nos están diciendo con claridad cuál es su visión de la cosa pública: España es un producto comercial, algo que se compra y se vende, un negocio con posibilidades, un modo de ganar dinero en el “mercado global”. Lo que para sus bisabuelos era un cortijo de propiedad exclusiva y

patrullado por una Guardia Civil que mantenía a raya a los jornaleros, ahora es una “marca”, o sea, según la definición de la RAE, “un distintivo o una señal que el fabricante pone a los productos de su industria, y cuyo uso le pertenece exclusivamente”.

No es, pues, tan inocente el uso de la fórmula “marca España” por parte del Gobierno de Mariano Rajoy. Como no lo era el que sus abuelos políticos e ideológicos lanzaran al mundo en los años 1960 lo de Spain is different. Ante los turistas franceses, británicos o alemanes, el lema de Fraga pretendía justificar el que España no fuera entonces una democracia. Medio siglo después, el derechismo españolista se ha puesto al día en la aceptación de algunas de las formas de la democracia y, sobre todo, en la adopción de la palabrería del neoliberalismo anglosajón y de sus escuelas de negocios. Lo de “marca España” es su actual avatar.

La cosa tiene poco recorrido. Del mismo modo que el liberalismo de mamandurria de la derecha aznarista es improductivo, se limita a la rapiña privada de todo lo público, la “marca España” solo sirve para dar puestos de trabajo a costa del contribuyente a algunos amiguetes. Como acaba de contar aquí mismo Luis Arroyo, las empresas españolas verdaderamente presentes en el “mercado global” no necesitan el supuesto refuerzo que representaría la llamada “marca España”, ya se valen por sí mismas. Y si por “marca España” se entiende la imagen internacional de este país, ahora mismo está asociada, como es lógico y natural, con un paro descomunal y una corrupción política y empresarial tan generalizada que alcanza a la monarquía, el Gobierno y la patronal.

En su artículo, Luis Arroyo ha recordado nuestra participación como enviados de La Moncloa de ZP en una o dos reuniones sobre el asunto de la “marca España”, a mediados de la pasada década. Aquello ya estaba en marcha, debía haber surgido en los años del aznarato en el seno de algún think-tank derechista. Pretendía reforzar con dinero – público, por supuesto– la promoción de la imagen de Nuevos Conquistadores que, sin complejos, encarnaban en su expansión por América Latina algunos ejecutivos engominados próximos a Aznar y los suyos.

No deje de expresar en aquellas reuniones mi visión de España como una nación plural cuyo mejor modelo de Estado sería el federal, y que aunaba dos elementos maravillosos: un peso histórico y cultural en el mundo muy superior a su tamaño, su población y su riqueza, y una juventud de espíritu en buena parte de su ciudadanía que la hacía pionera tanto en ampliación de derechos y libertades –se estrenaba entonces el matrimonio gay– como en sectores industriales destinados a tener una gran importancia en el siglo XXI, y ahí estaba, entre otros, el de las energías alternativas. A alguno de nuestros interlocutores, que más bien pensaba en una España centralista y castellanista dedicada a lo de siempre – poner ladrillos, servir paellas y chupar del bote– debí parecerles rarísimo.

El asunto quedó entonces estancado. Más de un lustro después, sonreí al ver reaparecer la fórmula “marca España” con el advenimiento del marianismo; bromeé al ver que ponían a su frente a alguien tan casposo como Espinosa de los Monteros; me indigné cuando quiso utilizarse para tapar noticias y ahogar protestas, y no me extrañé cuando, hace

una semana, [el número dos del engendro insultó castizamente en Twitter a los catalanes.](#)

El medio es el mensaje; el esperpento siempre cuenta algo profundo en nuestro país. En el caso del de la “marca España”, el mensaje es el siguiente: la patria es nuestro negocio.

(infoLibre, 27 de agosto de 2013)

LIBERALES DE MAMANDURRIA



Se les llena la boca exaltando la empresa privada, fuente inagotable, dicen, de riqueza y empleo, pero hacen fortunas apegados a las ubres públicas, de las que despotrican hasta el vómito. Son una peculiar subespecie de la actual y nutrida picaresca española a la que podríamos denominar liberales de mamandurria, auténticos artistas de la contrata, la concesión, la adjudicación, la recalificación, el pelotazo y el crédito rápido y barato al compadre; peritos en el uso y abuso de cualquier instrumento legal o paralegal que les permita llevarse a las arcas propias la pasta de los contribuyentes o los depositantes.

Pongamos que hablo de Madrid. Pongamos que hablo de gente como Gerardo Díaz Ferrán, Arturo Fernández, Miguel Blesa y compañía.

A los liberales de mamandurria madrileños les fue muy bien al amparo de su lideresa política, Esperanza Aguirre, la Margaret Thatcher chulapa. Ellos eran los modelos de emprendedores ensalzados por el aguirrismo, esa castiza mezcla de palabrería económica liberal con saqueo del patrimonio y las rentas públicas, esa supuesta modernidad

ideológica -el anti-Mayo del 68, dicen- que rezuma el patrioterismo, el autoritarismo y el celo de censor más rancios. Sí, ellos, los Díaz Ferrán, Arturo Fernández, Blesa y compañía eran los titanes de la prosperidad madrileña; de ellos había que aprender, a ellos había que apoyar. Con sinecuras si era menester.

Ahora Díaz Ferrán y Blesa duermen en la cárcel, Arturo Fernández sale en las noticias como presunto defraudador y muchos otros de estos pícaros carpetovetónicos de cuello blanco aparecen en los sumarios de Gürtel y Bárcenas.

Vivir de lo público como un pachá privado no es nuevo, por supuesto; lo nuevo de los liberales de mamandurria es pretender ser muy modernos con un discurso permanente contra lo público. Ay, qué felices fueron el día que descubrieron el neoliberalismo anglosajón en algún editorial del Financial Times que les tradujo un yerno políglota; qué alborozo el suyo el día en que el PP de Aznar lo adoptó como doctrina oficial de la derecha española y comenzó a promover la carrera política de Esperanza Aguirre.

Hace diez años una sombra les ocultó por un momento el velazqueño cielo primaverl de Madrid. Un socialista llamado Rafael Simancas iba a arrebatarse a Esperanza Aguirre la presidencia de la Comunidad para la que estaba predestinada por el mismísimo Aznar. Millones de beneficios en materia de ladrillo iban a evaporarse si el mindundi llegaba a la Puerta del Sol y cumplía su promesa de terminar con la especulación inmobiliaria. La conjura que lo impidió se llamó tamayazo y de ella informa el número de junio de tintaLibre.

Reaparecido el cielo despejado, prosperaron los negocios. Se abolió el impuesto de Patrimonio; los empresarios del

ladrillo construyeron por todas partes; la Caja Madrid de Blesa y Rodrigo Rato dio prestamos a manos llenas; la trama Gürtel interpretó el Padrino en Pozuelo y otros municipios; llovió un maná de dinero de los contribuyentes sobre escuelas y hospitales privados; Díaz Ferrán montó a crédito un imperio empresarial y se hizo con el caudillaje de la patronal española; su concuñado Arturo Fernández ganó un pastizal con la concesión de restaurantes de instituciones públicas...

Entretanto, desde la controladísima televisión pública madrileña, algunos presentadores y tertulianos, propagandistas del aguirrismo, oliéndoles el aliento a whisky y cocido, despotricaban de lo público. Eso sí, pagados, muy bien pagados, por los contribuyentes.

Ninguno de ellos creó patentes, industrias, servicios nuevos. No, lo de inventar seguía siendo cosa de extranjeros. Pasado el momento de la palabrería, a la hora del negocio real, los liberales de mamandurria iban a lo de siempre: el ladrillo, el turismo y la hostelería y hasta los toros. Agradecidos, devolvían sobres a sus protectores políticos. A la Fundescam, la fundación que financiaba las campañas de Aguirre. Al señor Bárcenas, de la calle Génova.

Jaleado por un diario madrileño de centroderecha, el liberalismo de mamandurria de Aznar y Aguirre vuelve a ofrecerse ahora como alternativa al liderazgo del flojeras de Rajoy en las filas conservadoras españolas. Su programa es el de siempre: más desregulación, más privatizaciones, menos impuestos para los ricos y las grandes empresas. Qué felicidad: podemos volver a soñar con un futuro rosa de nuevas burbujas. Como, por ejemplo, la de ladrillo, tabaco,

alcohol y putas prometida por Eurovegas a Madrid, donde el aguirrismo sigue reinando, a través ahora del sucesor designado a dedo, Nacho González.

¿Y qué pensará de todo esto Díaz Ferrán desde la cárcel de Soto del Real? Porque, sí, ahí duerme ahora este genio que compró una aerolínea por un euro para relanzarla luego con dinero público, el que pedía abaratar el despido mientras le soltaba 1'9 millones de euros a su número dos en la patronal, el que decía que los españoles debían trabajar más y ganar menos, el que reconocía que jamás compraría uno de sus dudosos billetes de avión, el que soltaba que Esperanza Aguirre era “cojonuda”.

¿Qué rumiará Arturo Fernández? No el actor, sino el concuñado de Díaz Ferrán, el amigo de Aguirre y Nacho González, el presidente de la patronal madrileña, el empresario acusado el pasado febrero de pagar en negro a parte de sus trabajadores. “¿Debo a la Seguridad Social? Pues sí, a mucha honra”, soltó. Genio y figura, liberalismo auténtico el de este hombre: los impuestos y las cotizaciones sociales son para los pobres; los ricos deben quedar exentos de esas cargas, faltaría más. Qué pena que los enchufes empañen tan acrisolado liberalismo, que el grueso de sus negocios consista en la explotación de servicios de restauración en la administración del Estado, que su imagen de marca con el cazador decore los comedores del Congreso de los Diputados, la Asamblea de Madrid, IFEMA, el ICO, RTVE...

¿Cuáles serán los pensamientos del atildado Blesa, puesto al frente de una entidad financiera pública, Caja Madrid, por su compañero de pupitre Aznar? Él, que fue tanto en el

liberalismo de mamandurria madrileño, también duerme ahora en la cárcel de Soto del Real. No lejos de Díaz Ferrán, al que nunca negaba unos millonajes a crédito, aunque aún no hubiera devuelto los anteriores. Que el amigo Gerardo necesita una ayudita, pues, adelante, claro está. ¿Son suficientes 26 millones de euros? ¿Sí? ¡Hágase!

“Se tienen que terminar los subsidios, las subvenciones y las mamandurrias”, proclamó Esperanza Aguirre en 2012, poco antes de cederle a su querido Nacho González el despacho presidencial de la Puerta del Sol, y tras dos décadas de no haberse apeado de un coche oficial pagado por los contribuyentes. Está claro, doña Esperanza, las mamandurrias se tienen que terminar -se están terminando ya- para los pobres. Pero las destinadas a coleguitas son otra cosa: son creación de riqueza y empleo, puro liberalismo en acción. ¡Olé, olé y olé, Lideresa!

(infoLibre, 11 de junio de 2013)

¿Y SI HABLAMOS DE LA III REPÚBLICA?



Hasta hace bien poco, la mera sugerencia de la posibilidad de abrir un debate sobre una III República española ante gente del establishment político y mediático madrileño, te valía recibir una mirada entre extrañada y conmisericordiosa, cual si estuvieras loco de atar. Incluso -sobre todo- si eran políticos, periodistas o intelectuales orgánicos de la Vieja Guardia felipista.

Si alguien se dignaba justificar las razones de semejante veda a lo que tú solo proponías como un ejercicio intelectual, cuatro argumentos salían a colación: el asunto había quedado zanjado en la Transición; la monarquía era eficaz en un país tan complicado como España; la monarquía salía barata, y, last but not least, Juan Carlos I se había ganado el derecho a reinar en paz por su decisivo papel en el paso del franquismo a la democracia y su actuación el 23-F.

Ocurre, sin embargo, que en la Transición no hubo un debate ciudadano democrático sobre monarquía o república. La correlación de fuerzas era aplastantemente favorable a las fuerzas conservadoras, y éstas dejaron clarísimo que, sin la monarquía de Juan Carlos I designada por el general Franco,

no permitirían que los españoles disfrutaran de un mínimo de libertades y derechos. En semejante tesitura, no había más remedio sensato que aceptarlo.

Y ocurre asimismo que la monarquía -con el caso Urdangarín, cacerías como la de Bostwana, los enredos de Corinna y lo que aún no sabemos- se ha convertido ahora en un problema en sí mismo, en un lío más en la complicada España. Y ocurre también que, por lo que vamos sabiendo, no es tan barata: al presupuesto de la Casa Real públicamente conocido cabría añadirle muchos otros millones de euros desembolsados por diferentes departamentos gubernamentales. Y ocurre también que, con sus reiterados errores, Juan Carlos I ha dilapidado el capital que acumuló en la Transición y el 23-F. Y esto último ante los ojos de los que peinamos canas, porque jamás tuvo ese capital para aquellos -los más de los españoles- que nacieron con Franco ya en la tumba, y, por ello, ni vivieron aquellos años convulsos ni, dicho sea de paso, tuvieron la oportunidad de votar la Constitución que rige sus vidas.

Empezamos a ser unos cuantos los que, si hace unos años mencionábamos lo de la III República como mero ejercicio intelectual, comenzamos a pensar que el cambio en la forma de Estado -la incorporación a España de una fórmula republicana que funciona bien en Estados Unidos, Francia y Alemania- pudiera ser la clave de bóveda de la regeneración, reforma, reconstrucción, renacimiento, como ustedes quieran llamarle, que precisa la manifiestamente mejorable democracia española.

¿Y si se dejara de satanizar a aquellos que dicen que la Transición estuvo bien en su momento, pero que han pasado

casi cuarenta años y éste es otro mundo, un mundo que protagonizan nuestros hijos, jóvenes que no han conocido a Franco y Tejero, no han vivido en la Guerra Fría y han crecido con la televisión, los teléfonos móviles e Internet? Thomas Jefferson decía que la idea que una generación puede imponer sus reglas de convivencia a las siguientes para siempre jamás es arrogante y autoritaria.

España no saldrá de su crisis económica sin otro modelo productivo, sin encontrar qué es lo que puede producir para el mercado global que tenga buena demanda, sea de calidad y salga a precio razonable. España pide a gritos una mejora de su sistema de Justicia. España necesita reglas durísimas contra la corrupción política, la especulación financiera e inmobiliaria y el compadreo entre gobernantes y grandes empresarios y banqueros. España no ha resuelto sus querellas territoriales y bien podría ensayar un verdadero sistema federal. España tiene una ley electoral inicua que favorece el bipartidismo a nivel general y el nacionalismo en determinadas comunidades, dificultando el acceso al Parlamento de terceras fuerzas.

España tiene muchos y graves problemas. Desde los cimientos al tejado, su edificio presenta grietas y goteras por todas partes, no pocas estructurales. Por mucho menos hay gente en Francia que, a raíz del affaire Cahuzac, está sugiriendo pasar de la V a la VI República.

De modo que quizá no sea tan lunático sugerir que las grandes reformas que precisa esta gran nación de naciones podrían tener como clave de bóveda la idea de una III República.

Intuyendo lo que puede venir, los conservadores más

listos del centroderecha y el centroizquierda comienzan a pedirle a Juan Carlos que, en aras del porvenir de la monarquía, abdique en su hijo. Bueno, en ese caso, tal vez podríamos debatir entre una II Monarquía Constitucional y una III República. Eso estaría a la altura de nuestros males y a la altura de lo que reclaman y merecen nuestros hijos.

(infoLibre, 14 de abril de 2013)

DE CANTINFLAS AL ESPÍRITU SANTO



Dice el ministro Fernández Díaz que está en contra del matrimonio entre homosexuales porque “no garantiza la pervivencia de la especie”. Cáspita, no sabía yo que la pervivencia de la especie estuviera en peligro por falta de capacidad reproductiva. Del cambio climático había oído hablar, ciertamente, pero no de eso que sugiere ese señor. En realidad, pensaba que era más bien lo contrario, que teníamos un problema de sobrepoblación: cuando yo estudiaba en el colegio, 3.000 millones de seres humanos habitábamos el planeta, ahora somos más de 7.000 millones. Sí, lo sé, soy madurito, pero, aún sí, 4.000 millones de nuevas almas (y bocas) me parece una cifra portentosa para medio siglo y pico. No diría yo que el ser humano esté en riesgo de extinción por falta de nacimientos.

Pero, bueno, aceptémosle el argumento a Fernández Díaz. ¿Qué tiene que decir en ese caso de los curas y las monjas, del mismísimo Papa? Vale, algún hijo deben producir, pero imagino, quiero imaginar, que no tantos como los seculares. ¿Se pronuncia también ese señor contra el celibato, el voto de castidad y todo eso? He buscado en Google y no he

encontrado que lo haya hecho. Lo confieso: me produce perplejidad.

Si no fuera porque ni tan siquiera creo en eso, diría que vivimos tiempos milenaristas. Cantifladas como la de Fernández Díaz, o como las que sueltan a diario sus inefables compañeros Cospedal y Floriano, no dejan de ser hasta coherentes en una peña que procede intelectualmente de Pepe Isbert en el papel de alcalde de Villar del Río. Pero ¿qué me dicen de la dimisión del Papa? Si eso no es un augurio del próximo fin de los tiempos, ¿qué puede serlo?

Me sorprende que la parroquia católica haya aplaudido tanto y con tanta unanimidad a Benedicto XVI. Quizá es que son pelotas hasta cuando el jefe actúa en contra de los fundamentos del negocio.

¿Dónde están los teólogos que planteen los aspectos cruciales del caso? Por ejemplo, ¿la infalibilidad del Papa es divisible y/o compartible? ¿Se comunicará simultáneamente el Espíritu Santo con el nuevo Pontífice y con el ex? ¿Habrá alguna ceremonia secreta en la que Benedicto XVI le pasará a su sucesor los códigos de comunicación con la divinidad?

No sé si ustedes se han hecho la pregunta, pero yo sí: ¿y si al nuevo Santo Padre, puesto que ya se ha abierto la veda, también le da por dimitir? ¿Habrá entonces tres Papas?

Ah, estos sí que son misterios teológicos y no los bizantinos. Y hasta podríamos añadirle otro: a la hora de iluminar al Cónclave en su decisión, ¿tendrá en cuenta el Espíritu Santo las cualidades de los candidatos para ocupar la cuenta de @pontifex en Twitter?

No salgo de mi asombro. Supongo que eso es vivir.

(infoLibre, 20 de marzo de 2013)

NO ESTAMOS LOCOS



Decenas de miles de desahuciados después, algunos de ellos empujados a quitarse la vida, la Justicia europea dictamina ahora que los desahucios de la ley hipotecaria española son abusivos. Bienvenida sea una sentencia que confirma que esa amplia mayoría de españoles que pensamos exactamente lo mismo no estamos locos. No lo estamos; lo que ocurre es que nuestros banqueros tienen un morro que se lo pisan, tan grande como su codicia, y nuestros políticos -muchos de ellos, sobre todo en los dos grandes partidos- son unos vendidos. Tan sencillo como eso.

¿Saben algo? Desconfíen de cualquier cosa que insulte al sentido común. Hace un par de años, cuando nuestros principales diarios ni hablaban de ello (el asunto era tabú, no fuera a ser que les quitaran la publicidad o apretaran con las deudas), The New York Times publicó un reportaje en el que lo flipaba con que aquí, en España, cuando dejas de pagar la cuota de la hipoteca, además de quitarte el piso manu militari, te condenan a la cadena perpetua de una deuda impagable. El periódico neoyorquino ilustraba el caso con las historias de unos inmigrantes que no daban crédito.

¡Tuvieron que ser los movimientos sociales surgidos o vinculados al 15-M y la izquierda que no reniega de su condición de izquierda los que pusieran sobre la mesa un par de reivindicaciones elementales: la dación en pago –que el banco se quede con el piso si no puedes pagar la hipoteca, y aquí paz y allá gloria– y una moratoria a los desahucios de aquellos que no tienen donde dormir a cubierto si los pones en la calle. El PP no quería ni oír hablar de eso; el PSOE, que había adoptado la misma actitud que el PP cuando gobernaba, no hace tanto de ello, tardó una eternidad en prestar alguna atención al asunto.

Los argumentos a favor de un sistema que acaba de ser declarado un atropello por la Justicia europea son risibles por el vasallaje a los bancos que revelan. Uno es, descaradamente, aquel de que el banco no puede perder nunca. Si, a través de su propia empresa de tasación, valoró en su día el piso a 200.000 euros, ¿cómo va a quedárselo sin más cuando han caído los precios y ahora vale 150.000? Pues que quieren que les diga, amigos, todas las actividades económicas –excepto la suya– pueden perder: el comerciante que abre una tienda, el pequeño y mediano empresario que emprende un negocio, el jubilado que pone su dinero en Bolsa... Eso se llama capitalismo. Pero ustedes, los de los bancos, como sus parientes, los de los casinos, no quieren perder nunca. También podríamos verlo de otro modo: ustedes, pillines, quieren capitalismo para sus beneficios y comunismo para sus pérdidas.

El otro argumento advierte de que las hipotecas se harán más difíciles si se cambia el sistema. Pues, miren, no puedo estar más a favor. La concesión a mansalva de hipotecas

baratas y arriesgadas en la época del ladrillazo es uno de los tumores que nos han llevado a esta situación terminal. No me parece nada mal que, a partir de ahora, se tientes ustedes la ropa a la hora de conceder una hipoteca. Y sobre todo me parece muy bien que en España se instaure una cultura del alquiler, y que los poderes públicos la fomenten haciendo que, bajo esta fórmula, haya cientos de miles de viviendas accesibles a la gente.

Nunca hemos estado locos. Lo acaban de sentenciar los togados europeos.

(infoLibre, 20 de marzo de 2013)

NOS MIRAN MAL



En el imaginario colectivo de los medios de comunicación occidentales, España parece estar convirtiéndose a medida que va avanzando este año de 2012 en lo que fue Grecia en los semestres anteriores: el paradigma de austeridad impuesta por poderes externos, pobreza rampante entre las clases populares y medias, indignación creciente de la ciudadanía contra los bancos y los políticos y episodios de violencia callejera cada vez más frecuentes. Las escenas que pueden fotografiarse o filmarse estos meses en las calles españolas son tan impactantes como las de los jubilados griegos protestando por el recorte de sus magras pensiones en la ateniense plaza de Sintagma frente a una muralla de bien pertrechados policías. O, saltando a los comienzos de este siglo, las de los enfurecidos depositantes argentinos agolpándose frente a los bancos cuando el corralito de 2001-2002. O, puestos a hacer historia, las inmortalizadas por Dorothea Lange en el Estados Unidos de la Gran Depresión.

Si el fotógrafo es talentoso —tanto como para, además, utilizar el blanco y negro en un guiño a los trabajos de Lange—, el resultado de un reportaje sobre la España en crisis es

irresistible para cualquier editor periodístico. Y nadie puede negarle a Samuel Aranda, ganador del World Press 2011 por una estremecedora foto sobre las revueltas democráticas en Yemen, su condición de gran fotógrafo.

Así que The New York Times publicó este lunes un [reportaje fotográfico de Samuel Aranda sobre la España en crisis](#), y le dio un tratamiento de portada con una imagen en la que se veía a un hombre buscando comida en un contenedor de basura, una imagen que el autor de este artículo ve a diario en su barrio madrileño. Muy probablemente por casualidad, el diario neoyorquino hizo ese despliegue el mismo día en que era visitado por don Juan Carlos. El rey, sin duda, les explicó, a los responsables del New York Times que las dificultades actuales de España son superables.

A este lado del Atlántico saltaron voces escandalizadas. Las más moderadas citaban el hecho de que España, aunque en crisis, no es solo eso, no es solo lo retratado por Aranda: gente esperando a ser desahuciada de su vivienda, pobres rebuscando en la basura, comedores de caridad repletos, inflamadas protestas callejeras, carreteras y urbanizaciones sin terminar... En efecto, no es solo eso, pero también, y cada vez más, es eso. La tragedia de España no se limita al millón de personas que ya son pobres según Caritas, ni tampoco a los cinco millones de desempleados registrados oficialmente; la tragedia de España también es que las conversaciones cotidianas de la mayoría del resto traten sobre despidos inminentes y recortes en las prestaciones sociales, versen sobre estrecheces y miedos.

No se equivocan los medios internacionales que llevan con

frecuencia creciente a sus portadas temas de la España en crisis. Es lo nuevo, lo noticioso tras unas décadas en las que han hablado de una España de transición democrática tildada de “modélica” y, luego, de una España de éxitos económicos, culturales y deportivos.

Por lo demás, ¿reflejan con el 100% de exactitud las realidades de Túnez y Egipto los medios de aquí o allá cuando abren con imágenes de unos cientos de salafistas asaltando embajadas norteamericanas? ¿No podría decirse también que, durante esos días, millones de norteafricanos siguen con su vida normal, ajenos a tales barbaridades? ¿Y es Estados Unidos tan solo ese país donde, cada dos por tres, un enajenado se pone a disparar contra la muchedumbre? ¿No había el día del asalto al cine de Colorado una inmensa mayoría de norteamericanos que estudiaba, trabajaba o veraneaba? Sin duda, pero los medios (españoles e internacionales) abrieron en su momento con esos temas, e hicieron bien. Su misión no es dar el parte de la cotidianidad, sino contar lo que es nuevo y relevante, y tanto el salafismo en el norte de África como los tiroteos en Estados Unidos lo son.

Y también lo es, y ahí es donde nos duele, que una España vista con admiración y hasta envidia en los últimos lustros parezca emprender el camino de la desdichada Grecia. Máxime cuando, como subraya el texto periodístico que acompaña al reportaje gráfico de Aranda, se trata de un país grande, poblado y con peso económico.

En el peor de los casos, algunos de los que han denostado en España el reportaje del New York Times han resucitado un clásico carpetovetónico: aquel que reza que los de fuera nos

miran mal, nos tienen envidia o inquina. Este tufillo desprendían ciertos comentarios escandalizados por el hecho de que, tras el reportaje del lunes del diario neoyorquino, ese mismo medio y muchos otros en Europa y América dieran un tratamiento destacado a las escenas de violencia vividas en la noche del martes en el centro de Madrid, cuando los antidisturbios reprimieron a porrazos a los que pretendían acercarse más de la cuenta al blindado Congreso de los Diputados.

Pues sí, la España en crisis está, lamentablemente, de moda, se ha convertido en una fuente de noticias negativas, como señalaba ayer un comentarista en un medio digital. Pero, como añadía ese mismo comentarista, no hay la menor necesidad de recurrir a teorías conspirativas para explicarlo. Le ocurre a Francia cuando hay disturbios en los suburbios donde se apiñan los inmigrantes, le ocurre a Estados Unidos cuando hay tiroteos, le ocurre al mundo árabe y musulmán cuando los integristas hacen de las suyas, le ocurre a países que se suponían acomodados cuando hay crisis que llevan a millones a la miseria o la penuria... Casi nunca le ocurre a Suiza. Así es el universo mediático.

A lo largo de su historia, España ha tenido, como todo el mundo, buena y mala prensa. La tuvo nefasta cuando el poderío de Felipe II y sus sucesores, aquella época en que se gestó en la Europa protestante la Leyenda Negra. Asociada con la Inquisición de Torquemada, España fue sinónimo al norte de los Pirineos de oscurantismo, integrista católico y crueldad extrema. Pero, luego, en el siglo XIX, el estereotipo cambió con los viajeros románticos: una España en manifiesta decadencia pasó a ser un país adorable y exótico

de bandidos justicieros, mujeres fatales como la Carmen de Merimée, toros, flamenco y leyendas morunas.

La Guerra Civil española fue un acontecimiento trágico urbi et orbi. En Europa y en las Américas, toda una generación de demócratas vivió con desgarró el violento fin de la República, intuyendo, además, que era el preludio de la II Guerra Mundial. Nunca, ni tan siquiera ahora, España estuvo tan en el corazón y las mentes de millones de extranjeros. En los lustros siguientes, Franco, el ganador de la contienda, resucitaría la teoría de la secular conjura judeomasónica contra la España nacional-católica.

La Transición volvió a cambiar la mirada extranjera. España fue felicitada (sí, también en *Le Monde* y *The New York Times*) por su habilidad para superar esos atavismos antidemocráticos de los que una postrera muestra sería Tejero, aquel coronel con pistola y gorro de “torero” (así llamó al tricornio algún medio anglosajón) que secuestró al Gobierno y al Parlamento de una sola tacada. A continuación, y hasta hace bien poco, llovieron reportajes en la prensa internacional sobre la nueva España pionera en derechos y libertades (matrimonio gay), floreciente en lo cultural y deportivo y tan próspera en lo económico que hasta competía con Estados Unidos en presencia inversora en América Latina.

¿Puede haber algo de resentimiento en la actual mirada sobre España? Tal vez sí, tal vez no. Es cierto que Aznar iba por el mundo pavoneándose de que España iba bien merced al milagro económico del que él y sus amigos eran autores; ninguneando como epítomes de la “vieja Europa” al francés Chirac y el alemán Schröder, y postulándose como socio

estelar de un Estados Unidos llamado a ser el imperio único y eterno. Y es cierto que Zapatero, aun siendo de talante más modesto, se excedió cuando habló de que España jugaba en la Champions, de que había superado a Italia y Canadá e iba a por Francia, de que su sistema financiero era el mejor del mundo.

Hoy, tras esa etapa de un autobombo que fue, recordémoslo, bien acogido en la prensa internacional, el mundo descubre la persistencia, pese a la Transición y pese a los años de vacas gordas, de algunos males crónicos de España: la corrupción y la contabilidad dudosa, cierta tendencia colectiva a vivir la juerga con el dinero de los otros, la persistencia de pulsiones como el autoritarismo o el separatismo. Por supuesto, la mayoría de los españoles son gente honrada y laboriosa que paga ahora las facturas de una crisis que no ha provocado, pero ellos también salen en los reportajes del New York Times y otros medios.

Somos noticia por cosas penosas que están emergiendo aquí, y no hay razones para rasgarse las vestiduras. No estamos ante una nueva Leyenda Negra orquestada por una conjura infame. En absoluto. La hispanofilia es mayoritaria en Francia y tantísimos otros países; España sigue siendo el destino predilecto de los universitarios europeos; la Roja tiene seguidores en cualquier rincón del planeta, al igual que Javier Marías y Pérez Reverte, Almodóvar y Amenábar, Javier Bardem y Penélope Cruz. Este año más de cuarenta millones de turistas extranjeros han venido a España, y este país es citado por Obama como puntero en energías renovables y trenes de alta velocidad.

¿Hay tópicos en los medios extranjeros al hablar de

España? Claro que los hay... y en los ingleses al hablar de Francia, y en los alemanes al hablar de Italia, y en los estadounidenses al hablar de los árabes. El buen corresponsal sabe que debe pelear a diario contra la tendencia al estereotipo de su redacción central.

¿Y es paleta la obsesión española por lo que digan de este país los medios extranjeros? Puede ser. Pero lo es tanto cuando, no hace mucho, el Financial Times sacaba informaciones positivas sobre la economía española y el gobierno de turno lo usaba cual si fuera una bendición a su labor procedente del dios de las finanzas, como cuando una información negativa de ese mismo diario es citada ahora contra el gobierno. Ni el Financial Times ni el New York Times ni ningún otro son la Biblia. Son solo periódicos, lo que no es poco.

En todo caso, ese mirar constante al tendido de los medios extranjeros para ver si aplauden o silban no es patrimonio exclusivo de España. En Francia pasa lo mismo; muchos de sus medios escritos y audiovisuales tienen secciones permanentes que informan de cómo refleja la prensa extranjera lo que ocurre en el Hexágono. Tal vez sea un complejo compartido por países que fueron grandes en la escena internacional y hoy se preguntan con angustia si lo siguen siendo.

En fin, la visita a algún medio anglosajón para vender la “marca España”, eso de lo que tanto se habla ahora y que, según los gobernantes y sus voceros, se deteriora por las protestas y no por la realidad que causa esas protestas, parece haberse convertido en imprescindible en los road shows de los dirigentes españoles. Lo hizo, cuando era

vicepresidenta del Gobierno, Elena Salgado en el Financial Times, y lo ha hecho ahora Juan Carlos en el New York Times. Al parecer, con escaso éxito en ambos casos. Estupendo: un buen periódico no cambia su línea por la visita de un notable.

En el caso del rey, el problema añadido es que su propia imagen internacional se ha deteriorado por asuntos como el caso Urdangarín y el safari de elefantes en Botsuana. Es otro signo de que el ciclo español iniciado tras la muerte de Franco ha llegado a su fin. Los medios internacionales reflejaron su ascenso durante lustros y cumplen igualmente con su obligación cuando ahora cuentan lo dura que es la caída.

(El País, 26 de septiembre de 2012)

¿CÓMO SE LO EXPLICO A MIS HIJOS?



Hay un truco útil para saber cuándo el pragmatismo empieza a ser indefendible, cuándo es tan solo mera aceptación resignada de una situación anacrónica, injusta o disparatada. Consiste en preguntarse: ¿cómo puedo explicárselo a mis hijos? Ahora tenemos en España un ejemplo paradigmático: ¿cómo puede un español de mi generación explicarle a hijos de entre 18 y 25 años de edad que en las próximas elecciones legislativas van a tener que escoger entre Rajoy y Rubalcaba? Máxime si esos hijos simpatizan con el movimiento de regeneración democrática del 15-M.

Que nadie se asuste: no estoy pensando en la edad de esos dos caballeros, estoy pensando en lo que encarnan: políticos profesionales desde hace décadas, curtidos zorros del establishment, veteranos segundones como les definía el otro día Josep Ramoneda reflexionando sobre este mismo asunto.

Rubalcaba y Rajoy ya hacían política en los Ochenta y eran ministros en los Noventa, así que nuestros hijos los han visto en la tele desde que llevaban pañales. Ambos se forjaron a la

sombra de dos hombres que fueron presidentes el pasado siglo, González y Aznar, y ambos son maestros en el arte de la supervivencia en las alturas del poder. Cada cual a su manera, Rubalcaba y Rajoy se las saben todas, con ellos no hay quien pueda, sus colmillos de tan retorcidos son churriguerescos. Y por esto su inminente pugna electoral contrasta de modo tan chocante con la presencia en las calles y plazas españolas de miles de jóvenes, de edad o de espíritu, que piden una mejor democracia, menos politiquera, menos partidocrática, menos bipartidista, menos profesionalizada, no tan sumisa a los ricos y poderosos, no tan alejada de la gente.

He aquí otra constatación fehaciente del fracaso de Zapatero en su inicial empeño por revitalizar la democracia española. Tras siete años de gobierno del leonés, la alternativa que ahora se les propone a los ciudadanos es escoger entre el sucesor designado en 2003 por Aznar -un Rajoy varias veces ministro, derrotado luego en dos legislativas y que nunca ha entusiasmado ni tan siquiera a muchos de esos millones de españoles que votan a la derecha- y el portavoz del último gobierno de Felipe González en aquella época (1993-1996) asociada con los escándalos. En términos políticos, el abuelo va a heredar al hijo.

Zapatero llegó a La Moncloa prometiendo a los jóvenes que nos les fallaría y que el poder no le cambiaría. A la postre, les ha fallado y hasta puede decirse que el movimiento del 15-M es el de los hijos desencantados del zapaterismo. El leonés también ha sido cambiado por el poder de tal manera que ya no hay quien reconozca a aquel ZP inexperto pero valiente que osaba desafiar al emperador Bush retirando las tropas de

Irak y a Juan Pablo II impulsando el matrimonio gay. Hace ya tiempo que Zapatero solo va de cumbre en cumbre sin pisar jamás la tierra llana donde habitan los mortales, esos 11 millones de españoles que confiaron en él en 2004 y 2008. En España gusta de fotografiarse en compañía de empresarios y banqueros, y en el extranjero se le ve en la tele intentando abrirse un hueco en reuniones de políticos conservadores, financieros rapaces y otros DSK.

Zapatero hubiera hecho bien en tomar algunas lecciones de economía socialdemócrata. En su primera legislatura, cuando las vacas eran gordas, no hizo ningún cambio sustancial en las políticas económicas heredadas de Aznar y Rato. Ni reforma fiscal para que paguen algo menos las clases populares y medias y algo más los multimillonarios, ni promoción de una banca y una empresa energética públicas, ni desinfe controlado de la burbuja inmobiliaria. Como el crecimiento, impulsado por la especulación financiera e inmobiliaria, era vigoroso, las arcas de Hacienda recibían sustanciosos ingresos fiscales con los que poder financiar mayores gastos sociales. Aunque esos gastos, como el cheque bebé o la deducción de 400 euros, fueran poco o nada progresivos, alcanzaran por igual a la hija del banquero que a la del albañil.

Tras el autoritarismo de lo que Vázquez Montalbán dio en llamar el aznarato, la llegada de Zapatero a La Moncloa fue un chorro de aire fresco, de libertad y tolerancia. En su primera legislatura, Zapatero fue progresista en política internacional, derechos civiles e igualdad de género, para escándalo de la berroqueña derecha española y desdén de ese centro-izquierda anquilosado en la nostalgia de la Transición

y la prodigiosa década felipista de los Ochenta. Pero no fue socialdemócrata en política económica. Se creyó aquello de que se podían hacer políticas progresistas de gasto sin hacer políticas progresistas de ingreso. A esto los ingleses lo llamaban la Tercera Vía.

Tal vez la mejor definición de la Tercera Vía se encuentre en el retrato de Blair incluido en el libro *Sobre el olvidado siglo XX*, de Tony Judt. Cuenta allí Judt que, en 2001, en un debate radiofónico sobre las legislativas británicas, una joven periodista preguntó si había alguna diferencia entre la pasión de Thatcher por las privatizaciones y la de Blair. Le respondió el director del conservador *Daily Telegraph* con esta mordaz sentencia: "Thatcher creía en las privatizaciones, a Blair simplemente le gustan los ricos". Ahí está la clave de la actual hegemonía conservadora en Europa: el electorado, puesto a elegir, prefiere el original desacomplejado a la copia vergonzosa.

Ya bien entrada una crisis que, para desesperación de tantos de sus votantes que la sufrían en sus propias carnes, negó durante demasiado tiempo, Zapatero dejó de ser definitivamente ZP el 12 de mayo de 2010. Con la fe del converso, según unos, con vocación de chivo expiatorio, según otros, adoptó las reformas impuestas por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el FMI, las que corresponden a los intereses y la ideología del capitalismo financiero internacional. Y si en las cosas del comer desencantó así a sus votantes, hacía tiempo que otras de sus promesas -reforma constitucional, renovación judicial, federalización de España- habían quedado atascadas tanto por la intransigencia de la derecha como por el buenismo y la

mansedumbre, la desorganización y la cacofonía, las vacilaciones y las contradicciones del presidente del gobierno y los suyos.

El nuevo capítulo de la historia de España ha comenzado a escribirse en tres días del pasado mayo. El día 15, la juventud salió a la calle para reclamar cosas tan concretas y razonables como una reforma electoral que refleje mejor nuestra pluralidad o la dación - entrega de las llaves del piso- como pago definitivo de una hipoteca. El 22, el PSOE se pegó un castañazo en las municipales y autonómicas, perdiendo un millón y medio de votos. El 28, el Comité Federal del PSOE proclamó a Rubalcaba candidato presidencial único. Zapatero no pudo cumplir ni su última promesa: que su sucesor sería elegido en unas primarias.

"España, económicamente noqueada, está dirigida por un hombre políticamente noqueado", acaba de escribir Silvia Desazars en Le Monde. Y lo peor es que, en un momento en que la mayoría de los ciudadanos percibe a los políticos como un problema más grave incluso que el terrorismo, a los hijos de mi generación se les propone que a este hombre noqueado le sustituya uno de los dos púgiles que ya se subían a los cuadriláteros en los tiempos del Potro de Vallecas.

Lo diré de nuevo: nuestros hijos no tienen nada contra la edad. Al contrario, los nonagenarios Hessel y Sampedro son para muchos un referente de sabiduría rebelde. Lo que no aprecian es la figura del apoltronado que predica la resignación, que rezonga que las cosas no pueden cambiarse, que pontifica sobre el carácter sagrado de tal o cual texto o sobre la imposibilidad de políticas alternativas, que gruñe aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Judt

llamaba a esta actitud la "coacción paternalista del nosotros sabemos lo que es mejor para ti". Nuestros hijos quieren a sus padres y abuelos, pero no soportan, y con razón, el paternalismo.

(El País, 17 de junio de 2011)